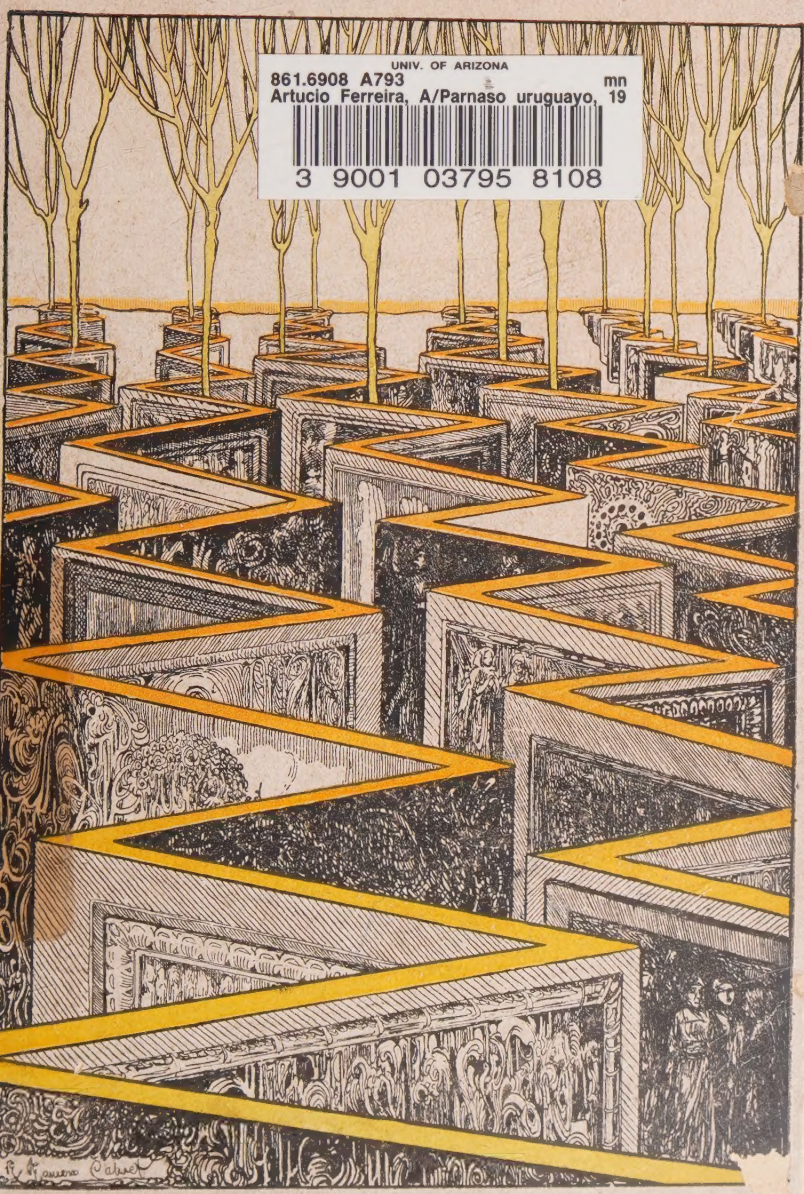
PARNASO URUGUAYO

UNIV. OF ARIZONA
861.6908 A793 mn
Artucio Ferreira, A/Parnaso uruguayo, 19
3 9001 03795 8108



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/parnasouruguayo0000anto

Antônia Adúcio
Ferreira

ANTONIA ARTUCIO FERREIRA

PARNASO URUGUAYO

1905 - 1922

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910
MALLORCA, 166

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

PRIMERA PARTE

ADVERTENCIAS AL LECTOR

Sin contar con manuscritos, para seleccionar autores y poesías, he leído y estudiado pacientemente, revistas, recortes, páginas literarias y libros de cuanto se ha publicado en estos últimos quince años precedentes al «Parnaso Uruguayo», de D. Raúl Montero Bustamante: tarea efectùada en tres años y meses, que pone a prueba una voluntad que yo misma desconocía en mí. Luego—venciendo grandes inconvenientes a fin de obtener algunas composiciones y datos de autores que dieron el SILENCIO por respuesta—envíos de personas cultas y generosas, de quienes citaré los nombres más adelante, subsanaron esas faltas. Al escoger, cuidé apartar lo que el ritmo y la rima armonizan, o aquello que dentro de la poesía prosaica, luce galas que pueden tenerse en cuenta. Juzgué conveniente el orden alfabético, considerando breve el espacio de quince años para tratar los autores por épocas, tratado que

resultaría deficiente por lo reducido del número que correspondería a cada una. Son los autorizados intelectuales que prestaron ayuda directa a mi engorrosa tarea—y doblemente engorrosa por el medio reducido y no propicio donde fué iniciada y concluída—los siguientes: R. Bas y Pí, Alfredo E. Martínez y Julio Raúl Mendilaharsú Secundaron este auxilio, la Sra. Juana de Ibarbourou; Sres. José M. Delgado, Héctor Parra y Freire, Manuel Benavente, Casiano Monegal, Carlos T. Gamba y Juan José Illa Moreno.

Aguirrezábal (Pablo)

En la ciudad de Salto, donde nació, dejó de existir cuando contaba apenas 16 años de edad. Fué un melancólico. Sus poesías dulcemente tristes, tienen doble encanto; el de la juventud, y el de su dolor. Hoy mismo, sus versos aparecen transcritos en la prensa nacional. Están reunidos en un delicado librito, «Con la Luna», 1910, editado por el centro «Luz», de su ciudad natal.

CORAZON

Corazón, corazón mío,
siempre loco, siempre triste:
¡por amar cuánto sufriste
corazón, corazón mío!

Eres como un Jesucristo
que llevas en hombros, por
la vida, tu cruz de amor.
Eres como un Jesucristo.

Todos saben tu dolor
y sonríen al pasar
aunque te sientan llorar.
Todos saben tu dolor.

Corazón, corazón mío,
siempre loco, siempre triste:
¡por amar cuánto sufriste
corazón, corazón mío!

CON LA LUNA

Luna mía, Luna mía,
hermana sentimental,
tú, que conoces mi mal,
escucha esta letanía.

Cuando tu luz blanca y fría
armiñe su ventanal,
dile a mi novia ideal
que la adoro todavía.

Y si acaso se importuna
con mi recuerdo, la ingrata,
tú que eres tan buena, ¡Luna!,
para calmar mi aflicción
clávame en el corazón
tu agudo puñal de plata.

LA CITA MISTERIOSA

Quedóse el jardín en sombra
y en silencio... Alma mía,
hay una voz que te nombra
con dulce melancolía...

¿Acaso es ella la Amada,
la que la vida me quita?
Viene lenta y enlutada,
parece un alma contrita

en el Dolor... ¿Será Ella?
¿Y aquel su fulgor de estrella...?
Comprendo mi dura suerte:

es la Amada que no olvida...
¡Es la Muerte
que viene tras de mi vida!

Agustini (Delmira)

Si los versos correctos y hermosos de María Eugenia Vaz Ferreira no ciñeran a su frente lauros de gloria, diría que Delmira Agustini fué la primera poetisa uruguaya. A los 20 años de edad publicó su primer colección de poesías, «El Libro Blanco», causando admiración a distinguidos literatos nacionales y extranjeros. Tres años después dió, «Cantos de la Mañana», y más tarde «Los Cálices Vacíos». Cuando preparaba «Los Astros del Abismo», obra en que sus anhelos de superarse se verían realizados, la sorprendió la muerte en forma trágica. De esta poetisa dijo Rubén Darío:

«De todas cuantas mujeres hoy escriben en verso ninguna ha impresionado mi ánimo como Delmira Agustini, por su alma sin velos y su corazón de flor. A veces rosa por lo sonrosado, a veces lirio por lo blanco. Y es la primera vez en que en lengua castellana aparece un alma femenina en el orgullo de la verdad de su inocencia y de su amor, a no ser Santa Teresa en su exaltación divina. Si esta niña bella continúa en la lírica revelación de su espíritu como hasta ahora, va a asombrar a nuestro mundo de lengua española. Sinceridad, encanto y fantasía he allí las cualidades de esta deliciosa musa. Cambiando la frase de Shakespeare, podría decirse «that is a'woman», pues por ser muy mujer, dice cosas exquisitas que nunca se han dicho. Sean con ella la gloria, el amor y la felicidad.»—Rubén Darío.—Montevideo, Julio 1912.

PLEGARIA

Eros, ¿acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?
Se dirían crisálidas de piedra
de yo no sé qué formidable raza,
en una eterna espera inenarrable;
los cráteres dormidos de sus bocas
dan la ceniza negra del Silencio,

mana de las colmenas de sus hombros
la mortaja copiosa de la Calma,
y fluye de sus órbitas la Noche;
víctimas del Futuro o del Misterio,
en capullos terribles y magníficos
esperan a la Vida o a la Muerte...
Eros, ¿acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?

Piedad para las vidas
que no doran a fuego tus bonanzas,
ni riegan o desgajan tus tormentas;
piedad para los cuerpos revestidos
del armiño solemne de la Calma,
y las frentes en luz que sobrellevan
grandes lirios marmóreos de pureza,
pesados y glaciales como témpanos;
piedad para las manos enguantadas
de hielo, que no arrancan
los frutos deleitosos de la Carne
ni las flores fantásticas del alma;
piedad para las pulcras cabelleras,
—místicas aureolas—
peinadas como lagos
que nunca airea el abanico negro,
negro y enorme de las tempestades;
piedad para los ínclitos espíritus
tallados en diamante,
altos, claros, estáticos
pararrayos de cúpulas morales;
piedad para los labios como engarces
celestes donde fulge
invisible la perla de la Hostia
—labios que nunca fueron,
que no opresaron nunca
un vampiro de fuego
con más sed y más hambre que un abismo—...

Piedad para los sexos sacrosantos
que acoraza de una
hoja de viña astral la Castidad;
piedad para las plantas imantadas
de eternidad, que arrastran,
por el eterno azur,
las sandalias quemantes de sus llagas;
piedad, piedad, piedad
para todas las vidas que defiende
de tus maravillosas intemperies
el mirador enhiesto del Orgullo...

¡Apúntales tus soles o tus rayos...!

Eros, ¿acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?...

DE «ELEGIAS DULCES»

EXEGESIS

¡Pobres lágrimas mías las que glisan
a la esponja sombría del Misterio,
sin que abra en flor como una copa cárdena
tu dolorosa boca de sediento!

¡Pobre mi corazón que se desangra
como clepsidra trágica en silencio,
sin el milagro de inefables bálsamos
en las vendas tremantes de tus dedos!

¡Pobre mi älma tuya, acurrucada
en el pórtico en ruinas del Recuerdo,
esperando de espaldas a la Vida
que acaso un día retroceda el Tiempo...!

LA RUPTURA

Erase una cadena fuerte como un destino,
sacra como una vida, sensible como un alma;
la rompí simplemente y sigo mi camino
con la frialdad suprema de la Muerte...
Con calma

curiosidad mi espíritu se asoma a su laguna
interior, y el cristal de las aguas dormidas,
refleja un dios o un monstruo, enmascarado en una
esfinge que parece testigo de otras vidas...

LAS ALAS

Yo tenía...
dos alas...
Dos alas,
que del Azur vivían como dos siderales
raíces...
Dos alas,
con todos los milagros de la Vida, la Muerte
y la Ilusión. Dos alas,
fulmíneas
como el velamen de una estrella en fuga;
dos alas,
vivas y sensitivas como dos corazones;
dos alas,
como dos firmamentos
con tormentas, con calmas y con astros...

¿Te acuerdas de la gloria de mis alas?...
El áureo campaneo
del ritmo; el inefable
matiz atesorando
el Iris todo, mas un Iris nuevo,

ofuscante y divino,
que adoraran las plenas pupilas del Futuro
(las pupilas maduras a toda luz)... El vuelo...
El vuelo eterno, devorante y único,
que largo tiempo atormentó los cielos,
despertó soles, bólidos, tormentas,
abrillantó los rayos y los astros
y la amplitud: tenían
calor y sombra para todo el Mundo,
y hasta incubar un «más allá» pudieron.

Un día, raramente
desmayada a la tierra,
yo me adormí en las felpas profundas de este bosque...
Soñé divinas cosas...
Una sonrisa tuya me despertó, paréceme...
Y no siento mis alas...
¿Mis alas?...

Yo las vi deshacerse entre mis brazos...
¡Era como un deshielo!

EL CISNE

Pupila azul de mi parque
es el sensitivo espejo
de un largo claro, muy claro...
tan claro que, a veces, creo
que en sú cristalina página
se imprime mi pensamiento.

Flor del aire, flor del agua,
alma del lago es un cisne,
con dos pupilas humanas,
grave y gentil como un príncipe;
alas lirio, remos rosa,
pico en fuego, cuello triste

y orgulloso, y la blancura
y la suavidad de un cisne...

El ave cándida y grave
tiene un maléfico encanto:
clavel vestido de lirio,
trasciende a llama y milagro...
Sus alas blancas me turban
como dos cálidos brazos;
ningunos labios ardieron
como su pico en mis manos;
ninguna testa ha caído
tan lánguida en mi regazo;
ninguna carne tan viva,
he padecido o gozado:
¡Viborean en sus venas
filtros dos veces humanos!

Del rubí de la lujuria
su testa está coronada;
y va arrastrando el deseo
en una cauda rosada...

Agua le doy en mis manos
y él parece beber fuego;
y yo parezco ofrecerle
todo el vaso de mi cuerpo...

Y vive tanto en mis sueños,
y ahonda tanto en mi carne,
que, a veces, pienso si el cisne
con sus dos alas fugaces,
sus raros ojos humanos
y el rojo pico quemante,
es sólo un cisne en mi lago,
o es en mi vida un amante...

Al margen del lago claro,
yo le interrogo en silencio...,
y el silencio es una rosa
sobre su pico de fuego...
Pero en su carne me habla
y yo en mi carne le entiendo:
a veces, ¡toda! soy alma;
y a veces, ¡toda! soy cuerpo...
Hunde el pico en mi regazo
y se queda como muerto...
Y, en la cristalina página,
en el sensitivo espejo
del lago que, algunas veces,
refleja mi pensamiento,
¡el cisne asusta, de rojo...,
y yo, de blanca, doy miedo!

LA SIEMBRA

Un campo muy vasto de ensueño y milagro.
Las tierras labradas soñando simiente,
y, súbito, un hombre de olímpica frente
que emperla los surcos de ardientes rubíes...
—¿Qué siembras?—le digo—¿delira tu mente...?
—Mi sangre que es lumbre... ¡mi sangre!—contesta—.
Verás, algún día, la mágica fiesta
de luz de mis campos: si quieres, hoy, ¡ríe!

—¿Reír...? Eso, nunca: ¡respeto lo ignoto!
Me apiada la angustia grabada en tu cara:
¡la angustia que implica tu siembra, tan rara!
—¡Verás algún día mis campos en flor!
Hoy, mira mi herida. (Mostróme su pecho,
y en él, una boca sangrienta.) Hoy repara
en mí la congoja de un cuerpo deshecho;
¡mañana, a tus ojos, seré como un Dios!

—Tal vez, tal vez...—dije—¡seguro, seguro!
Selene, hoy, esboza su rostro de cera,
tres veces que nazca, tres veces que muera
¡y vuelve a mis campos tu brillo de aurora...!—
...Pasaron tres lunas, tres lunas de plata,
tres lunas de hierro... Soñaba en mi espera...
Del hombre que hiciera la sombra escarlata
marché hacia la extraña, magnífica flora.

¡Hay hondas visiones, visiones que hielan,
visiones que amargan por toda una vida!
¡La luz anunciada, la luz bendecida
llenando los campos en forma de flor!
Y... en medio... un cadáver crispadas las manos...
—Murieron ahondando la trágica herida—
¡y, en todo, una nube de extraños gusanos
babeando rastreros el sacro fulgor!

LA ESTATUA

Miradla, así, sobre el follaje obscuro
recortar la silueta soberana...
¿No parece el retoño prematuro
de una gran raza que será mañana?

Así una raza inconmovible, sana,
tallada a golpes sobre mármol duro,
de las vastas campañas del futuro
desalojara a la familia humana...

¡Miradla así —¡de hinojos!—en augusta
calma imponer la desnudez que asusta...!
¡Dios..., moved ese cuerpo, dadle un alma!

¡Ved la grandeza que en su forma duerme...!
¡Vedlo allá arriba, miserable, inerme,
más pobre que un gusano, siempre en calma!

EXPLOSION

¡Si la vida es amor, bendita sea!
¡Quiero más vida para amar! Hoy siento
que no valen mil años de la idea
lo que un minuto azul del sentimiento.

Mi corazón moría triste y lento...
Hoy abre en luz como una flor febea;
¡la vida brota como un mar violento
donde la mano del amor golpea!

Hoy, partió hacia la noche, triste, fría,
rotas las alas mi melancolía;
como una vieja mancha del dolor

en la sombra lejana se deslíe...
¡Mi vida toda canta, besa ríe!
¡Mi vida toda es una boca en flor!

HACIA LA PRIMAVERA

Sobre el mar que los cielos del ensueño retrata
alza mi torre azul su capitel de plata
que Eolo pulsa rara, dulcemente... Suspira
al pie la vaga ola su vaga serenata.

Y yo sueño en los cantos que duermen en mi lira,
cuando un ave vibrante, de plumaje escarlata,
en la ventana abierta se detiene y me mira:
—¿Qué haces?—dice—¡Allá abajo, es primavera...!—
[¡Inspira

ansia de sol, de rosas, de caricias, de vida,
la mágica palabra! Vuela el ave encendida.
Yo bajo, desamarro mi yate marfileño...,

y corto mares hacia la alegre primavera.
A mi espalda, en las olas, solitaria y austera
mi torre azul se yergue como un largo «Ave Ensueño»...

Antuña (José G.)

Nació en Montevideo, lugar de su residencia. Su obra poética de más valor, se encuentra inédita. Las preocupaciones políticas abrevian tiempo a sus actividades literarias. Asimismo, nos merece elevados conceptos.

RESPONSO PAGANO

A Rubén Darío.

Que caigan sobre el sueño del gran cisne Darío
la plata de la luna y el claror zodiacal,
la sangre de las rosas paganas, y el rocío
de los viejos cipreses sobre el mármol tumbal.

Afine Pan la flauta... La siringa y la fuente
digan su mejor frase de oro crepuscular,
y enmudezcan los hombres, el buho y la serpiente,
las bestias de la tierra y los monstruos del mar.

Que la caja sonora de los montes sagrados
lance hasta las estrellas su delirio orquestal,
y el tropel de los ecos, en los valles lunados,
la acústica infinita encuentre, de cristal...

Que los robles insignes del monte anochecido,
concedan a los sátiros su fiel complicidad,
que han de volver las ninfas sobre el musgo florido
como en los buenos tiempos de la primera edad.

La sangre de los labios y la miel de las bocas,
vengan desde Citeres en ofrenda sensual,
las euménides huyan, y la aurora en las rocas
prenda su alto plumacho de luz primaveral.

De todas las oréades en la rueda harmoniosa,
como en las Lupercales, cante el divino Pan
a la miel y a la leche y a la carne olorosa:
la gloria aventurera del agreste galán.

Repítase el coloquio sabio de los Centauros
y resurja en las selvas el celeste Quirón
e ilumine el Enigma y el Atomo..., y los lauros
más triunfales arranque del sagrado Helicón.

Acudan los equinos amigos del poeta:
Abantes, Folo, Orneo, Meleagro y Nestor,
y el coloquio en el virgen metal de la trompeta
reconstruya los gérmenes y haga carne el color.

Al fondo de los Seres y la Naturaleza,
de la vida y la muerte llegue la clara voz
del ilustre coloquio de Ciencia y de Belleza,
frente al poder primario de Eros y de Anterós.

Y que rompa la risa musical de la espuma,
estridente resuene el viejo caracol,
pueble la turba invicta de tritones, la bruma,
y el toro negro huya del disco áureo del sol..

Que la nave argentina y azul de Anadiomena
desde Chipre surcando el paterno Ladón,
trae las bellotas dulces y la granada plena
de la roja ambrosía que hubo en su corazón.

Las cándidas turquesas del gemir venustino
—la alegría y la angustia eternas del amor—

y las perlas rosadas porta el carro marino,
los ópalos cambiantes y el perfume mejor.

Son para el sacrificio al gran cisne Darío,
y todos sus tributos se los brinda Ciprís;
el gorrión, la paloma y el retoño cabrío;
el mirlo azul, Apolo, y la flauta Dafnís.

Baco-Dionisos, pámpanos, su corona de oro,
las floridas canéforas de la fiesta gentil,
las cinceladas cráteras del líquido canoro
y la hiedra perenne de virtud juvenil.

Anacreonte los rubios y aromados falernos
de las líricas uvas de su viña feliz,
y Dionisios las ánforas de los zumos eternos
plenos de virgiliana «fuerza generatriz».

Y sea el sacrificio cabe un lago distante,
como en los grandes fastos, junto a un vago jardín.
La plegaria y la súplica sean el «Canto Errante»,
por entre la hecatombe sagrada del festín.

La presencia soñada de todas las mujeres,
al conjuro del verso sabroso de Rubén,
vuelva la tibia esencia de los nobles placeres
al frío de sus venas, al yermo de su sien.

La noche destellada de los altos diamantes,
turbe la pesadilla sombría de Ananké,
y hacia Leteo vuelvan las sombras anhelantes
mariposas sonámbulas, narcisos de Coré...

Sea la muerte, cisne, como tú la quisiste,
semejante a Diana, frente al raudo tropel
de los coros bizarros; sea como la viste,
cisne: copa de olvido, ánfora de hidromel.

El resplandor celeste de tu genio, Darío,
de nuestra Sudamérica fué el divino joyel,
y al amor de tu gloria y de tu señorío,
deletreamos la lira, bajo tu real laurel.

Bajo el árbol iluso de las «Prosas Profanas»,
harmonioso del oro griego del colmenar,
do se animaba el mármol de las diosas paganas
y que Endimión prepuso a su gruta lunar;

donde la grita obscura de las «trescientas ocas»
jamás turbó la música del divino pastor:
entonces, madreperla tornaba de sus rocas,
y era allí do cantaba Filomela mejor.

Citerea lunática, luminosa y desnuda
en su gloria estatuaria de alabastro y marfil,
con la pasión antigua que roja flama escuda,
abatió, para siempre, el Destino senil.

Bajo el árbol amigo de «Vida y Esperanza»
hogar de las palomas de plata, nieve, azul,
la rueda de las Horas suspendía su danza
confidente, a su sombra de lírico abedul.

Arbol que trasplantara en las tierras soñadas
de la vaga y platónica Musa continental;
arbol hesperidino florido de hamadriadas
y como los de Arcadia, mágico y musical.

¡Hispano-americanos que frente al Gineceo
«soñasteis el fantasma de la inmortalidad»
afanad vuestras cítaras por el nuevo Teseo
que venció al minotauro de la vulgaridad!

Artucio Ferreira (Antonia)

BLANCA TORRE DE QUIMERAS

Blanca torre de quimeras,
donde asilo mis postreras
emociones e inquietudes;
blanca torre de quimeras,
capitolio de virtudes;

¡cuántas veces, confundida,
reparaste de mi vida
la profundad soledad!
¡Cuántas veces, confundida,
me refugio en tu bondad!

¡Cuántas veces, con mi manto,
por secar ajeno llanto,
propios males olvidé!
¡Cuántas veces, con mi manto,
otras almas abrigué!

¡Voy, transida de pavura,
por un valle de amargura...!
¿Quién me ampara...? ¡Sólo Dios!
¡Voy, transida de pavura,
sin la gracia de un adiós!

¡He volcado, sin medida,
en el cofre de otra vida,
mis caudales de piedad!
¡He volcado, sin medida,
por mi santa voluntad!

¡En el vaso de mi pena,
si un recuerdo me envenena,
nadie cura mi dolor!
En el vaso de mi pena,
se marchita un sueño en flor.

Blanca torre de quimeras
transparentes y ligeras,
que mi espíritu elevó;
blanca torre de quimeras
donde el mirto floreció...

¡Cuántas veces, confundida,
reparaste de mi vida
la profunda soledad!
¡Cuántas veces, confundida,
me refugio en tu bondad!

BACANTE

Versos
tersos,
vinos
finos,
bocas
locas,
yantan,
cantan,
beodos
todos

—¡necio
precio
de estas
fiestas!—
Alma triste,
¿por qué fuiste?
¡La alegría
de la orgía,
no te encante!
¡Es bacante,
breve,
leve,
sueño errante!

JOYAS FALSAS

Al son de la orquesta
se inicia la fiesta.

Se abren abanicos
pesados y ricos,

como alas de raso
batiendo al acaso;

encajes y plumas,
cual níveas espumas

mueven con desgaire
perfumando el aire;

las parejas tienen,
cuando van y vienen,

como ritmos lentos
en sus movimientos;

en la extrema gracia
de su aristocracia,

ocultan puñales
manos criminales;

ciérranse unos labios
acallando agravios,

y, allá, una alabanza
deja una esperanza;

cuentan humoradas,
entre carcajadas,

por la malandanza
de algún Sancho Panza;

al último acorde,
quedóse en el borde

de un vaso vacío,
un beso de hastío:

declina la fiesta,
y cesa la orquesta;

se fué con la gente
la farsa inclemente;

y sobre la alfombra,
perdida en la sombra,

una flor de seda
deshojada queda...

—¿Será la ilusión
de algún corazón,

que llegó cantando,
y se fué llorando...?—

VIDAS HERMANAS

A mi hermana Josefa.

Sólo tú me entiendes,
porque nunca ofendes
a mi corazón;
sólo tú me entiendes,
sólo tú comprendes
el placer que enciendes
con una ilusión.

Eres en mi vida,
calma indefinida,
única verdad;
eres en mi vida,
lámpara encendida
para quien impida
mi diafanidad.

Creo en tu ternura,
dulcemente pura
como una oración;
creo en tu ternura,
porque su frescura
sacia la amargura
de mi corazón.

Cada vez más buena,
mística y serena,
callas tu pesar;
cada vez más buena,
siempre que una pena
hiere o envenena,
sabes perdonar.

Voto

¡Viva alegre o triste,
Tú me la cediste...!
¡Déjala, Señor!
¡Viva alegre o triste,
gracias; porque existe,
y porque le diste
alma superior!

DE «PEQUEÑECES LUGAREÑAS»

AMANECER OTOÑAL

Madrugada de un día de Otoño...
Al través de los vidrios, contemplo
los tejados cubiertos de escarcha,
y vislumbres de Sol, allá lejos...

Despacito, camino del campo,
pasa un carro muy grande y muy viejo,
que repite su agudo chirrido
por las calles vacías del pueblo.

Y recorren las huellas cantando
los gorriones, en loco entrevero,
por comer las semillas de pasto
que, al pasar aquel carro, cayeron.

Poco a poco, la voz afectada
del humilde y alegre boyero,
con efímero encanto se pierde
por las calles desiertas del pueblo.

Como tú, pasaré inadvertida,
con mi carga exquisita de ensueños,
derramando semillas de mirtos,
sin pensar en qué manos las dejo...

¡CAMINO DE LA ESTACION...!

¡Camino de la estación,
que nos tientas a viajar:
este sencillo ensoñar
te ofrece mi corazón,

porque le das alegría,
porque le das amargura,
y tienes mucha poesía
y tienes mucha ternura!

¡Camino de la estación:
por ti, el pensamiento avanza
formulando una esperanza
para nuestro corazón!

¡Cuántas veces, al llegar,
y otras tantas al partir,
no sabemos si seguir
o de nuevo regresar...!

Y, en el polvo que se eleva
a medida que avanzamos...
¡parece que algo dejamos
de lo que el alma se lleva!

Barreiro (Segundo)

No ha publicado libros. Sus bellas poesías son muy estimadas. Está radicado en Montevideo. Es uno de esos espíritus dolientes que beben en la fontana del dolor hasta la saciedad.

ALMA

I

Poeta taciturno que se entrega al Acaso,
me envuelvo en la hopalanda negra de mi fracaso.

y aunque de juventud tengo un áureo caudal
soy una flor maldita que se extingue en el mal.

Ave nocturna a quien honda melancolía
le hizo odiar los pomposos oropeles del día.

Llevo en el alma un drama que irremediablemente
me aleja de la dicha que anhelo eternamente.

Soy un bebedor que, luego de embriagarme de amor,
bebí hasta el sedimento, las hieles del dolor

y que cuando medito lo estéril de la vida,
recuerdo el bello gesto de la mano ahuecida.

Nunca mi Musa exenta del oro deslumbrante,
me dió la estrofa riente de alegría triunfante.

Y nunca mi altivez oyó el falaz arrullo
que busca la pobreza para lucir su orgullo.

II

Evoco en el silencio de mi andar peregrino
a los que sin estímulo mueren en el camino,

y siento un amor hondo por esos dolorosos
errantes desdichados, de los ojos llorosos,

que conciben la vida como un gran campo yermo
que tiene en las entrañas un corazón enfermo...

Aborrezco el mendrugo de mi pan desabrido
por lo mucho de vida que por él he perdido,

y a veces lo repugno, porque pienso que, acaso,
me cuesta aquel momento que tuve de payaso.

III

Corazón de poeta, dulce y sentimental,
tuve una blanca amada que es la amada inmortal

—¡madrigal, carne y seda, que forjó mi poesía!—...
Una noche en que el alma sollozaba agonía,

despojado de todo lo que fuera querido,
marché, a soñar al margen de la vida, vencido.

Y triste desde entonces y pobre eternamente,
murmurando en las sombras mi poema doliente,

vago odiando las pompas y ofreciendo mi amor
a esos Emperadores humildes del Dolor.

JARDINES EN LA NOCHE

¡Poesía hechicera de los parques cerrados,
en la noche parecen dormir abandonados!

¡Oh, la paz funeraria que emerge de sus frondas,
y las cosas que dicen, tan tristes y tan hondas...!

Yo conozco el misterio de su oscuro lenguaje,
encantaron mis horas las hadas del follaje,

y sentado en los bancos de piedra de sus puertas
mi alma mostró a los cielos sus heridas abiertas.

Parques de los contornos de la vulgar ciudad
que al caminante ofrecen su dulce soledad;

románticos jardines que en los negros senderos
son la meta de todos los pobres limosneros:

limosneros de pan, limosneros de amor...
(Para los limosneros hay un solo dolor...)

A mi Musa andariega dais la fuente Castalia
en las huellas exiguas de la leve sandalia

que, una noche de fiesta, una dama ideal
calzó, para una idílica fuga sentimental...

Cuando la ciudad duerme, la sórdida legión
arrastra hacia los parques su cruel desolación:

hordas de fementidos que buscan en la calma
milenaria y augusta, sosiego para el alma;

y rostros demacrados, donde se puede ver
en los labios la pálida sonrisa del saber.

¡Oh, los parques hermanos, jardines espectrales!
Los hombres y los parques solos, somos iguales.

¡Oh, la paz funeraria que emerge de sus frondas
y las cosas que dicen, tan tristes y tan hondas...!

Bas y Pí (R.)

[illegible]

EPISTOLA

A Manuel Benavente

[illegible]

Y todos allí soñábamos:
Mireya, lo que las aves bajo el alero;
Dorila, tenues primores de sabia aguja,
o mirtos, rosas, laureles para su dueño.

En tanto nuestra amistosa plática amable
seguía, como las horas, lenta corriendo;
y versos y poesía; tu nido estaba
sonoro de tanta música, de tantos versos.

Y aquel cantar de la lluvia, que la balada
del pobre Lelián traía a la mente: «Siento
que lágrimas en mi mustio corazón caen
y caen, como la lluvia sobre los techos.»

Inútil quiero dar suelta a la fantasía;
levántanse los recuerdos
del fondo de la memoria, del alma acaso,
e inútilmente la noche dice: «Soñemos...»

Soñemos, Manuel, en dichas nunca logradas,
en cuanto no alcanzaremos,
en regias mansiones, jaspes y gobelinos,
tapices del persa, estatuas y camafeos;

en cuanto Gloria y Fortuna nos han negado:
las palmas que en justa atlética ciñe el mancebo
de hercúleas formas; el lauro,
las cruces de los guerreros;

La fama del que a la atónita muchedumbre
domina con sus discursos, quien en el fuego
del alma enrojece el bronce de la palabra
y fácil, aun más que cera, dobla a su intento;

la gloria del que las piedras esculpe, y hace
eternos como la piedra sus pensamientos,

y la de quien roba, arrulace, para sus telas
luz, sombra, color, al cielo,

Soñemos, Manuel, en dichas, en imposibles,
en gemas resplandecientes como luceros,
y en trajes esplendorosos para la amada,
y en esas joyas tan caras, en nuestros versos.

Soñemos, al fin, en otro mundo más alto.
¡Quién sabe, si en él creyéramos,
la ruta fuera escombrada; los horizontes,
como una esperanza claros y siempre abiertos...!

¡Quién sabe si tantas lágrimas
la vida ya nos costara; que hasta el ser bueno
se recompra con llanto, y una plegaria acaso
infunde, como un amigo, paz y consuelo...!

Y mientras bajo la lluvia la ciudad duerme,
en estas noches pesadas del gris invierno,
marchemos a los países de la Quimera...
La vida nunca es tan grata como en un sueño.

A LA IMPURA

¡Aparta; no más caricias tan incitantes...!
¡Tus manos, cómo despiertan torpes deseos...!
¡No besos: lumbre es tu boca; chispas, tus ojos;
llamas, tu carne!

¡Aparta, que arde mi frente...! Sólo yo anhelo
caricias castas de manos que, compasivas,
mis ansias calmen, mi angustia lenta apaciguen,
mi alma sosieguen.

Yo pido besos que apaguen sed de un enfermo;
yo busco puras miradas, hondas, serenas,
que sean ¡ay! a mis penas místico rezo,
bálsamo suave.

TROVAS DOLIENTES

¿Dices por qué es amargo, doliente, mi cantar?
Hasta los labios sube de allá, de lo más hondo
del alma. Leve espuma viste el haz de la mar
mientras ocultas yacen las perlas en el fondo...
Espumas, mis sonrisas, y perlas, mi cantar.

Sabe de torcedores la alegre juventud
aunque luche cantando y sonriendo, saca
ánimo de flaqueza, calma de la inquietud,
arroja el férreo escudo del egoísmo, ataca,
cae muriente y ríe la alegre juventud.

El rostro enmascarado ¿qué dice? Al corazón
interroga, y acaso conteste: «Soy esclavo
que alivio mis fatigas, cantando en la prisión
trovas que entre sollozos y lágrimas acabo...»
Queréllate, si no eres mi esclavo, corazón.

VIEJA CANCION

El violón dice a la flauta, de amores cantos sencillos;
la flauta alegre se ríe, se burla sin ton ni son,
como niña de quince años de un viejo enamoradizo.
La flauta ríe que ríe; llora que llora el violón.

Dicen los suaves violines versos de amor a la flauta;
son petimetres galantes: ¡es tan dulzona su voz...!
Ella sonríe indecisa, y, suspirando, romántica
enamorada, responde con hondas rimas de amor.

Los veleidosos violines ya a la flauta no celebran;
hácenle la corte al harpa, y el harpa quiere al fagot;
otros dicen a las violas, amantísimas endechas.
¡Ay de la flauta!... Solloza... ¡Ningún galán la escuchó...!

Y mientras, desengañada, la pobre gime y se queja,
por lo bajo, amargamente, ríe que ríe el violón.
¡Qué canción tan repetida es la que toca la orquesta...!
Rosalinda, ¿de memoria no sabes esa canción?

Benavente (Manuel)

Nació en Minas. Se dió a conocer diseminando sus primeras producciones en la prensa rural. En 1916 publicó «El jardín de la Vida»; en 1918 «Rosas de Bohemia» y, últimamente, «Motivos pueblerinos». La labor de este poeta se impone sin mayores esfuerzos. Es uno de los que poseen distintas modalidades, y ha dado pruebas de destreza como versificador empleando con éxito desde el hexasílabo hasta el alejandrino. En su último libro persiste la melancolía que siempre dulcificó sus versos; pero un suavísimo tono irónico—como los ojos de un niño curioso—asoma tras la blanca cortina de su delicadeza...

Actualmente reside en la ciudad de Paysándú, donde prepara «El vino de la Sombra» (poesías), y dirige la página literaria de «El Telégrafo», acaso la más brillante del país, en estos momentos, y donde figuran conocidas intelectualidades de todas las repúblicas Sudamericanas.

De este autor dijo don Jacinto Benavente:

«...Sus versos me parecen vibrantes, apasionados, aristócratas, admirables en una palabra.»

RUEGO

Madre: Cuando yo muera, si vives, haz que sea
enterrado en aquella tumba triste y callada,
donde duerme mi padre, a la sombra sagrada
del mismo árbol, en un cementerio de aldea.

Después, en primavera, cuando se azule el río
y renazcan potentes los antiguos amores,
cuando el recuerdo vuelva..., llévame muchas flores
mojadas de tus ojos con el dulce rocío,

Y haz, madre, que contigo vaya aquella graciosa
niña que, como una imagen luminosa,
con su infantil candor en mis sueños está.

Que, si un átomo alienta de mi ser, conmovido,
tal como en otros tiempos, susurrará en tu oído
mi voz de niño enfermo: ¡Mamá, mamá, mamá...!

CANCIONES MATERNALES

(FRAGMENTOS)

I

La clara noche tiene fragancia de jazmines
y canciones que entonan mil encantadas bocas.
Las quimeras amigas pasan fugaces, locas,
mientras templa la brisa sus ocultos violines.

Duerme, hijo mío, duerme... Junto a la cuna rueda
la ronda de los sueños infantiles, y leve-
mente el místico Arcángel de las alas de nieve
te cerrará los ojos con sus dedos de seda.

Envuélvelo tú, Luna, en la azul poesía
de la cálida noche cuya dulce harmonía
el perfume sutil de los amores tiene...

¡Silencio, Vida! No entres ¡oh, Luna! tan deprisa...
No exageres la nota de tus canciones, brisa...
Deteneos ¡oh, Cosmos! No despertéis al nene...

II

Esta dulce mañana me dice tantas cosas
alegres, que no sé qué contarte, amor mío...
Me siento revivir como, después del frío
del invierno, reviven en el jardín las rosas.

Mi juventud inquieta te esperaba anhelante,
a través de sus sueños místicos, ideales;
eras tal como el príncipe soñador y arrogante
que nos pintan las diáfanas leyendas orientales.

Y trajiste a mi vida esa sana alegría,
que es salud, es belleza, es amor, poesía,
y es la fuerza motriz que anima y mueve el mundo.

De mi infecunda vida fué más hondo el latido,
y hasta tengo por cierto que cuando estás dormido
me sonríe una estrella desde el cielo profundo...

III

Una alegre mañana sentirás la tristeza
de lo desconocido; te tentará el anhelo
de surcar otros mares, de gustar la belleza
extraña, que no existe bajo tu mismo cielo.

Buscarás otros climas, y en tu mente, risueñas,
forjarán las quimeras encantados paisajes;
no tendrás ni un recuerdo para el mundo que hoy sueñas,
y sufrirás la enorme inquietud de los viajes.

Viajarás. En un claro día de primavera
—mi dolor lo adivina, mi dolor ya lo espera—
el porvenir sus puertas de ilusión te abrirá...

Tiempo... Un día en mis brazos te echará el oleaje
mudo, sin entusiasmo, hastiado de tu viaje,
diciéndome, con lágrimas en los ojos: «¡Mamá...!»

EL DOLOR

L'homme est un apprenti, la douleur est son maître.—*De Musset.*

Amargo es el dolor; pero siquiera, padecer es vivir.—*Bécquer.*

El dolor es fecundo. El alma es como un templo
donde brilla la angustia sutil del pensamiento.

El vibra en el espíritu como un eterno acorde,
y, hecho vida, hecho sangre, por las arterias corre...

Purifica, ennoblece, como un Jordán sagrado
cuyas aguas nos dieran místicos entusiasmos.

En la noche moral sus claridades vierte,
y nos torna más dulces, más buenos y más fuertes.

Nada grande se forja si el dolor no depura
el germen fecundante en la entraña desnuda.

El es como el arado, que rotura la tierra
para que la semilla se nutra con su fuerza.

Cristo, Shakespeare y Gœthe, Don Quijote y el Dante,
sólo porque el dolor los ungió, fueron grandes...

El nos da la divina ilusión de ser dioses
y el desaliento trágico de ser apenas hombres.

El ha escrito las páginas más bellas de la historia
y ha llenado las almas de virtudes heroicas.

Por eso, cuando pasan,—histriones pervertidos—
de la risa brutal los infelices hijos,

—los que no comprendieron la viril alegría
de sentir que nos clava sus puñales la vida,—

una inmensa piedad por sus desgracias siento,
y, aunque ellos van cantando, los lloro como muertos...

Ellos no sentirán esta dulce esperanza
que se gesta con sangre y se forja con lágrimas.

Ellos nunca tendrán en la frente una estrella
que ilumine con mágicos resplandores su senda.

Al apagarse el foco de su vida mortal,
una luz en la noche eterna no verán.

Y se irán de la Vida, silenciosos, por siempre,
como una cosa inútil que se lleva la Muerte.

¡Oh, bendito dolor que nos haces fecundos
y nos clavas tus dardos venenosos y agudos!

Siquiera una razón de existir descubrimos
en los rudos guijarros que siembran tu camino...

—Poetas, mis hermanos: no agotéis vuestra lírica
riqueza de emoción, en imágenes frívolas,

ni reneguéis del Hado adverso que os persigue.
¡Dichosos los que sufren..., porque, siquiera, viven!

LA CARRETA

Allá lejos, como una
sombra, por la carretera,
cargada de áurea mies, gimiendo viene
la pesada carreta.

El carrero, que siente,
sin saberlo, ternuras de poeta,
al lento paso de los bueyes, canta
un lánguido «cielito» de la tierra.

¿Quién, al verla pasar, no habrá pensado
que la vida es también una carreta
que con su carga de ilusiones gime
recorriendo la senda,
mientras nosotros, los carreros, damos
al viento una canción que nos consuela...?

ATARDECER

—¿Qué ves?—La calle desierta,
el hosco cielo de invierno,
el obscuro campanario
y allá, al fondo, el cementerio.

—¿Sientes? Silba a la distancia
el tren, «tumulto de hierro».
Rueda un coche, cae la lluvia,
rezonga en la calle el viento.

No enciendas la luz. Espera
que tienda la noche un velo
de olvido, sobre la gris
melancolía del pueblo...

JULIA, «LA MELANCOLICA»

I

Julia, «la melancólica»,
llamábanla con sorna los del pueblo,
y las muchachas, envidiosas siempre,
en sus melancolías no creyeron.

¡Miren a la orgullosa! Desdeñaba
ricos y pobres con igual desprecio.
¿Esperaba algún rey? ¿Olvidaría
que era hija de un «gringo» zapatero?

Su hermana, la menor, era otra cosa:
aceptaba con gusto los requiebros
y les dijo, una vez a sus amigas,
que «la idiota de Julia escribe versos».

Julia, «la melancólica», era el tema
obligado de mozos y de viejos:
—Va a tener un mal fin;—le presagiaban—
va a dar mucho que hablar, un día de éstos...

Y el padre:—Está borracha de lecturas,
ya no tiene remedio.

Y el cura:—Comó el ama del Quijote,
haga usted con sus libros un incendio...

II

La gente pueblerina está alarmada.
También, ¡no es para menos!
¡Mirad que es caprichosa la Fortuna!
Julia, tan luego...

Llegar él, al acaso,
y entenderse con ella tan ligero...
Buen mozo, con fortuna, con carrera...
Pues... ¿no vió otras muchachas en el pueblo?

Las «amigas» comentan:
—¡Qué ha de merecerlo!
Y los mozos:—Es loco de remate;
¡casarse con mujer que escribe versos!

Julia, es el tema
obligado de mozos y de viejos.
—Al fin y al cabo,—dicen—
es la hija de un «gringo» zapatero.

III

Anoche, todo el mundo
concurrió al casamiento.
¡Cómo rabiaron ellas!
Julia no era la misma de otros tiempos.

Marcháronse hoy a la ciudad lejana
y con indignación cuenta el barbero
que Julia, desde el tren, de gozo llena,
«le hizo la cruz al pueblo».

Bianchi (Enrique)

Autor del libro «El Secreto Doliente» (poesías), 1920. Nació en Montevideo, donde reside. Su primer volumen anuncia a un poeta de méritos positivos.

LA HORA UNCIOSA

Vengo cansado y triste, buscando los divinos
remansos de tus ojos para lavar mi herida:
¡traigo en el pecho el sello sangriento de la Vida,
y en la sandalia el polvo de todos los caminos!

Pongo en tus manos castas el alma dolorida,
que ha menester de ingenuos ensueños cristalinos...
¡Y sean tus afectos los astros vespertinos,
ungiendo de dulzura la tarde de mi vida...!

Y así como sentiste, en horas invernales,
errantes golondrinas llamar a tus cristales,
en busca del amparo piadoso de tu seno;

¡hoy llegan mis amores, aves extraviadas,
para anidar al dulce calor de tus miradas,
ansiosas de un refugio: tu espíritu sereno...!

EL ESFUERZO

No te arredre lo adverso de tu sino,
ni perdones empeño en tu quimera;
aquél que triste y resignado espera,
nunca podrá forjarse su Destino.

Como, sobre la andina cordillera,
contra toda crueldad se yergue el pino,
¡persiste, sin cejar, en el camino
que abrió a tus ojos la ilusión primera...!

Llevas en ti la clave de la Vida.
Ríndela, pues, como a mujer querida...,
y, hallando dinamismo en el fracaso,

¡procede como el ínclito guerrero
que, trunco el brazo que empuñó el acero,
blandió el acero con el otro brazo...!

Campos (Ernesto de los)

Nació en Flores. Sus mejores actividades las dedicó al periodismo. Por sus versos es fácil conocer la cultura de este poeta desaparecido en medio de la más bella florescencia de su intelecto. No publicó libros.

MISAL PAGANO

ORACIONES A MI AMADA

I

Señora, yo soy creyente...
Vuestras gracias de sultana
os han dado en mi alma ardiente
—alma devota y vehemente—
el puesto de soberana.

Yo soy creyente, señora,
de una bella religión
en que el verso es prez sonora
del que invoca o del que implora,
y es la hostia un corazón.

Mi religión de poeta,
como el culto del Hebreo,
tiene una Virgen: ¡Julieta!
Tuvo a un Shakespeare por Profeta,
y tiene un Mártir: ¡Romeo!

«Krysis» es su dulce mote;
su Jerusalén, Venecia...
¡Y por Sumo Sacerdote,
tiene el alma del Quijote
y el espíritu de Grecia!

Su templo es el cielo vario
que Febo en su ruta cruza;
son los besos su rosario,
y es su ideal confesonario
una ventana andaluza.

Su cáliz, son labios rojos;
grato rondar, su novena...
Se oficia sólo de hinojos,
¡y en el fuego de los ojos,
por incienso, arde verbena!

El devoto, en su embeleso,
transforma un lecho en santuario,
y en el pecho deja impreso
el rojo florón de un beso,
a modo de escapulario...

Las tibias y olientes brisas
que cruzan con lentos giros,
cantan del Amor las Misas:
de ¡aleluyas!, si hay sonrisas;
de imploración, si hay suspiros...

Es mi religión tan sana,
tan verdadera y tan buena,
que la religión cristiana,
por tener algo de humana,
¡le robó la Magdalena!

Del mar en lo más profundo,
del bosque en la fresca umbría,
doquiera palpite el mundo,
donde haya vida, un segundo...,
¡hay religión, si hay poesía!

Si canta el ave a la aurora,
si da perfumes la flor,
es por la influencia, señora,
de esta deidad triunfadora:
Eros, Cupido y Amor.

Todo lo que el Orbe encierra
brotó en su augusto crisol.
Pensar en su ausencia, aterra:
¡pues la Tierra, con ser «tierra»,
nació de un beso del Sol!

A ese Dios es a quien reza
mi alma con divina unción.
¡El es la única grandeza
que hace doblar mi cabeza
y temblar mi corazón!

Ved, señora, cuán injusta
fuisteis al llamarme «ateo».
Yo no creo en la vetusta
leyenda de un Dios que asusta,
pero en el Amor, ¡sí creo!

Creo que su augusto sello
eleva al Hombre hasta Dios...
Creo en lo que es luz..., destello...
Creo en todo lo que es bello,
y, por bella..., ¡creo en vos!

II

¡Oh, dulce dueña de mi fe de amores,
ungida de Ilusión...!
¡Oh, tú..., más bella que las bellas flores!
¡Escucha mi oración;
y pon sobre mi frente
la bienaventuranza de tu beso ardiente!

¡Dame tus labios, que mis labios quieren
posarse en ellos, desgranando besos...!
¡Dame tus labios, que mis labios mueren
de ensueños locos en las redes presos...!
¡Dame tus labios...!

¡Deja a mis manos que en carrera loca
sigan las curvas de tu cuerpo regio,
mientras estalla en tu sangrienta boca
de un beso ardiente el voluptuoso harpegio...!
¡Deja a mis manos...!

¡Dame la gloria de sentir tu pecho
junto a mi pecho palpitar ansioso:
que en las torturas de un abrazo estrecho,
quiero morir..., para morir dichoso...!
¡Dame la gloria...!

¡Dame la aurora de tus ojos negros
para mis noches de pasión...! ¡Cantores
suenen los besos, y, en compás de «allegros»,
hagan el coro a mi canción de amores...!
¡Dame la aurora...!

¡Dame tus labios...! ¡Deja a mis manos...!
¡Dame la gloria...! ¡Dame la aurora...!
Y, por sobre todos los humanos,
¡bendita seas...! ¡Salve, oh, señora!

*

¡Oh, dulce dueña! Por su anhelo, mística,
el alma mía con unción te implora.
Y sus ensueños, cual guirnalda artística
en tierna ofrenda, echa a tus pies...
Señora,

tú que estás incrustada en mi memoria
por el ígneo buril de mis excesos,
¡apiádate de mí..., dame la gloria...!
¡No me dejes morir..., dame tus besos...!

Casaravilla Lemos (Enrique)

Ha publicado algunas poesías en revistas literarias y un pequeño opúsculo escrito en colaboración con Justo Deza. En 1920 dió «Las Fuerzas Eternas», versos. Dijo Alberto Zum Felde sobre este hermoso libro: «No se hallan en «Las Fuerzas Eternas», ni los nerviosos tanteos juveniles del que busca su senda, ni los tímidos resabios de las viejas pragmáticas, ni las fanáticas unilateralidades de las nuevas escuelas: la conciencia estética del autor, enfrena ya, con segura mano, el redomón de su lirismo, y lo conduce, por libre senda, rumbo a su destino.» Nació en Montevideo, donde actualmente reside.

LA DEFINITIVA CONFIANZA

¡Sí, alma viajera que me escuchas,
negra de lodo y zarzas, o toda blanca de azahares...!
¡Sí, yo he sufrido, a mares,
todas las torturas del ser
y todas sus luchas...!
¡Alma viajera, sigue mejor;
sigue tu senda, para no ver
más la de mi dolor!

Por descarriados rincones,
entre vacilaciones
y casi vacías victorias,
he rodado,
sin glorias,
desde alturas do nadie ha subido,
hasta fondos de pena que nadie ha pisado.

Pero..., por más que ruede perdido,
—alma viajera que me escuchas—
solo, y sin lágrimas, el vuelo roto;
aunque, ni un instante, al ignoto
mundo que sueño, ascienda;
luchando con todas mis luchas,
con mis iras, olas que cunden
sin rienda;
con mi virtud, que no las hunde:
¡yo sé que, alguna vez, he de edificar mi vivienda,
sobre la piedra donde se alcanza
la definitiva confianza...!

LA EXISTENCIA

Nacemos, en la madre puestos los tiernos ojos,
por primer horizonte... Las horas de inocencia
la ventana nos abren a un jardín sin abrojos...
Después... muda el paisaje. Despierta la conciencia,

y ante su enorme puerta nos coloca el Destino.
Con valientes esfuerzos es menester forzarla;
y, apenas vemos lo arduo del incierto camino,
ya la vida nos pesa... Después de traspasarla,

recordando el pasado, ansiamos, ¡ay!, volvernos,
hasta que—fatalmente—tras de inútil porfía,
nos arrastra la Muerte a sus cauces eternos...

Unos con el estrépito de una cristalería,
otros como una lágrima que a solas se evapora...
¡Así nos vamos todos, en la Lívida Hora...!

PAN DE AMOR Y BIEN

¡El pan, de los mortales el eterno bocado
diario...! ¡El Pan de los Angeles, la Comida Divina...!
¡Hijo del padre trigo, milagroso y dorado,
y de la mano hábil que su forma imagina...!

¡Júbilo y paz tú pones en la vivienda ahumada
del pobre; y los que andan por las puertas del mundo
en tu busca, te loan...! En la sombra callada,
paras las hambres santas... Un respeto profundo

tu mansedumbre inspira... Tu vecindad expresa
justicia y bien: si faltas, no será compensada
tu ausencia, eterno símbolo de hermosura y riqueza.

Tu bondad nunca mide, porque es realmente buena.
Y, aguardando la hora de la clásica cena,
humilde y generoso yaces sobre la mesa...

Caviglia (Buenaventura)

Autor de «Mirín», 1907; compilación de poesías delicadas y harmoniosas que publicó con el pseudónimo «Federico Giraldi». Sin dedicarse en absoluto al cultivo del verso, si bien no es una de las primeras figuras de actualidad, susceptible y generoso, posee temperamento de artista, y, perseverando, sería hoy uno de los buenos poetas nacionales.

Está radicado en Montevideo, donde nació.

MIRIN

En el prodigio en flor de tus jardines,
¡cuántas veces también soñaste!—Acaso
llovían silenciosos los jazmines,
¡estrellas deshojadas a tu paso!—

Para tu cuerpo, la augural primicia
de aquella tarde azul de primavera;
para tu carne, su perfume fuera,
tibio y perturbador, una caricia:

una caricia que el suspiro arranca
de las ausencias que la frente inclinan,
una caricia, que en tu nuca blanca,
donde nimbos de luz se arremolinan,

pusiera el beso que se apoya apenas,
como un preludio anunciador de boda,
que acelerara el ritmo de tus venas.
¡Sólo el recuerdo, te estremece toda...!

Cosme (Bernabé)

Nació en Mercedes. Fué cantor romántico y de mucha fecundidad. Publicó sus poesías. Sus primeros versos aparecieron en la prensa de su ciudad natal. Murió en el hospital militar, en Montevideo.

PAGINAS INTIMAS

Vas subiendo la cuesta de la vida,
yo estoy en la mitad de la jornada...
¡Qué bella te parece la subida!
¡Qué triste me parece la bajada!

¡Esa es la ley de la existencia humana!:
abajo van los que hasta arriba fueron,
y los que hoy suben bajarán mañana...,
tal como hoy bajan los que ayer subieron.

En el limpio horizonte de tu vida,
el sol que nace, tu pupila hiere;
y en mi tarde sin luz, descolorida,
¡ay, apenas me alumbra el sol que muere...!

Yo también tuve mi primer aurora,
mis delirios de amor y de esperanzas,
visiones de la mente soñadora,
promesas de ventura y bienandanza.

También mi cuna se meció entre risas
de mi existencia en el albor primero,
como al columpio de las tiernas brisas
en el sauzal el nido del boyero.

¡Ilusiones que ayer me deslumbraron
con sus lucientes y doradas galas,
mariposas de nieve que dejaron
en el camino el polvo de sus alas!

A mí también la sociedad, un día,
me llevó a sus espléndidos salones
y confundió su suerte con la mía,
al rumor de sus fiestas y canciones.

Y cuando el libro abrí de la experiencia,
aprendí lo que todos los mortales:
que es profunda verdad esa sentencia
que dice: «¡Tanto tienes, tanto vales!»

Amé, una vez... De la mujer aquella
hoy sólo guardo la memoria vana;
fué de mi vida la primer estrella,
fué de mi vida la primer mañana...

Le dediqué a la patria los cantares
más puros de mi ardiente fantasía...,
¡y vi manchar sus límpidos altares
con el inmundo lodo de la orgía!

Amigos que sus manos me tendieron,
que en sus brazos con ansia me estrecharon,
y que, después, cuando caer me vieron,
como se olvida a un muerto, me olvidaron...

Escucha, Roque. Cuanto más se avanza,
más en la áspera senda se tropieza;

¡donde acaba la luz de la esperanza,
la negra sombra de la duda empieza!

Mas, ¿a qué, recordar lo ya olvidado
—mis sueños, mis delirios, mis pasiones—?
¿Para qué, abrir la fosa del pasado,
donde yacen las muertas ilusiones?

Tiende, feliz, tu majestuoso vuelo
hacia la azul región del idealismo...
¡Tú, en escala de luz, subes al cielo!
¡Yo ruedo, entre tinieblas, al abismo!

Casal (Julio J.)

Nació en Montevideo. Ha publicado los siguientes libros de versos: «Regrets», 1910; «Allá Lejos», 1912; «Cielos y Llanuras», 1914; «Nuevos Horizontes», 1916; «Huertas Maternales», 1919; y «Humildad». Tiene prontos para dar a las cajas «Medallones», en prosa, y «Paisajes Cantábricos», en verso. En preparación «Cuentos a Marynés», versos. Refiriéndose a este infatigable escritor, dice Roxilo en su «Historia Crítica de la Literatura Uruguaya»: «Casal pertenece al número de los soñadores que la ciencia médica de los antiguos calificaba de enfermos gerulfos, de enfermos aquejados de una sorda e incurable melancolía.»

Laborioso, infatigable; de su vida bien puedo decir que es un poema. Reside en España.

NUESTRAS HORAS

...Y volverán, no dudes... Se fueron como todo:
la luz, el sol, la sombra, las estrellas...
¡Al otro día vagarán de nuevo,
unas allá en lo alto, las otras en el alma!

Todo se va para volver. Incierto
es el saludo para siempre. Agita
el pañuelo su nieve inmaculada
como diciendo: ¡Aguarda en la ribera!

La flor se mueve sobre tu corpiño;
¡pero el perfume en tu corpiño queda!
Pasó el barco...; la estela se hizo sombra...
¡El barco vivirá las muertas aguas!

Yo tuve el alma llena de ilusiones,
de tristezas, de ensueños, de alegrías...
¡Yo sabía rezar, y mis plegarias
se fueron con mi madre...!
Indiferente,

vivo a solas, sin ansias, sin recuerdos,
como un pobre extraviado que no sabe
por dónde ha de doblar en el camino!
Yo gusté el vino de las añoranzas,

de las quimeras, de las dichas todas...
El vaso está vacío; pero queda
sobre el cristal la gota..., ¡y un recuerdo
a veces suele despertar un mundo!

¿Por qué, desesperar? Aquellas horas
han de volver de nuevo; se alejaron
por fuerza del Destino, y el Destino
no tiene parecer: ¡siempre es voluble!

DESPUES...

Después que yo me haya
ido, aparentemente,
—porque no se termina
del todo, con la Muerte,—
búscame en las auroras, hijo mío,
y en los atardeceres...

Me encontrarás también entre los rayos
dorados de Selene...
Y allá, en tu corazón, yo he de ser una
palpitación alegre...

Cuando en tu copa brille el dulce oro
de las dichosas mieles,
no importa que me olvides...
¡En tu egoísmo, bebe
a solas el licor
de todos los placeres...!

Pero si sufres, volveré hacia ti...
¡Sí, yo habré de ser ese
pañuelo de ternura
que tus lágrimas seque!
En tu gozo, tal vez no esté a tu lado;
¡mas, ¡ay!, en tu dolor, lo estaré siempre!

LA RAMA

El crepúsculo incendia la colina
con su dorada lumbre mortecina.

Sobre el espejo de una fuente, juega
la sombra de una rama... Se va..., llega...

La marchita y vieja copa
del árbol, feliz se arropa

en el raro terciopelo
de la tarde... Y la desnuda
rama, semeja un pañuelo
que al horizonte saluda.

PRECEPTO LITERARIO

Nunca mis ansias, temas complicados aborden.
Tan sólo la aventura corran de lo sencillo,
y en las líricas sedas que perdieron el brillo,
las agujas del verso sus líneas simples borden.

La fuente de los hechos y cosas naturales
tiene cierta harmonía, para los hombres, muda...
La piedra tosca, el muro sin pintar y la ruda
verdad, no son motivos para las liras reales.

No me alivia la música cambiante de una orquesta...
Prefiero la cigarra típica de la siesta,
con su rústica cuerda... Y hasta quisiera, para

realizar mis anhelos de humilde afán, la suerte
de entrar por el camino nocturno de la Muerte,
con la luz natural de la tarde más clara...

LA MUJER GRIS

La Mujer Gris, que en sueños
vió Sudermánn, un día,
nos hace a todos una
misteriosa visita.

Enigmática y triste,
llega con la caída
de las primeras hojas
del árbol de la dicha.

Abre nuestros jardines...
Y al eco de su risa,
las flores del camino
se truecan en espinas.

Cuando menos pensamos
y a mitad de la vida,
nos sorprende la sombra
de la Dama solícita.

Castro (Manuel de)

Autor de «Las estancias espirituales», libro de versos. Reside en Montevideo. Su modalidad es mística. El autorizado crítico Juan Torrendell, dijo, en un juicio breve sobre la poesía de este intelectual: «...insinúan las estrofas alentadoras de la musa que invita a la acción y a la energía, para hacer rumbo a la vida perfecta que tendrá su más alta superioridad, en la divinidad.»

DIVINIDAD

El cielo que está en nosotros...
Maeterlinck.

¡Inútil, que te esfuerces por colmar tus anhelos;
porque todo en la tierra es efímero y vano;
y lo que tú persigues con afán sobrehumano,
te privará la dicha de conquistar los cielos...!

Por eso, Hermano mío, tus continuos desvelos
acaso nunca logren un instante lozano:
¡pues todo lo que puedas abarcar con tu mano,
perece..., y sólo quedan los grandes desconsuelos...!

¿Qué será de tu vida sin amparo ni abrigo,
cuando, ya sin anhelos, solamente contigo,
la hiel amarga bebas de tu propia Verdad...?

Tal vez en ese instante algún cielo se abra...,
o ruedes a lo largo de una senda macabra
con la enorme conciencia de tu Divinidad...!!

ISIS

El sacro velo de Isis, ningún mortal descubre...
Ella el prodigio anima de la escondida ubre.

Es del grave Misterio la diosa que atesora
el inmortal secreto de la Noche y la Aurora.

Ella es toda la Pauta; Ella es el Ritmo abierto:
de la Vida y la Muerte forma total concierto...

Subsiste en cada fórmula del Enigma inmanente...
¡Ah, si nos fuera dado penetrar en su fuente...!

¡Síntesis del Milagro! ¡Realización divina!
Isis nunca perece, y en toda Edad culmina...

Su égida suprema rige la humana suerte:
¡Nadie sabrá el secreto de la Vida y la Muerte!

Delgado (José María)

Dirige actualmente, con César Miranda, «Pegaso», la revista literaria más importante del país. Este autor nació en la ciudad de Saltofloreciente, lugar de intelectualidades de primera fila. En 1919 publicó «El Relicario», poesías. Es crítico bastante ecuánime. Reside en Montevideo, en cuya prensa colabora.

EL PRIMER BESO

Fué allá en el norte, en la heredad nativa,
donde, buscando alivio a un sol de fuego,
íbamos siempre al descender el día,
a pasear junto al río solariego.

Una tarde, en silencio, cual las otras,
íbamos ya a volver de la ribera,
cuando Dios quiso que una blanca alondra
al mudo amor tierno motivo diera.

«—¿Adónde, que parece tan dichosa,
irá esa alondra?»—ella exclamó a mi oído—.
«—Tan dichosa,—le dije—y a esta hora,
¿adónde irá, sino a buscar su nido?»

«—Dulce ha de ser tornar al nido, cuando
el ala exhausta la fatiga hiera;
dulce ha de ser: pero más dulce,—¡cuánto!—
si al ave errante otra ave ansiosa espera»...

Luego, viendo un vapor, con voz más leve:
«Dulce ha de ser también viajar, ¿no es cierto?»
«—Dulce,—repuse—siempre que no quede
de dos, uno en el mar y otro en el puerto.»

Hubo un tierno silencio. Luego, su alma,
súbitamente grave: «—Si, algún día,
—me preguntó—una barca me llevara
lejos, ¿tu corazón me extrañaría?»

«—¿Extrañarte, no más...? ¡Oh, que no sepa
nunca el dolor que tu presagio augura.»
Dije; y, como doblara mi cabeza,
pretendiendo ocultarle mi amargura,

ella a su seno de marfil me atrajo,
y, absorta en la emoción de su embeleso,
dijo: «—También yo, sólo de pensarlo,
tengo en los ojos, como un velo espeso...!»

Y como ya por los senderos vagos
descendieran las sombras del regreso,
subiéronse las almas a los labios...
¡Y trocamos las almas en un beso!

LA MUERTE DE ISOLDA

(Sobre un cuento de Horacio Quiroga)

Este cuento los versos me sugiere
que Don Ramón para su «Expreso» hizo;
«Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere.»

¡Ay, del que de una «Inés» el amor trunca!
La dicha cuyo sueño nos abrasa,
sólo una vez por nuestra puerta pasa:
una vez que pasó, no vuelve nunca...

¡Cuánto dolor irremediable arde
en estas tres palabras: «¡Ahora es tarde!»;
pues todo duelo, en amargura cede

frente al de ver el claro paraíso
que ayer pudo ser nuestro, y no se quiso...,
y hoy se quiere tener, y no se puede...!

Falco (Angel)

Figura descollante. Por su modalidad épico-lírica, despertó en la juventud floreciente de su época feliz, entusiasmos inspirados en sus cantos grandilocuentes y revolucionarios. También su estro ha dominado con facilidad la poesía amatoria. Lleva publicados los siguientes libros: «Ave Francia», 1906; «Cantos Rojos», «Garibaldi», 1907; «Vida que canta», 1908; «Breviario Galante», 1909; «El Hombre-quimera. Canto a Chaves», 1911; «La Leyenda del Patriarca» (Canto dedicado a Artigas) y «El Alma de la Raza» (poesías). Fundó en Buenos Aires la revista literaria «Proteo», 1916 y 1917; y el semanario «La Raza», 1917. Hace mucho que ninguna novedad nos ofrece, apesar de sus activos trabajos.

Según un distinguido historiador de la literatura en el Uruguay, Falco dispone de material inédito, lo suficiente para una treintena de volúmenes. Es el poeta de la lira de bronce, cuya obra permanecerá para recibir el saludo de futuras legiones. Nació en Montevideo y reside en Nápoles.

LA LUCHA

¡Fuerza es luchar! Palestra es el combate,
donde el alma del fuerte se agiganta;
donde la fiebre del esfuerzo, late,
y en faena triunfal, la vida canta.

Quien ante el lodo su pendón no abate,
marcha a la cumbre, con segura planta:
pues, si cae en la lid al rudo embate,
¡más grande, como Anteo, se levanta!

Tal de la vida es la perpetua guerra,
que hasta esa madre pródiga, la Tierra,
leyes tiene, despóticas y extrañas...

¡Pues para dar sus frutos, con ser madre,
es preciso que el hombre la taladre,
hundiéndole el arado en las entrañas!

MADRIGALES

Al modo de Gutierre de Cetina

I

Ojos tristes..., sombríos,
que de tan bellos, dais en darme celos,
¿queréis ser las estrellas de mis cielos?

Ojos que sois abismos,
en mi destierro os veo, y no me asombra
el ver cómo ilumina vuestra sombra.

Ojos que sois abismos...,
¡abrid, por gracia, el milagroso broche
de vuestros espejismos
a mi dolor...! Si es vuestra inmensa noche

más radiante que el día,
vuestra tristeza llena de poesía
es mi placer: de hondos misterios puebla
mi soledad... ¡Miradme, todavía,
ya que es mi luz mejor vuestra tiniebla!

Ojos negros..., sombríos,
ya que sois tristes, ¡sed los soles míos!

II

Bellos, nocturnos ojos,
que os ilustráis de un esplendor lejano,
¿por qué ante mí no se abre vuestro arcano?

Suaves, negras pestañas,
si alzáis sólo una vez el dulce velo,
podré creer que en mí se posa el cielo;
mas si quedáis a mi locura extrañas,
no dándome siquiera ese consuelo,
¡quedaos sin alzar, crueles pestañas!

¡Cerraos bellos ojos...,
y así no me veréis morir de antojos...!

PASCUAS PAGANAS

¡Evohé!, ¡cuánta luz!, ¡cuántos rumores!,
y en las sonantes selvas, ¡qué vagidos...!
Suena la fiesta de los ruiseñores
que se cuentan amores en los nidos.

Entre una selva que revienta en flores,
resurge Pan, como en los tiempos idos,
y pónense a soñar los amadores,
que un nuevo sol se eleva tras de Abydos...

—Venid, ¡oh, hermanos míos en Apolo!,
que tengo miedo de encontrarme solo
frente al milagro de la Edad que empieza.

¡Venid, poetas, a tejer amores...
¡Musas, traedme flores, muchas flores,
para Nuestra Señora, la Belleza!

A ESPAÑA

I

—¡Nutriz de mundos! La futura gente
aprenderá una vez, cómo tu mano
cerró en su puño al mundo, dió al arcano
luz y sostuvo en peso un continente.

Sabrá cómo tu sol en su poniente
hizo albor su tramonto soberano;
veinte auroras sembró en el Oceano
para hacer el milagro de Occidente.

Sabrá cómo en tu ley caíste, ¡España!,
cual los hidalgos que ilustró tu hazaña:
que sus viejos castillos derrumbados,

dejábanlos caer sobre los hombros...,
¡para morir, debajo sus escombros,
por su misma grandeza amortajados!

II

España es grande... ¡Aunque ella enmudeciera,
hablarían por ella y su victoria,
veinte pueblos en flor: la primavera
de su alma eterna en plenitud de gloria!

¡Por que muriese España, y su memoria
dejase de alumbrar, preciso fuera
arrancar cuatro siglos a la Historia,
y las alas cortar a la Quimera!;

¡que callaran los mares resonantes
con la voz de sus triunfos; que Cervantes
ya no hablara en idioma castellano:

que no hubiese poetas; que volviera
a detenerse el Sol, y que se hundiera,
la Atlántida otra vez, en el Oceano...!

III

¡Miente quien diga que el León ha muerto!:
aun ensueña conquistas: aun se llena
de auroras su pupila, y su melena
se desfleca a los vientos del desierto

como una selva en tempestad... No es cierto
que duerma, aunque en prisión esté: la arena
mira, y aguza sobre su cadena
la vieja garra para el nuevo acierto.

¡Miente quien diga que menguó su imperio!:
que, aun en reposo, el viejo león iberio
tiene, soñando, una actitud de Historia....

¡como esos leones de los pedestales
que dan guarda a las cosas inmortales,
custodiando el silencio de la Gloria!

IV

¡Aun no ha muerto el León!: aun su profundo
rugido que llenó la Edad Pasada,
puede atraer al Porvenir: preñada
la Madre está de un nuevo albor fecundo...

¡No es que España desmaye!: está callada
después del gran rumor; calla, un segundo,
después de andar cien lustros por el mundo
escribiendo epopeyas con su espada...

¡No duerme el pueblo que pobló de alarmas
la Eternidad; que, por dorar sus armas,
detuvo al Sol absorto en su camino,

y que, un día, triunfante en toda guerra,
no encontrando rival sobre la tierra,
se puso a combatir con el Destino!

V

—¡Oh España! Si tu Sol se ha puesto en Flandes,
jamás se puso en tierra americana:
¡prendió su hogar, entró por la ventana
de su alma, y se durmió sobre los Andes.

De allí saldrá para otra sobrehumana
aurora, eterna vida en que te expandes:
¡y jamás se dirán cosas más grandes
que las dichas en lengua castellana!

¡Madre de pueblos! Por dar savia y vida
al mundo nuevo, abriste más la herida
que tu sagrado pecho despedaza,

¡y aun cuando falte a tus pezones llenos
leche fecunda, exprimirán tus senos
toda tu sangre, por nutrir la Raza...

LA LEYENDA DEL PATRIARCA

Fragmentos leídos por el autor en la fiesta del centenario de la batalla de Las Piedras.

I

¡Niños, hermanos míos,
los que gustáis de cuentos legendarios
y amáis los prodigiosos extravíos,
los sueños visionarios!

¡Niños, amados míos,
los hermanos menores
en nuestra madre Libertad: uníos
de las manos; juntad vuestros amores,
a la vera del lar iluminado!

¡Venid a mí! Traedme muchas flores,
muchas flores... Sentaos a mi lado
y abrid de par en par, sobre la Gloria,
el balcón del ensueño alucinado,
para que os entre luz en la memoria.

¡Abrid vuestra alma al viento del pasado,
porque quiero contaros, en ofrenda
al sol que está en vosotros, una historia
que parece más bien una leyenda...!

II

¡Ancianos del terruño solariego,
sobre cuyas cabezas ha caído
la ceniza del fuego
del recuerdo que aun late en el olvido!

¡Ancianos padres de la Estirpe mía,
los que gustáis de la melancolía
que tiene el vino de las dulces quejas;
los que sabéis de fábulas lejanas,
de la oculta poesía
que tiene el alma de las cosas viejas;
los que tenéis la sien llena de canas,
y los labios repletos de consejas...!

Oíd, ancianos, la leyenda mía...
¡Ella os podrá traer, en sus lejanos
acentos, la visión esclarecida
que os poblará de auroras la memoria,
para vivir conmigo aquella Gloria
que fué toda la luz de vuestra Vida!

¡Viejos, oíd...! El canto tiene engaños
sublimes: es el ala que en asombros
eleva los delirios más extraños.
¡Oíd, y podréis creer que de los hombros
os sacasteis el peso de cien años...!

III

Y vosotras, mujeres de mi tierra,
las más bellas del mundo,
las que encendéis el fuego de la guerra
entre los hombres, al fulgor que encierra
vuestro mirar profundo:

¡Mujeres ruiseñores
de mi Patria romántica y sonora,
de mi bosque de ensueños y de amores;
las que dais la ternura y los enojos...,
todo el milagro que la vida enflora!

¡Mujeres de mis líricos cantares,
las que en las tristes noches uruguayas
custodiáis las leyendas tutelares;
las que encendéis con los fulgores de Eros,
en el silencio de las horas quietas,
el delirio triunfal de los guerreros
y el ensueño de luz de los poetas...!

¡Escuchad este cuento legendario
en las fiestas pascuales
que preside el solemne Centenario!
¡Sed las sacras vestales
del fuego del valor, ante el santuario
en que la Santa Libertad se eleva
en gloriosa ascensión...! ¡Dadme la prueba
de vuestra fe...! ¡Iluminad los templos,
y hablad de esta leyenda sin ejemplos
a los nacidos en la Gloria nueva...!

IV

¡Jóvenes de la fuerza y del lirismo,
custodios del Ideal; los de la herencia
sagrada; los del épico bautismo
del milagro en la fuente de heroísmo
de nuestra independencia;
los que sabéis de todos los caminos
que van al Sol; los que tenéis conciencia
y fe de vuestros únicos destinos!

¡Jóvenes que guardáis, espada al brazo,
vuestra heredad de amor, sobre el regazo
de la Madre de Oriente, en las fatigas
de las horas guerreras,
frente a todas las furias enemigas,
frente a todas las ansias extranjeras!

¡Los que pasáis la Vela de las Armas
del Porvenir, en nuestra tierra libre,
prontos a dar los bélicos «alarmas»
a todas las bravuras redentoras,
en cuanto el grito de las sombras vibre
junto al nido Oriental de las auroras...!

¡Jóvenes, los valientes y gentiles;
los que tenéis los músculos viriles
como templados por la santa ira,
que vibran en las gestas varoniles,
sin que haya brazo alguno que los tuerza,
cuando sus nervios el valor estira
como cuerdas sonantes de una lira
que canta la epopeya de la fuerza!

¡Jóvenes de mi Raza, los mayores:
dejad, un rato la florida reja
de la Novia, en que estáis cantando amores
en harmoniosa queja,
y escuchad...! En mis cantos brota en flores
todo el milagro de la Patria Vieja...

¡Sentaos a mi vera; daos las manos;
avivad de las llamas los destellos,
y oídme bien!:

* * *

Era, una vez,—hermanos—
un gran guerrero; pero no de aquéllos
de los gestos crueles,
que, en los tiempos salvajes y lejanos,
florecían en sangre sus laureles.

¡Este era un héroe cuya noble espada
no fué jamás un hacha de verdugo,
sino que estuvo siempre levantada
como un rayo de luz de la alborada,
contra toda tiniebla y todo yugo!

¡Porque, en todo momento, a todas horas,
era su espada santa quien tejía
con las hebras de luz de las auroras
la clámide del día,
el manto de la sacra investidura
en el que augustamente se envolvía
la Libertad...! ¡Por eso,
siempre su rayo en la tiniebla oscura
de las almas, dejó su brillo impreso,
como óleo santo de la Edad Futura...!

¡Cetro su espada fué, antorcha y tea,
en las llamas del Sol siempre encendida;
el aspa de un molino, que voltea
moliendo el rojo grano de la Idea
que da la harina blanca de la Vida!

¡La espada forja el Porvenir: no hay nada
más santo y más glorioso que una espada,
cuando es el regio cetro de victoria
para la Libertad...! ¡Ella es sagrada,
cuando es su luz radiante la mirada
suprema de la Gloria;

cuando es como la antorcha de Aladino,
que hechiza al genio con su llama ustoria;
y es vara de Moisés, que abre un camino
para el Sol, en las sombras, y es divino
espejo milagroso de la Historia
que se mira más bella en su destino...!

Artigas era el bíblico patriarca
de la Estirpe: sus águilas guerreras
no hicieron sólo el nido en la comarca
de las patrias fronteras:
volaron sobre todas las riberas,
sobre todos los pueblos, igualmente...,
¡pues fué su Genio, que el destino abarca,
la paloma del arca
del Ensueño de América naciente!

¡Su alma fué el Sol; su soplo dió un latido
universal, profundo,
al generoso corazón herido
de la Patria, tan magno que, un segundo,
todo el confín de la heredad rebasa,
para poner en movimiento al mundo
con los grandes desbordes de la Raza!

¡Tan alto en su caballo parecía,
que alcanzar pudo con su frente el cielo;
tanto, que el mismo sol resplandecía
sobre su sien, entre el nocturno duelo,
mientras su poncho al aire, se diría
un huracán de cóndores en vuelo!

Adoraba la gente campesina
con un culto romántico a ese hombre,
con una adoración casi divina,
exaltada al fervor de su renombre;
las mujeres le daban sus cariños
y en el sueño sonámbulo los niños
pronunciaban su nombre...

Los montes patrios, los nativos ríos,
de verle siempre en el bregar, le amaban;
¡y sabían sus ímpetus bravíos,
y, en las horas de heroicos extravíos,
al clamor de su voz, se amotinaban!

¡Todo, era el reino de sus sueños grandes:
toda la inmensidad que se dilata
desde el lejano trópico hasta el Plata,
desde el inmenso mar hasta los Andes!
¡Las selvas y los montes,
las cumbres y los llanos,
se agrandaban de nuevos horizontes
al pasar sus delirios sobrehumanos!

¡Todos los nobles y altos desvaríos,
todos, por El, se hicieron insurgentes:
los montaraces gauchos de Entre Ríos,
las indígenas lanzas de Corrientes,
el ardor de la fe santafecina,
los heroísmos indios de Misiones
y las mismas patrióticas visiones
de la sabia ciudad salamanquina!

¡Todos eran con El: los federales
en las floridas márgenes platenses
del viejo virreinato, los leales
paisanos de los llanos riograndenses,
y las libres pujanzas orientales!

¡Todos eran con El: las santas Ligas
del Derecho, las épicas audacias...,
porque ellas bien sabían cómo Artigas
encarnaba las nuevas Democracias
en las tierras del Sol; porque, no en vano,
su grito un nuevo y libre acorde estampa
en el hondo concierto americano:
El era todo el ímpetu del llano
insurgente, era el trueno de la Pampa!

¡Su espíritu gigante se extendía
desde el oceano insomne a la frontera
de Chile; y a la agreste toldería,
y a las montañas de la cordillera...!

¡El era el rey de toda la comarca
de las gentes indómitas! ¡El era
el anciano patriarca
de los pueblos libertos, el caudillo
de toda la bravura montonera!

El gauchaje seguía su bandera,
donde el indiano Sol puso su brillo;
con él estaban Güemes, y Sotelo,
y Ramírez, y López, y Andresillo.
Contra él estaba el reaccionario anhelo
de los odios monárquicos, la hispana
conspiración, los vigilantes sueños
del Brasil, la codicia lusitana
y la sorda ambición de los porteños:
¡todos los odios, todos los empeños
contrarios a la fe republicana!

¡Su formidable grito
de Libertad, en el Destino oscuro
resonó, hasta las moles de granito...,
y atrajo con la voz de su conjuro
una ronda de auroras del Futuro
para llenar de luz el Infinito...!

No tuvieron sus sueños la fortuna
de tener a Los Andes
a manera de olímpica tribuna,
para hechizar al Sol, y ser más grandes;
pero su voz lejana
suena más honda, cuanto más se aleja...,
¡y aun más ha de vibrar cuando, mañana,
rotos los moldes de la Patria vieja,
formen el cielo de la Estirpe indiana:
cuando, junto a su Sol, veinte naciones
formen en haz, con sus constelaciones,
la gran Federación Americana!

¡Ah, no es sólo una Patria la que canta
un himno al viejo Precursor: un coro
que de todos los pueblos se levanta,
dice el salmo sonoro
a la grandeza de su gloria santa!

¡Son varias las naciones
que entonan la canción alborozada:
son las cinco Provincias, las Misiones,
todas las hijas de la Pampa, aquéllas
que libertó su espada,
rompiendo el Inca Sol en cien estrellas...,
para que fuese cada una de ellas
un sol en plena fiesta de alborada!

* * *

Era el silencio inmenso
de la opresión; era el silencio inerte
sobre el suelo de América suspenso,
como un sueño de Muerte...

De pronto, fué un clamor: ¡era el pampero
que, en la solemne calma prisionero,
con el empuje de sus alas grandes,
rompía los silencios colombianos,
y amotinaba el ansia de los llanos,
y estrellaba su voz contra los Andes!

Hubo un asombro de estupores lleno
en las tierras del Sol: ¡la voz de Mayo
quebró el silencio en el azul sereno,
y un gran fragor le contestó; que el trueno
siempre sigue al relámpago del rayo!

Hubo entonces un grito
que del campo uruguayo
prolongó su clamor al infinito...

La voz de Mayo fué clamando Vida:
y, al fragor de la Pampa conmovida,
cuyo estruendo llenó toda la Historia
y despertó a la América dormida
en su lecho de sombras y de yedras,
le contestó el gran trueno de la Gloria:
¡la carga de los libres en Las Piedras!

¡Ah, bien pudo decirse, aquella hora,
que un vuelo inmenso de aves libres era
el poncho del Blandengue, onduladora
ala de Libertad, roja bandera
del gauchaje insurgente: parecía
que en las chuzas indígenas viniera
un reflejo de albor..., porque, ese día,
sobre las lanzas de la montonera,
la sangre en albas rojas florecía!

* * *

¡Por la fe del Patriarca y la grandeza
de su Numen, por toda su locura
vidente, el Uruguay es la cabeza
y el corazón de América futura!
Porque sólo el empuje de la audacia
de la raza de Oriente,
salvó la americana democracia
en la tierra charrúa, renaciente
cuna del Sol: en esta tierra mía
que siempre supo hablar familiarmente
con el Prodigio; bosque de poesía
donde todas las alas hacen nido:
en esta Patria de la Valentía,
que dice al Porvenir su prometido...,
¡porque, cada segundo de su Historia,
bien pudiera decirse que ha vivido
en estado de gracia de la Gloria!

Fernández Ríos (Ovidio)

Tiene publicados cuatro libros de versos: «Sueños de media noche», 1905; «Por los jardines del alma», 1908; «Las leyendas milagrosas», 1912, y «Horizonte de luz», y dos comedias en prosa «El alma de la casa», 1911, y «El fracaso», 1912. Con su poema «Páginas del saber humilde», obtuvo el primer premio en el concurso de poesías que organizara la revista literaria nacional «Bohemia». Fué director de «La Semana», revista de arte, fundada en Montevideo. Pertenece a la redacción del diario metropolitano «El Día». Para ser justa con este poeta, creo suficiente transcribir lo que sigue:

«Sus versos me han encantado porque son sanos, vigorosos y saludables como una ducha. Es usted un rebelde y a todas sus estrofas sabe dar un gesto bizarro de desdén. Usted no solamente canta: orienta. Este janismo en un poeta como usted, ha de tener todas mis simpatías, que le tramito emocionadamente. También su musa que tiene ímpetu de resistero de llanura castellana y vibraciones coléricas de látigo, conoce la serena dulzura del crepúsculo. En definitiva, sus versos: un rectilíneo, una espada audaz que va a clavarse en el porvenir.»

EMILIANO RAMÍREZ ANGEL (Madrid).

«ASI HABLABA ZARATHUSTRA...»

La vida es cruel bajo su falsa calma.
Incertidumbre y caos. No sé yo mismo
si es que mi alma baja hasta el abismo,
o que el abismo sube hasta mi alma...

De mis pasiones mismas me equivoco;
y en ese laberinto en que me pierdo,
yo no sé si estoy loco al creerme cuerdo,
o si soy cuerdo cuando estoy más loco.

¿Qué es la vida? ¿Es lo Humano? ¿Es lo Divino?
¿Quién al mundo señala su camino?
¿Es el Dios? ¿Es el Hombre? ¿O son los dos?

¡Los dos no caben en un mismo nombre!
¡O Dios se equivocó al hacer el Hombre,
o el Hombre es quien se equivocó de Dios!

LAS TRES VIRTUDES

Cuando seas señor de tus sentidos,
un árbol planta, y obra buena hiciste;
porque él alegrará tu huerto triste,
con frutos, flores, pájaros y nidos.

De todo lo que oigas y que veas,
—de lo malo y lo bueno; vil y honrado—
escribe un libro y deja en él grabado
el vigor de tu ser y tus ideas.

Y cuando sienta tu vivir sereno
que la paz del hogar te llama y nombra,
haz con amor un hijo, justo y bueno;

para que aprenda la sabiduría
de tu libro inmortal, bajo la sombra
del árbol noble que plantaste, un día...

EL AMOR A LO SENCILLO

No digas nunca que eres más divino que el lodo,
ni más fuerte que el perro, guardián de tu morada:
el orgullo es muy propio del que nunca fué nada;
la vanidad es hija del que lo ignora todo.

Aunque tengas del genio el saber y las galas,
no mates al gusano que, en su tierno capullo,
en sí lleva una gloria y un saber y un orgullo,
y, sin saberlo nadie, se está haciendo dos alas.

A la humildad bendice del rústico labriego
que en la aurora se aleja con el buey solariego,
—apóstol de paciencia y de filosofía—

y en el ocaso vuelve, trayéndose consigo
la esperanza del oro de la espiga de trigo
con que ha de hacerse el pan nuestro de cada día...

LA GLORIA

Si la gloria es sufrir, saber que en vano
se quiere ser lo que jamás se ha sido;
si la gloria es subir y haber caído,
dormirse niño y despertarse anciano;

si la gloria es lucir las tristes galas
de un dolor, de una pena y de una herida;
si la gloria es morir sintiendo vida,
y no poder volar teniendo alas;

si la gloria es soñar un imposible;
si la gloria es sentir que es inflexible
la ley del universo o del destino,

y vivir sin laurel y sin historia:
si la gloria es así..., ¡bendita gloria,
que me has acompañado en el camino...!

EL POEMA DEL INVIERNO

I

Descendiendo por una montaña
viene un viejo, muy viejo y muy blanco...
Hace ya muchos siglos que emprende
un viaje a la tierra, por año...
Viene todo cubierto de nieve;
su cabello y su barba son largos,
y parece que fuera en la noche
el fantasma de algún ermitaño.
¿Dónde va? ¿Quién le guía? ¿Qué busca?
¿Qué misterio hay en él, que a su paso
se deshojan y tiemblan los árboles
y se mueren las flores del campo?
¿Quién le dió ese poder, que al sentirlo
el molino da vuelta a sus brazos
y se llenan de muchas tristezas
las almas, los cielos, las flores, los lagos...?

II

Ha golpeado tres veces seguidas
en la puerta de un regio palacio,
donde se oyen, de afuera, las notas
musicales de un dulce piano

que acompaña los cantos amables
de princesas y de cortesanos;
luego, el giro sutil de una danza,
el bullir del «champagne» delicado,
el sonoro chocar de las copas
y las risas en todos los labios...
Hay allí mucha luz, mucho fuego,
hay calor, alegrías y cantos,
hay orgías, hay oro y hay pieles...,
y por eso, del regio palacio
en la puerta, ese viejo, muy viejo,
ha golpeado tres veces, en vano...

III

¿Dónde va? ¿Quién le guía? ¿Qué busca
ese viejo, tan viejo y tan blanco...?
Esta vez, ha vencido: en la choza
miserable de un pobre aldeano
ha llamado una vez solamente,
y la puerta se abrió a su llamado.
Allí, todo era negro, muy frío:
luz no había, ni fuegos, ni cantos...
Un jergón, en el suelo; dos niños
sobre él, como dos estropajos;
una anciana tendida en un lecho,
muy enferma de un mal hondo y largo,
y, sentado en el suelo, el buen hombre
que dormía, apoyando en sus manos
la cabeza, quizás dolorida
de sufrir por muchísimos años.
Mucha hambre y dolor, mucha pena...
Y el intruso rió con sarcasmo,
y besó a cada cual en la frente
con un beso maldito y helado...
Agotó de la anciana la vida;
a los niños dejó demacrados...

¡Y arrancó de los brazos del hombre
la única fuerza, y mató su entusiasmo!

IV

Ya salió de la choza enlutada...
Ahora ante él ha brillado un relámpago.
Y camina, camina sin rumbo,
en busca de hogares que no estén cerrados...

...Y allá va lentamente el Invierno,
ese viejo, tan viejo y tan blanco,
¡el que llena de muchas tristezas
las almas los cielos, las flores, los lagos...!

LACRIMÆ

El cobarde que oculta su rostro
por haberme arrojado su infamia,
y me tiembla, me implora, me gime, me huye,
porque ve que mi dedo de Dios le señala;

el lacayo de torpe librea,
que me adula, se inclina y se arrastra,
porque a veces si le paso mi túnica y tema
que mi látigo altivo le cruce la cara;

el tirano que al verme sonroja,
e impotente sofrena su rabia,
porque el arco triunfal de mi lira de fierro
en su frente una huella profunda dejara;

el que besa mi mano y me aplaude,
acallando una envidia que guarda,
y que lleva en el seno un puñal escondido,
y, al brindarme un abrazo, me hiere en la espalda;

el hambriento hombre-fiera que afila
en el fétido abismo sus garras,
para echarme el zarpazo y beberme la sangre
cuando, un día, descienda, tropiece o me caiga:

dignos son de desprecio y de ódio;
pero dignos también, de mi lástima:
¿cómo pueden librarse de tanta miseria,
si no tienen conciencia, cerebro, ni alma...?

Franchi (Alfredo C.)

Nació en Minas. Es autor de «Las Víctimas», «Albas y Ocasos», «El Padre Félix», novela y «Momentos Líricos», poesías. Muchas composiciones de este autor, laureado en varios certámenes literarios, fueron publicadas con el seudónimo de Alfredo de Lery.

VANIDAD DE VANIDADES

I

Torna el guerrero de la lid sangrienta,
ceñido con el lauro de victoria;
le aclama el pueblo, y su poder ostenta
desde el sitial que le erigió la gloria.

Mas, como el polvo que arrebata el cierzo,
pasa tan raudo el popular sonido...
¿Qué fué del hombre de pujante esfuerzo?
Hundióse en las tinieblas del olvido...

II

A las olas se entrega, ávido de oro,
el loco mercader; playas extrañas
recorre, y suda, en busca de un tesoro,
rasgando de la tierra las entrañas.

Hálale, al fin... Bajo el paterno techo
ya sueña con dichosa y larga vida...
Mas ruge el mar... El huracán deshecho
rompe su nave y la ilusión querida...

III

Corre el joven liviano, ardiente, ciego,
a do el placer, no la razón, le atrae;
apura el cáliz ponzoñoso, y luego
en el abismo de la culpa cae...

Pasan los años, y le encuentran muerta
la fe en el pecho que acogió el delito;
de amor su alma gastada está desierta,
y muere como un réprobo maldito...

IV

¿Qué es, pues, la gloria que el mortal adora?
¿Qué es, pues, la dicha que alcanzar ansía?
¡Nube que besa el sol, y se evapora;
placer que acaba de acabar el día;

astro que el cierzo del dolor apaga;
llanto fugaz, que pierdese en la bruma;
belleza sin color, que ya no halaga;
flor sin fragancia; vanidad de espuma...!

MOMENTO

¡Qué hermosa noche! ¡Volemos, alma...!
Junto a los astros palpitan besos,
la brisa exhala tenues suspiros,
duermen los ecos...

Las flores cierran entre las sombras
su perfumado cáliz de incienso:
es la hora ansiada, de los amores...
¡Alma, volemos...!

Gamba (Carlos T.)

Colaborador de la prensa nacional desde la fundación de «Bohemia», revista literaria, de cuya redacción formó parte. Orador de buenas aptitudes; hombre de vasta preparación; nunca ha publicado libros, y de sus versos pocos ha dado a las cajas. Nació en Montevideo y reside en Florida.

HACIA EL ABISMO

¡Quién sabe si la vida, con sus caprichos raros,
te colocó en la senda que para mí trazó,
para que yo en tus brazos hallara dos amparos,
ya que a mis soledades ni una alegría dió!

...Pero yo sé que hay vidas—como la vida mía—
hechas con todo el frío de la nieve polar;
por eso, tengo miedo de que se acerque el día
que al pie de tu castillo me aproxime a llamar...

Tú, que el futuro tienes para tender el vuelo,
si a tu portada llamo debes negarte a abrir,
aunque en mis serenatas se agolpe todo el duelo:
que si el viajero expira, es tuyo el porvenir...

Hay vidas destinadas a todas las caídas,
que son como una síntesis de todo el padecer...
¡Aparta, si no quieres ver que caen heridas
todas tus esperanzas ingenuas de mujer!

Univ. of Arizona Library

Mi símbolo es el piélago coronado de espumas,
—el caos de las olas sobre el dorso del mar—
y un barco que navega entre todas las brumas,
con destino a la noche, donde va a naufragar.

Cierra tu puerta, y duerme cuando a tu puerta llame;
en mi nave proscripta no embarques tu ilusión...
¡Haya un ruego en tu boca, cuando la mía clame:
cuando en mi nave náufraga, estalle el corazón!

Así es mi amor: sin límites, como es la fantasía;
con ímpetus de joven y extraña senectud...
¡Cuando a solas medito, hay en la mente mía
montañas de rencores contra mi juventud...!

CASTILLOS EN EL AIRE

Amiga: si tu alma hermana es de la mía,
volemos un instante bajo la luz del día
hacia el país del sol;
dejemos este mundo de anhelos imposibles,
para bañar la mente en ondas invisibles
bajo el beso primero del primer arrebol.

Yo gusto de los sueños, allá, por las regiones
donde el velamen blanco de las inspiraciones
es bello desplegar:
hundirme en el misterio de lo superhumano,
y, embarcado en un sueño, cruzar un océano
sin islas, ni ciudades, ni costas que explorar...

La marcha de la nave por incierto camino,
sin saber del nirvana, sin temer al destino,
¡sobre el canto del mar...!
Me enferma el desacorde rumor de las ciudades,
me hieren las barbaries de todas las edades
que sólo para el crimen supieron engendrar.

Yo gusto de los ámbitos indecisos, inciertos;
de una vida sin códigos, de países sin puertos,
de caminos sin fin;
de mariposas blancas, que en el aire volteán;
de montañas azules, sin cumbres que se vean;
de auroras de violeta, y tardes de carmín...,

¡sin el vaivén eterno del afán cotidiano,
donde cae el hermano batallando al hermano;
sin tanta mezquindad...!
¿Quieres...? ¡Ven al espacio donde los dioses viven,
se incendian las estrellas y las diosas conciben
espirituales formas de la inmortalidad!

Nos hace falta un átomo, siquiera, de inconsciencia:
el espíritu humano padece de videncia;
yo deseo «no ser»...
Y si tus ambiciones se hermanan con las mías,
mira las perspectivas, mira las lejanías...
Yo no seré ya hombre, tú no serás mujer...

...Y, al morir de una tarde, al primer clarobscuro,
en formas intangibles,—como espíritu puro—
te invitaré a partir:
a ascender por los tramos de una plácida escala,
en los hombros prendido el prodigio de un ala,
y a vagar por el éter, sin saber dónde ir...

Garet y Mas (Julio)

Autor de «Estrellas Errantes», 1913, poesías, y «Versos», 1919. Nació en Montevideo. Empezó a escribir a los trece años.

EL ANGEL BUENO

La novia, el angel bueno
que en el camino he hallado
cuando eran tan inciertos
mis errabundos pasos
como los de los pobres
viajeros extraviados
que se pierden, un día, sin remedio,
y no columbran nunca más su astro;
la novia, el angel bueno
que de males y dudas me ha salvado
con el níveo despliegue de sus alas
sobre mi corazón; el angel casto
que despertó en mi ser
la pureza dormida,
sólo halagos
recibirá—dulzuras inefables,
lirios inmaculados,—
de quien por ella tiene nuevamente
fuego en sus entusiasmos,
transparencias de amor en sus ideas,
y en sus labios el canto...

EVANGELIO DIVINO

Al escribir el verso más divino
que se haya escrito en lengua humana, piensa
en la más pura y sana recompensa
que darte puede, suave y cristalino...

No esperes, cual clemencia del destino,
un aplauso sin fin, que al tiempo venza;
no digas que la gloria se comienza
con una placa vil o un pergamino...

Cuida de que te estime el buen hermano;
mas no la muchedumbre, que profano
sendero sigue, equivocada y ciega...

Y si hermano no encuentras en tu viaje,
¡suene para ti solo tu cordaje,
y Eterno Amor a tus Castalias ruega!

Genta (Edgardo Ubaldo)

Autor de «Canto a la Patria», poesía; «Pueblo, escucha», prosa; «Harpago y Elena», drama lírico, con música del maestro León Riveiro; «Besos, lágrimas y gritos», poesías; «Hacia la luz», poesías filosóficas; «El padre», drama; «El amor no muere», drama lírico; «El himno de los cadetes», «La canción de la miseria», drama, y «La canción del soldado», estas dos últimas con música de Grasso; «El himno a la aviación», con música del maestro León Riveiro. El día que publicó «Poema republicano, a Alfonso XIII» se agotaron cuatro ediciones del «Diario Español». Nació en Montevideo. Es joven; y por eso, es admirable la actuación de este poeta laborioso, de iniciativas plausibles, coronadas por el éxito. Es muy difícil repartir las actividades en distintas ocupaciones y salir vencedor: Genta es una excepción en este caso.

MI VERDAD

—Soy poeta y soldado. Mi divisa
brilla en la frente de los hombres sanos;
¡sé reir y llorar con mis hermanos,
y no oculto mi llanto ni mi risa!

¿Quién dijo que el soldado no precisa
tender hacia el ideal las fuertes manos...?
¿Quién piensa que con credos inhumanos
al buen amor y a la belleza pisa...?

Soy soldado y poeta: si me inspira
la voz divina de la vida amable,
yo envaino el sable por pulsar la lira;

pero cuando una causa miserable
vuelve a lo bello y al amor mentira,
¡cuelgo la lira, y desenvaino el sable!

PRIMAVERA

—Vuelves... ¡Y ella ha muerto, Primavera mía,
que nos viste locos de excelsa poesía,
que nos viste juntos suspirar de amor!
¡Te he llamado mucho, mientras se moría,
para que adornaras su cabeza fría
con todas las rosas de un rosal en flor!

Vuelves... Y a tu paso, todo resucita:
la belleza surge, la ilusión palpita;
pero el alma mía suspirando va...
Primavera mía, con sus penas hondas,
va a llorar la novia de las trenzas blondas,
que calladamente se deshojará...

Vuelves... ¡Y ella ha muerto, Primavera bella;
y en el firmamento se apagó una estrella,
y un poeta enfermo canta su dolor...!
¿Para qué me sirven todos tus favores...?
¡Primavera mía, déjame sin flores,
pero no me dejes, nunca, sin amor...!

¡SOMOS HERMANOS...!

—¡Deja mi frente sobre tus manos, hermana mía,
para que llore con más dulzura mi desencanto,
para que enjugues calladamente todo mi llanto,
para que sepas toda mi enorme melancolía!

¡Deja mi frente sobre tus manos, que está tan fría
como las losas de los sepulcros del camposanto,
porque quisiera decirte mucho..., besarte tanto,
tanto, que temo morir primero que salga el día!

¡Mírame mucho...! ¿No me conoces?, ¿no me
[comprendes...?
¿Nadie te ha dicho que era tu hermano, cuando no
[extiendes
tus manos tibias, como mortaja de mi dolor...?

¡Jamás me has visto...! Pero, ¿qué importa...? Los
[dos quisimos,
los dos pasamos, los dos soñamos, los dos sufrimos...
¡Dame tus manos, para que pueda morir mejor...!

Herrera (Ernesto)

Autor de «Su Majestad el hambre», cuentos; «El Estanque», drama en tres actos; «El León Ciego», idem; «La Moral de Misia Paca», comedia en tres actos, y «El Pan Nuestro», idem. Versificó con acierto pero no publicó libros. Su «Himno a la juventud» es una brillante poesía que pone de relieve sus actitudes de escritor que supo desempeñarse fácilmente en distintas ramas de la literatura. La bohemia que tantas inteligencias ha truncado fué compañera del joven escritor, cuya temprana muerte dejó en sus compatriotas, junto al dolor de su eterna ausencia, el sentimiento de ver perdidas grandes esperanzas: su fecundo intelecto tenía mucho que ofrecernos De las pocas poesías que Herrerita publicó al azar, tres de las más hermosas quedan acá como exponente de lo que produjo su mágica pluma.

Y DIJO EL CONDOR...

—Es justo, garza, es justo tu desvelo,
y es razón la que arguye tu coraje:
¡no es posible que vueles hasta el cielo;
no es tampoco posible que yo baje!

Tú quizás seducida por mi vuelo,
y enamorado yo de tu plumaje,
nos dimos a soñar con mutuo anhelo
olvidando los dos nuestro linaje.

Y es imposible aunarnos. Yo, en la altura,
borracho de infinito; tú, en el llano,
reflejando en el lago tu blancura...

Pues, aunque tu belleza me deslumbre,
yo no puedo bajar a tu pantano...,
ni tú puedes volar hasta mi cumbre...!

INVERNAL

I

¡Hay como una espantosa tragedia en el paisaje!
Las ramas de los árboles, blanqueadas por la nieve,
se elevan como dedos de esqueléticas manos
que se irguieran ansiosas de desgarrar el cielo.

Allá, en el horizonte borrado por la bruma,
se presiente el espectro blanco del cementerio,
esfumándose como enterrado en sí mismo
mientras sobre él la bóveda se desmorona en nieblas...

Ni un pájaro dibuja su volar aterido
cruzando como un rasgo la pizarra del cielo,
ni surge el punto negro de ningún caminante
tiritando sus pasos sobre la carretera...

¡Hay como una espantosa tragedia en el paisaje
que el cristal empañado de mi balcón refleja
—aquel húmedo vidrio, donde sus dedos blancos
posáronse escribiendo mi nombre, tantas veces...—!

II

Era entonces invierno, como ahora... La nieve
blanqueaba, como ahora, el paisaje desierto
bajo el cielo plomizo, en medio de la tarde
arrebujada en mantas, como una niña enferma...

Pero, al mirarla juntos, de esta misma ventana,
creíamos que todo cantaba en torno nuestro:
la nieve, con sus copos albos como los lirios;
como una novia blanca, la tarde con sus velos...

Dentro, «Chichí» en su jaula revoloteaba ansioso
y la mimosa gata roncaba junto al fuego,
en dúo con la rústica vasija ennegrecida,
donde se impacientaba, de tanto hervir, la cena...

¡Era pobre el albergue, y era rústico el lecho,
y eran largas y heladas nuestras noches de invierno...,
cuando, muerta la hoguera y ateridos de frío,
pasábamos besándonos, hasta que amaneciera!

Era entonces tan fosco como ahora, el paisaje,
amortajado bajo su sudario de nieve...
¡Pero, estábamos juntos...! ¡Ella estaba a mi lado,
y todo florecía, como en la primavera!

III

¡Hay como una espantosa tragedia en el paisaje
que el cristal empañado de mi balcón refleja!
¡Florecen los recuerdos...! ¡El pasado florece...!
Y tras el vidrio húmedo de mi balcón sin flores,
¡sólo surge el espectro blanco del cementerio...!

HIMNO A LA JUVENTUD

I

—Juventud, que eres toda luminosa,
y toda bella, y todopoderosa,
por tus músculos fuertes, por tu numen fecundo,
hacedor del milagro, renovador del mundo:
¡benditos, tus robustos brazos dominadores,
la inquietud de tus sueños, tu eterna sed de amores;

y bendito, ante todo, ese anhelo optimista,
la eterna mariposa de esa fe aventurera
que, ora lleva tu esfuerzo, de una a otra conquista,
ora impulsa tus alas de una a otra quimera...!

Todo es dentro del todo que tu grandeza encierra;
tú eres, a un tiempo mismo, Maga renovadora,
el rejón del arado que abre el surco en la tierra,
la semilla que cae, la mano sembradora
y el bello y fecundante rayo del astro amigo
que hace nacer el brote y hace dorar el trigo.

La gloria es hija tuya, vive de tus proezas.
Hierve la sangre joven en todas las deidades,
a cuyo soplo el mundo floreció de bellezas
en los prodigios todos de todas las edades.

Edad de los ensueños y de las aventuras,
de la fe inquebrantable, de los sacros ardores,
de altruísmos tan grandes que parecen locuras,
de locuras tan bellas que parecen amores...

Don Quijote es tu símbolo; tuyos son sus empeños,
su amor y la locura divina de sus sueños;
tuya, su lanza en ristre; tuyo, su Rocinante,
que es tu inquietud sublime, eternamente andante,
y tuya, más que nada, tuya, la Dulcinea
que te mueve a las santas conquistas de la Idea...

*

Juventud luminosa, yo me siento creyente
de tu maravilloso poder omnipotente.
Y por eso, yo quiero cantarte mis canciones,
con la fe que el creyente pone en sus oblaciones,
para ofrendarte en ellas algo como un consejo
de quien se sabe joven, pero se siente viejo...

II

Juventud, no desquicies tu vida en deformarte:
vívela intensamente; bébela, hasta saciarte;
hazla tuya y fecunda, lánzate a su conquista
con el ardor de un fauno y el fervor de un artista.

No te detengas en el camino.
Sigue, hasta el fin, tu luminosa huella,
sembrando una semilla en cada surco
y poniendo un ensueño en cada estrella...

Cuida tus bellos músculos,
cultiva tus amores,
admira a los atletas, ama a los trovadores:
que lo mismo en un brazo que en un cantar, se expresa
el culto que debemos a la santa Belleza.

Cuida tus fuertes músculos y la bella harmonía
de tus formas atléticas; cuida de la utopía
eterna que te alienta, y, sobre todo, cuída
de todos los encantos que rebosa la vida...

*

Juventud luminosa, yo me siento creyente
de tu maravilloso poder omnipotente:
¡y por eso, yo quiero cantarte mis canciones,
con la fe que el creyente pone en sus oblaciones...,
para hacerte mi ofrenda, que es el sabio consejo
de quien se sabe joven..., pero se siente viejo...!

Ibarbourou (Juana de)

Con encantadora sencillez escribe sus versos, donde vibra la musa erótica. Canta a la vida, con alegría, con grandes muestras de felicidad y deseos de disfrutar sus atractivos. ¡Rara virtud la de su alma, en esta época de frecuentes solicitaciones de muerte, por espíritus apocados, que por cualquier nimiedad, sin ningún empacho, fastidian a la gente con superfluas tentativas de suicidio... y hasta citan la marca del arma con que han de terminar su existencia! Original, emotiva, enamorada de la belleza del paisaje, sus versos perfuman como ramas de acacias en flor. Gustó desde sus primeras publicaciones en la página literaria de «La Razón», de Montevideo. Dió a las cajas dos libros en 1920: «Lenguas de diamantes», poesías muy elogiadas, alcanzando conceptos valiosos de Gómez Carrillo. «El Cántaro fresco», prosa, obtuvo mayor éxito. Prepara «Raíz Salvaje», poesía que, acaso supere su obra ya conocida. De mucha fecundidad, dispersa sus producciones en la prensa nacional y extranjera. Nació en Melo y reside en la capital. Es la primera poetisa uruguaya de la época.

EL SENDERO NUEVO

Este sendero verde, ¡qué bien me hace...!
Este sendero verde, tan poco hollado,
es un sendero-niño, nuevo y alegre,
sin la historia doliente de tantos rastros.

Me tiendo sobre el pasto que lo recubre,
mis dos manos ardientes abro en su grama.
Este sendero-niño ¡cómo es de ingenuo!
¡Cómo se ve que ignora las caravanas!

Vengo de otro camino, reseco y ocre,
todo lleno de rastros, cribado en huellas,
con un aspecto triste de hombre piadoso
que ha cansado sus ojos viendo miserias.

¡Las historias que saben sus pedrezuelas!
¡El llanto que ha sorbido su polvo ocre!
¡Miedo les da a las hierbas ese camino!
¡El pasto lo contempla desde los bordes!

—¡Oh, senderito-niño, sendero verde,
como una cinta nueva sobre los campos!:
¡Dios te conserve siempre tu grama tierna!
¡Nunca te vuelvan ocre huellas ni rastros!

EL NIDO

Mi cama fué un roble,
y en sus ramas cantaban los pájaros.
Mi cama fué un roble,
y mordió la tormenta sus gajos.

Deslizó mis manos
por sus claros maderos pulidos,
y pienso que, acaso, toco el mismo tronco
donde estuvo aferrado algún nido...

Mi cama fué un roble.
Yo duermo en un árbol.

¡En un árbol amigo del agua,
del sol, de la brisa, del cielo y del musgo,
de lagartos de ojuelos dorados
y de orugas de un verde esmeralda...!

Yo duermo en un árbol.
—¡Oh, amado, en un árbol dormimos...!
Acaso por eso, me parece el lecho,
esta noche, blando y hondo como un nido.

...Y en ti me acurruco, como una avecilla
que busca el reparo de su compañero.
¡Que rezongue el viento, que gruña la lluvia...!
¡Contigo en el nido, no sé lo que es miedo...!

RAIZ SALVAJE

Me ha quedado clavada en los ojos
la visión de ese carro de trigo,
que cruzó, rechinante y pesado,
sembrando de espigas el recto camino.

¡No pretendas, amante, que ría!
¡Tú no sabes en qué hondos recuerdos
estoy abstraída!

Desde el fondo del alma me sube
un sabor de pitanga a los labios,
tiene aún, mi epidermis morena
no sé qué fragancia de trigo emparvado...
¡Ay, quisiera llevarte conmigo
a dormir, una noche, en el campo,
y en tus brazos pasar hasta el día,
bajo el techo alocado de un árbol...!

¡Soy la misma muchacha salvaje
que, hace años, trajiste a tu lado!

LA HORA

Tómame ahora, que aún es temprano,
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora, que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
y los ojos limpios, y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera.

Ahora, que en mis labios repica la risa,
como una campana sacudida aprisa...

Después... ¡Ah, yo sé
que nada de eso más tarde tendré...!

¡Que entonces, inútil será tu deseo,
como ofrenda puesta sobre un mausoleo!

¡Tómame ahora, que aún es temprano,
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana... ¡Oh, amante!, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés...?

REBELDE

Caronte: yo seré un escándalo en tu barca.
Mientras las otras sombras, recen, giman o lloren,
y, bajo tus miradas de siniestro patriarca,
las tímidas y tristes en bajo canto oren,

yo iré como una alondra cantando por el río
y llevaré a tu barca mi perfume salvaje,
e irradiaré en las ondas del arroyo sombrío,
como una azul linterna que alumbrará en el viaje...

Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros
que tus ojos me hagan, en el terror maestros,
Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo,

y, extenuada de sombra, de valor y de frío,
cuando quieras dejarme a la orilla del río,
me bajarán tus brazos, cual conquista de vándalo...

VIDA - GARFIO

Amante: no me lleves, si muero, al camposanto;
a flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
alboroto divino de alguna pajarera,
o junto a la encantada charla de alguna fuente...

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra,
donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos
alargados en tallos suban a ver, de nuevo,
la lámpara salvaje de los ocasos rojos...

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
más breve... Yo presiento
la lucha de mi carne por volver hacia arriba,
por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que, acaso, nunca allá abajo mis manos
podrán estarse quietas;
que, siempre, como topos arañarán la tierra,
en medio de las sombras estrujadas y prietas.

...Arrójame semillas. Quiero que se enraícen
en la greda amarilla de mis huesos menguados.
¡Por la parda escalera de las raíces vivas,
yo subiré a mirarte en los lirios morados...!

Izcúa Barbat de Muñoz Ximénez

(María Carmen)

Nació en Montevideo. Escribe versos desde la edad de diez años. Una de sus poesías de entonces su publicó en una revista de Barcelona. Es autora de un libro de «Fábulas», cuya edición íntegra fué adquirida por la dirección de Instrucción Primaria con destino a las Escuelas Públicas. Tiene en preparación otro volumen de versos, titulado «Alas». Delicadeza y sencillez campean en sus bellas poesías. Reside en la capital.

LA ESTATUA

Olvidada entre helechos,
envejece la estatua,
recibiendo tan sólo las caricias
y el beso perfumado de las ráfagas.

¡Hay en lo inerte, vida;
hay en la nieve, llama,
y, en el pliegue dormido de los párpados,
el brillo misterioso de las lágrimas!

Acerquéme y le dije: «—¿Quién te alienta?
¿Quién te ha encendido? ¡Habla!
¿Quién prendió fuego en tus pupilas muertas?
¿Quién en la muda piedra volcó un alma...?»

Entonces, cual si fuera transparente
el mármol adorado por las ráfagas,
vi agitarse el espíritu del genio
en el cuerpo harmonioso de la estatua...

PRIMAVERA

¡Primavera, Primavera,
que vienes con tus joyeles
y tus tocados de fiesta!

¡Primavera, Primavera,
que germinas en las alas
una lucecita nueva!

¡Primavera flor de vida!
¡Primavera la hechicera,
pebetero de ilusiones,
capullito de promesas...!

Cuando siento tus murmullos
y percibo que te acercas,
me imagino la llegada
de una mágica princesa,
con los chapines de oro,
con el corpiño de seda,
con las faldas ampulosas,
con la cabellera suelta...

Y cuando te miro el rostro,
todo mi ser se renueva,
y un resurgir del espíritu
va retoñando en las yemas...

¡Oh dulcísima!
¡Oh dominadora eterna...!

SI YO TUVIERA ALAS...

Si yo tuviera alas, volaría
sobre la mar inmensa,
sobre el secreto de sus raros sones,
sobre su augusta majestad serena...

Si yo tuviera alas, llegaría
a la dulce Mansión de la Quimera,
a los riscos lejanos,
allá, donde se posan las sirenas...

Si yo tuviera alas, buscaría
las más dormidas cumbres de las crestas,
para gozar de un místico reposo
junto a las nieves muertas...

¡Si yo tuviera alas, me hundiría
en el piélago azul de la floresta,
bebería el ensueño de las nubes...,
viajando hacia el País de las Estrellas...!

Lasplaces (Alberto)

Nació en Montevideo. Autor de «Salmos a la vida», 1914, versos. Perteneció a la redacción de las revistas «Bohemia» y «La Semana». En prosa tiene publicados «Cinco meses de guerra», 1915; «Las ciencias económicas y sociales y la acción de la escuela primaria», publicado por la Asociación Nacional de Maestros. «Opiniones literarias» (Prosistas Uruguayos contemporáneos). Sin dar a las cajas tiene varias obras preparadas.

MI FILOSOFIA

Nada existe más claro que mi filosofía.
Nada existe tampoco, de una tal sencillez:
«¡Canta!», predico, «¡goza, y adora la alegría,
que a la vida se viene solamente una vez!»

Hay gentes que se burlan de mi sabiduría;
«¡Locura!», dicen unos; otros: «¡Estupidez!»...
Yo río suavemente, y adoro el alma mía,
que es un ave alocada de solar embriaguez...!

El hombre es una bestia preocupada y triste:
todo aquello que toca, lo enluta, lo reviste
con la careta infame de una vil seriedad;

¡mas yo seré un hermano para los ruiseñores,
mientras canten las aves, y perfumen las flores
y rían las estrellas bajo la inmensidad...!

PASAN...

Pasan cantando los jóvenes, bajo un claro cielo de
[ágata,
llenos los labios indóciles de frescas y alegres cántigas,
llenos los ojos magníficos de luces tiernas y plácidas,
cabalgando locos ímpetus en galope atronador...
—¿Quién es que enseña esa música maravillosa y
[romántica?,
¿quién pone rïentes y húmedas esas pupilas extáticas?,
¿quién llena esas vidas pródigas, de exuberancia
[fantástica...?
—El Amor.

Pasan llorando los jóvenes, bajo la bóveda impávida...
Un rictus doliente y ácimo pliega las bocas sarcásticas,
vierten los ojos coléricos amargas y ardientes lágrimas,
se arrastran los cuerpos míseros en un profundo dolor...
—¿Quién empañó el cristal límpido de esas alegrías
[diáfanas?,
¿quién esas voces dulcísimas convirtió en duras y
[ásperas?,
¿quién esas pupilas férvidas llenó de visiones trágicas...?
—El Amor.

Lenzi (Carlos César)

Reside en Montevideo, donde nació. Se inició en la literatura con un poema «Flechas y Tizonas», muy bien recibido por la crítica. En 1918 estrenó en el teatro «Poliliama», de su ciudad natal, una piececita, escrita en colaboración con Carlos M. del Vallejo. Fué uno de los directores de la hermosa revista uruguaya «Tabaré». Actualmente da a las cajas su primer libro de versos «Poemas».

SILENCIOS

¡Calla...! La noche está junto a nosotros,
y por nosotros habla.
Su voz en el silencio de las selvas
resonará... Las selvas tienen alma...

Hay silencios tan hondos y tan vivos,
que son mudas plegarias...
Hay silencios dormidos
que brillan, como estrellas, en el alma...

...Y tú, linda muchacha, alborotada,
cuando no debes, hablas...
Ayer, no más, murió un silencio de ésos,
¡clavado, como un cristo, en tus palabras...!

GITANERIA

¡Baila, gitana, al compás
de estas valientes guitarras!
Roja se ha puesto la noche...
¡Baila gitana...!

¡Baila, gitana,
baila tu danza de vientre;
que estoy loco
de tu cuerpo y de tu sangre;
y, cuando acabe la danza,
en el vaso de tu cuerpo
yo me beberé tu sangre,
alegremente,
como la primera copa
de vino, de un estudiante...!

Lerena Acevedo (Andrés Héctor)

«Praderas Soleadas» es el título de su libro de poesías publicado en el 1920. Fué recibido con gusto por la crítica: entre otras la del Dr. Víctor Pérez Petit, quien manifestó: «Es un libro sencillo como una pastoral del siglo XVI, puro como un chorro de agua cristalina, ingenuo como la confesión de un niño. Abierto de par en par sobre la Naturaleza y la vida, repite sencillamente, hondamente, lo que un hombre de talento descubre en la Vida y en la Naturaleza: verdad ante todo; después dolor o felicidad, según sea el capricho del Destino.» Después de esto tengo que agregar la nota doliente que sigue de muy cerca a la mayoría de los buenos intelectuales de mi país: murió cuando contaba 24 años, en Montevideo, a fines de 1920.

NO ME MIRES ASI...

No me mires así. Ya es mi dicha lejana.
Y, como un viejo monje, todo cansado estoy.
Y, cual en las vidrieras de mi obscura ventana,
el agua cae sobre mi vida..., y nada soy...

Yo soñaba —¡oh, los claros ensueños de mi infancia!—
que, a mi sonora voz, se abrirían los montes;
que mi senda sería toda ensueño y fragancia,
y que todo era estrellas tras de los horizontes...;

y que fresco estaría siempre mi corazón,
como la clara sombra de los azules ríos;
que las horas vendrían cargadas de ilusión,
como en el alba llegan los alegres navíos...

...En vano busco el astro bueno de mi destino.
Con la mirada trémula, en mi ventana estoy;
y estoy pálido, como la tierra del camino...
¡No me mires así, que nada, nada, soy...!

ABRE BIEN LA VENTANA...

Abre bien la ventana, Madre: que esta mañana
hace bien a mi pecho, ávido de vivir,
y es buena para amar. Abre bien la ventana:
ella, a estas claras horas, me prometió venir...

Mira bien... Quizá el tronco de algún antiguo pino
en el sendero claro te impida ver su marcha.
Ponte los viejos lentes, que es muy largo el camino...
Hoy no dirá que hay frío, ni que hay viento, ni escarcha...

Tan pronto la distingas, sabrás cuál es, pues tiene
la alegría del pájaro y el candor de la infancia...
Pero..., ¡cómo se tarda...! Dime, por Dios, ¿no viene...?
Oigo unas campanadas lentas, en la distancia...

...Cierra bien la ventana, Madre. El aire está puro
y, embriagado de dicha, parece sonreir;
y es bueno este sol... Pero, deja mi cuarto, obscuro...
¿Para qué he de curarme, si ella no ha de venir...?

¡SEÑOR! CUIDA POR ELLA...

¡Señor! Cuida por ella, que es dulce y transparente,
temerosa de Ti, y es tan buena y tan niña
que hay más bondad en su alma, que agua clara en la fuente,
y tiene el matinal olor de la campiña...

Unge su corazón con tu místico vino:
¡sea huerto cerrado, sea lirio y paloma,
ahora que, radiante como un alado trino,
toda la Primavera por sus labios asoma...!

Yo, aunque vivo callado,—temblando en el olvido
como una triste lámpara,—sufro alegre mi pena.
Para mí nada pido, ni nunca te he pedido...
Pero, cuida por ella... ¿No sabes...? ¡Es tan buena...!

¡Una infinita gracia y una eterna inocencia
pon en sus ojos, húmedos de frescura y amor;
y pon tu Luz Divina sobre esa adolescencia
que abre sus blancas alas...! ¡Es tan niña, Señor...!

COMO LOS PAJAROS...

Ya se alzan los pájaros... ¡Tiéndeme la mano!
Nos iremos juntos, tras el sol lejano;

nos iremos juntos, cuando el bosque cante,
trémulos los labios, el pecho anhelante,

oyendo el alborgue de los hontanares...
Serán tus penares mis viejos penares,

serán tus ensueños los ensueños míos;
huyendo de pueblos y de caseríos,

errantes y alegres, como los vencejos,
cuando el bosque cante nos iremos lejos,

tan lejos, que el viento, cual galgo cansino,
se echará vencido tras nuestro camino...

Nos iremos lejos de este mundo vano,
nos iremos, juntos, tras el sol lejano,
tu mano en mi mano...

Luisi (Luisa)

Autora del libro de versos «Sentir» y de «Los grandes maestros de la juventud americana Rodó y Reyles», prosa. Sus poesías son muy estimadas y figuran en revistas nacionales y extranjeras de primer orden. Su pluma es, sin duda, una de las más preferidas por la prensa rioplatense; y su preparación intelectual le ha merecido honrosas representaciones de su país en el extranjero. Razones superiores a su voluntad y a su inteligencia, imposibilitan a la distinguida compañera, de dar a la publicidad su nuevo libro de versos titulado «Inquietud». Tiene en preparación un volumen en prosa, que aborda el estudio de algunas personalidades uruguayas Rodó, Reyles, Pérez Petit, Maldonado, Magariños Borjas, Juana de Ibarbourou y otras.

PAZ

Hoy traigo para ti, mis brazos llenos
de flores frescas; frescas y olorosas:
¡todo un jardín florido en madreselvas,
en jazmines, en nardos y amapolas!

¡Cuántas flores...! ¡Sumerge tus mejillas
en las dulces corolas:
siente sus almas, en perfume nuevas,
acariciarte locas...!

¡Cuántas flores...! Mis brazos no sostienen
la fresca y dulce carga fraganciosa:
¡ayúdame a llevarlas;
sostén conmigo este botín de aromas...!

Hoy traigo para ti, toda mi alma,
hecha un jardín de gloria:
¡cuántos perfumes hay en ella...! ¡Aspira
la fragancia divina de sus pomas!

¡Hay tanta paz en mi jardín florido,
una calma tan suave y harmoniosa,
que siento derramarse sobre el mundo
la piedad infinita de mis horas...!

¡Deja inundarse en calma tu abrasada
frente dominadora:
serena en el perfume de mis flores
el ardor de tu fiebre dolorosa...!

Hoy traigo para ti, todo mi espíritu,
empapado en poéticos aromas:
mis ideas son claras, transparentes,
llenas de caridad consoladora...

Llevo en mí la corriente cristalina,
donde apagar la sed de tu congoja:
¡bebe su linfa clara,
y en mi sereno espíritu, reposa...!

Hoy traigo para ti, mi veste blanca,
mi veste luminosa,
que parece tejida por la Luna
con blanquísima espuma de las olas....

¡Ven a mi lado; siéntate...! En la estancia
que mira hacia la Aurora,

mi mano fresca y perfumada, ahuyenta
las negras mariposas...

TARDE DE OTOÑO Y DE DOMINGO

«El tiempo no cumplió lo prometido...»
Todo fué vano, triste y sin belleza;
el viento ha marchitado los capullos
y están las rosas sin abrir, ya secas...

Una melancolía indefinible
flota en la tarde triste y soñolienta...
¡Tarde de Otoño y de domingo...! ¡Tarde
de un oro fluido, púrpura, violeta...!

Todas las cosas tienen como un áureo
y vago resplandor en torno de ellas...
¡Ilusión de la tarde...! ¡Engañadora,
dulce ilusión, que al corazón te llegas...!

Falsa como tu púrpura y tu oro,
—doloroso esplendor de la Quimera—
mi vida va amustiándose en la sombra
larga y crepuscular de mi tristeza...

INQUIETUD

¡Ah! ¡La inquietud eterna de mi alma...!
¡Sentirse, y no sentirse; saberse,
y no encontrarse: en un tormento
de cada instante, y todos los instantes...!

¡La búsqueda angustiosa
del propio ser que en nuestro ser se esconde
por debajo la herencia, el hábito, el prejuicio,
y todos los abismos del pasado
que en la conciencia se abren...!

¡Conocerse capaz de inmensas cosas,
con poderse decir: «Este soy yo»...!
¡Saber que hay una perla iridescente
en el fondo más hondo de uno mismo...,
y perderse, año tras año, sin hallarla,
en ese inmenso océano del «yo»...!

Preguntarse, angustiado, en qué momento
es nuestro propio corazón quien late;
en qué momento nuestro ser es nuestro;
cuándo soy yo quien te hablo y quien te río;
cuándo resbalan por mi rostro
lágrimas mías, jugo de mí misma;
y cuándo, con tristezas ancestrales;
y cuándo son las voces de los muertos,
que desde el fondo de los siglos hablan...!

¡Ah! ¡La conquista lenta y dolorosa
de nuestro propio «yo»...! ¡Tortura inagotable
que renace, día a día, y se complica
con el dolor de un Imposible nuevo,
en una angustia prometana...!

...Sentir que desde el fondo de la Vida
alguien quiere vivir, y que se ahoga;
que hay un ser que nos llama
desesperadamente en la conciencia;
alguien que grita dolorosamente:
«¡Libértame de ti! ¡Hazme a la Luz Divina
de la existencia libre; quita la lápida,
la funeraria y plúmbea losa del prejuicio

que pesa sobre mí, con todo el peso
del error, de la falsa certidumbre,
de la ilusión, del espejismo diarios...!

¡Soy yo!, ¡soy yo!, ¡soy tu alma verdadera,
que quiero ser, y que a la vida tiendo
con la fuerza suprema de la Vida!
¡Dame luz, dame aire, dame espacio!
¡Ah! ¡Déjame vivir...!»

¡Sentir la voz torturadora
siempre, siempre en mí misma...,
y no saber de qué lugar profundo
de mi conciencia, llama
desesperadamente, eternamente,
la voz de mi conciencia verdadera...!

¡Vivir! ¡Vivir en la verdad...!
¡Yo quiero
libertarte, alma mía, de mí misma,
y no sé dónde estás...!
¿Dónde te escondes,
prisionera divina y dolorosa...?

¡Habla más fuerte: que te sienta fuerte,
a través de la herencia y la costumbre;
yo te tiendo mis brazos, alma mía...!
¡Ah! ¡Poderte encontrar...!
¡Ser, al fin, «yo»...!

Martínez (Alfredo E.)

Nació en Montevideo. Publicó: «Paisajes sentimentales», 1913, versos, cuya edición está agotada. Poeta cultísimo y generoso: hombre sin afectaciones ni egoísmos, hidalgo al que ofrezco una hoja de laurel, por haberme colmado de finas atenciones en medio del cansancio de esta difícil y no menos mal correspondida labor... Han elogiado su libro distinguidos literatos, como Federico Mistral, Jacinto Benavente, Edmundo Rostand, Salvador Rueda, y otras celebridades. Colaborador de la prensa montevideana, se ocupa con preferencia en literatura, pintura y música. Es miembro correspondiente del Ateneo de San Salvador (C. A.). Reside en la Capital.

EL MAR

De un recio peñasco surcado de arrugas,
que un monstruo simula tendido en el agua
durmiendo lo eterno su inercia de momia,
yo veo la extensa llanura plateada

del mar, que parece gestando ceñudo
alguna furiosa, convulsa borrasca,
de aquéllas que alientan malvados rencores
y sobre las olas escupen sus rabias...

¡Oh, tú, mar adusto, señor de un gran reino,
a quien no someten fronteras ni patrias:
cuán eres pujante! ¡Columpian tus lomos
los barcos que guía la dulce esperanza;

la brújula frágil que altera el Destino...!
Por ser muy potente, gobiernas distancias;
mas tienes pasiones, y a ti te dominan,
pues nunca tus fuerzas pudieron domarlas...

Y tú eres avaro: tesoros esconde
entre sus abismos fecundos tu entraña:
las conchas lucientes, marinas estrellas,
y perlas, esponjas, corales y algas.

Tú tienes guardianes: voraces delfines
y los tiburones, que al buzo le atacan,
si ansioso desciende por pesca a tu seno
y todo escudriña, por si rescatara

preseas, caudales, insignias, trofeos,
superfluos despojos de la vida vana...
De aquellos puñados de seres humanos
que hundieras, terrible, con naves preciadas,

y fueron el cebo de hambrientas jaurías,
los huesos hoy roen tus linfas amargas,
cual si tú quisieses borrar el vestigio
del hórrido crimen con que te ensañaras:

pues, luces fosfóreas que encienden tu dorso,
si son de los muertos las tímidas almas,
parece que penan y, en noches obscuras,
al cielo te acusan, e imploran sus gracias...

¡Oh, mar gigantesco, de ronco resuello,
con que vas rimando tu gran arrogancia:
a mí me subyugas, pues tanto sugieres...!
¡Oh! De las edades de albor y de calma,

de las que tú fuiste el mudo testigo,
cuando de la tierra bendita alumbrara

el magno prodigio complejo la Vida
con miles aspectos variados de razas,

de flores y enjambres, y el hombre naciera
muy rudo, salvaje, viviendo sin habla,
y libre, sin penas; dichoso, sin glorias,
y fuerte, sin odios; tranquilo, sin ansias...;

desde lo remoto, Neptuno, jadeando
provienen tus voces, trayendo a la playa
los ecos de todos los tiempos que ruedan
y por el espacio sin fin, se dilatan...

Al verla distante, como una promesa,
del hosco horizonte la cinta grisácea
simula que, encima tu atlético pecho,
el cielo recline su frente sagrada...

¡Ah! ¿Cómo pudiera saber lo que dicen
aquellos colosos allá en lontananza...?
Se cruzan, parece, geniales ideas,
y que filosofan de cosas arcanas:

de leyes eternas, de Dios y de abismos,
de tiempo y espacio, del Todo y la Causa...
¡Oh, mar prepotente, de elásticos biceps,
que al hombre te impones y asombros le arrancas:

que si te enfureces, hinchado te yergues
formando temibles, monstruosas montañas,
y, con esos bríos sensuales de macho,
a toda la tierra cubrir, amenazas...!

¡Dime, oh, soberbio!: ¿tú sabes lo que eres
frente al Infinito...? (¡Una gota de agua...!)

MI CORAZON

En el fondo del alma, rimando
la vida al compás
de emociones, serenas o amargas,
que él sabe apurar;

ensoñante de amores, estoico,
enfermo de ideal;
consejero de todas mis horas,
celoso guardián,

¡cuántas veces, luchando la idea
y el sino del mal,
ha querido subir al cerebro
por darle a escanciar,
optimista, su vino de sangre
y hacerle un titán...!

El detesta las bajas pasiones,
lo vano, fugaz,
y se apiada, solloza, si alguno
carece de pan...

Es tan rico de afectos, que nunca
podráse agotar,
¡porque habita su entraña mi madre,
de santa bondad!

Por él amo la vida sencilla,
el vago soñar,
el bendito recuerdo lejano,
la voz de cristal,
el misterio, la gracia, los astros,
el cielo y el mar...

Cancionero sentido, sapiente,
de austera humildad,
en el fondo del alma rimando
rapsodias, él lleva
la vida al compás...

CANTINELA

Siento un temor...
Y es la sospecha
de que me acecha
algún dolor.

¿Será el Amor,
que con su flecha
sangra la endecha
del trovador...?

¿Será el placer
que da el sufrir,
lo que a mi ser
hace gemir...?

¡Ah...! ¡No poder
siempre reír...!

Mendilaharsú (Julio Raúl)

Nació en Montevideo. Ha publicado: «Como las nubes», volumen de poesías editado en Madrid; «Deshojando el silencio», poesía, apareció en París, y se han hecho tres ediciones; «El alma de mis horas» y «La cisterna», poesías, editados en Montevideo. En el período de la guerra europea dió los folletones de versos francófilos «Franjas tricolores», «Ante la victoria» y «Altar de Bronce». Ha publicado mucho en páginas y revistas literarias de primer orden. En su composición «Aix de Provenza» se comprende con facilidad un poeta emotivo, que retrata fielmente la belleza cuyas perspectivas encantan. Este compañero, es franco y generoso; hombre sin egoísmos; artista en toda la concepción de la frase, por lo caballero, por lo susceptible y por su espontaneidad.

AIX DE PROVENZA

I

Yo recuerdo los plátanos de tu amplia avenida
Mirabeau. Yo recuerdo tu quietud monacal,
entre rumor de fuentes olvidando la vida,
cuando no rugen cóleras de tu viento mistrál.

Yo recuerdo la calma de tarde entristecida,
en el patio del viejo palacio episcopal,
y una cruz, ante el cielo, con púrpuras de herida,
destacándose en una como angustia ancestral.

Yo recuerdo tus casas de la antigua nobleza,
selladas por blasones de abolida grandeza,
y los días pasados con dicha estudiantil,

cuando en cafés obscuros transcurrían las horas
entre humo de pipas y entre charlas sonoras,
exaltando ilusiones de la edad juvenil...

II

¡Oh, Aix, vieja alondra de pretéritos trinos!
Se han secado las ramas de tu viejo olivar;
sólo te esperan años de penosos destinos;
la olvidanza se cierne en tu palor lunar.

Vendrán triunfos solares por los blancos caminos
de Provenza. Callada, tú los verás pasar
con el corazón como de enfermos peregrinos,
cuya Meca de ensueños nunca podrán hallar.

Y los hombres modernos, con errónea ironía,
dirán, al contemplarte: Es una tumba fría,
que no asila ni vuelos de alguna evocación.

¡Oh, Aix, vieja alondra, te amo y reverencio!
Eres una divina Princesa del Silencio,
brindando a la Belleza incienso de oración...

III

Otros canten la vida de las vastas ciudades,
el prosaico hormigueo del trabajo febril;
yo amo los rincones donde las soledades
yerguen, ante el Ensueño, sus torres de marfil.

Otros canten la vida llena de potestades
del Progreso. Yo adamo el ruiseñor de abril
que emite, entre las ruinas, bellas sonoridades,
en culto a lo Infinito, con pureza monjil.

¡Oh, Aix! Yo te canto, porque eres lejanía,
otoño de la gloria y perla de elegía,
pañuelo perfumado con rosas de quietud.

¡Oh, dormir en tu seno, igual que en un nirvana,
sin saber del presente, sin saber del mañana,
sin saber si en el mundo hierve la juventud...!

ROMANTICA

Venid, vosotras las que moristeis
a los veinte años;
las que vivisteis acariciadas por los ensueños
siempre románticos;
las que rezasteis con misticismo;
las que allegasteis hondos suspiros hacia los astros;
las que leísteis Pablo y Virginia;
las que lucisteis pálidas manos,
con cutis suave
y con los dedos finos y largos;
las que encerrasteis en las pupilas
mundos de anhelos, ya marchitados;
las que prendisteis en los cabellos
rojos claveles del suelo hispano;
las que tuvisteis un culto ardiente
para los versos lamartinianos;
las que añorasteis claros de luna
con un idilio dulce y romántico;

las que llorasteis por Ulalume;
las que anunciasteis amores albos,
sólo con besos y con caricias y con miradas,
a los veinte años...
¡Venid, mi alma desde hace tiempo
quiere encontraros!

La vida es triste sin los fulgores de vuestros ojos;
la vida es triste sin la blancura de vuestras manos,
sin el alcázar de vuestros sueños,
sin la sonrisa de vuestros labios,
sin los acentos de vuestras voces;
la vida es triste, porque en la calma de los ocasos,
ya no sois reinas de los dominios de la Quimera.
¡Venid, mi alma quiere encontraros!

¡Cuántos hermanos, como yo, esperan
vuestros arribos! ¡Cuántos hermanos,
que en la existencia
son peregrinos desorientados,
son paladines sin estandarte,
mirando, dolorosos, pasar los años...,
pasar los años, entre silencios,
como cortejo de desencantos,
como collares de despedidas,
como el entierro del entusiasmo,
con los crespones de la esperanza
que corazones han deshojado!
¡Venid desde los cielos, sólo un instante!
¡Venid hasta la tierra! Ni un drama amargo
veréis, pues todos
vuestros hermanos
pintarán Jaujas y hablarán siempre
de un Eldorado.
¡Venid, consuelos de almas sedientas
de los lirismos del paraíso que se ha soñado!

¡La vida es triste sin los fulgores de vuestros ojos!
¡La vida es negra sin el armiño de vuestras manos!
¡Venid, las que añorasteis claros de luna
con un idilio dulce y romántico!

AL FRIO

Frío adversario,
frío del hielo y del huracán:
eres odiado, frío corsario,
como un mensaje de Leviatán...

Frío, que adulas a la Riqueza,
la cual se arropa con bellas pieles;
frío, que clavas en la Pobreza
tus garras crueles;
frío, que enciendes las chimeneas
de los palacios,
donde las llamas brindan ideas
con claridades de los rubíes y los topacios;
frío, que traes para los lares
de gente humilde, cruz de pesares;
frío, que atacas las correrías del vagabundo,
quien siembra gérmenes de los lirismos en este mundo;
frío verdugo; frío, que bramas en tus mareas
glaciales..., ¡siempre, maldito seas...!

Detener quieres en su camino
al peregrino;
y tus anhelos
al camposanto llevar ansían a los abuelos;
frío, que abres un hondo tajo
sobre los cuerpos donde solloza doliente andrajo;
frío, que adunas
junto a las cunas
fauces moradas,

fauces hambrientas,
tan detestadas
como sangrientas;
frío verdugo; frío, que bramas en tus mareas
glaciales..., ¡siempre, maldito seas...!

Llegas, monstruoso monarca, lleno de fatal deseo;
son el pesar y las lágrimas la estela de tu trineo;
cruzas las selvas, vas congelando;
Caperucita tu arribo advierte..., y está temblando;
frío, que a todo tronchar te atreves;
frío, que cubres ciudad y campo, de yermas nieves;
frío, que humillas al sol eterno,
con las tinieblas desoladoras de rudo invierno;
frío verdugo; frío, que bramas en tus mareas
glaciales..., ¡siempre, maldito seas...!

Tu reino inquieta,
pues simboliza nuestro planeta,
cuando, del tiempo en la lejanía,
llegue la era de su agonía...,
cuando los seres
sientan el miedo de anochecéres,
porque en su seno sombrío, inerte,
de aves fatales se oirá el graznido
como un gemido
ante la Muerte...
Frío verdugo; frío, que bramas en tus mareas
glaciales..., ¡siempre, maldito seas!

Menéndez (Mario)

Autor de «Los Remansos», poesías, sobre las que algunos contemporáneos vertieron juicios elogiosos. Sus musas desfilan cargadas de esperanzas, rumbo a prósperas florestas. Nació en Tacuarembó, reside en Montevideo.

DESEO LIRICO

Quisiera ser el dueño de un castillo
como los de las épocas feudales:
de alto torreón, de claros ventanales,
cerrado por un sólido rastrillo;

tener dentro de él una princesa
de maneras románticas y finas,
suaves cabellos, manos nacarinas,
ojos grandes, voz dulce, boca fresa...;

o ser otro Quijote... Ir por el mundo,
bajo la luz de un ideal fecundo,
por el amor de una Dulcinea,

¡y, sin oír jamás a Sancho Panza,
antes de haber perdido la esperanza,
morir, ebrio de ensueño, en la pelea...!

FRENTE A UN BUCARO

Es tanta la tristeza que he visto en su mirada
cuando me revelaba sus románticas penas,
que creo que su espíritu nostálgico es lo mismo
que un deshojar de rosas en la noche serena...

Y un deshojar de rosas me añora sus pupilas,
un deshojar de rosas me cuenta su tristeza:
porque he notado siempre, que su mirada es como
un deshojar de rosas perfumadas y enfermas...

¡Es que el alma fragante del jardín, tiene mucho
de la esencia divina de su psiquis de estrella,
es que son luminarias y perfumes, a un tiempo,
sus ensueños dolientes, sus nostalgias eternas...!

Cuando, en noches de luna, desgranando lirismos,
me torturan las ansias del ideal que no llega;
cuando, en noches de luna, fantasea mi numen
para ahogar de ilusiones ansiedades añejas,

me circunda el aroma de un rosal que desmaya
sobre una alfombra ambigua de pétalos que ruedan...,
y pienso que hay un alma, como la suya, triste,
llorando en el silencio nocturno sus querellas...

Y evoco, entonces, toda la pena que atesora
aquella rara psiquis—magnífica y fraterna—
que tiene en la mirada tanta tristeza como
un deshojar de rosas perfumadas y enfermas...

Monegal (Casiano)

Nació en Melo. Redactó «El Deber Cívico», decano del periodismo de su ciudad mater. Ha publicado en compañía de Federico Acosta y Lara un opúsculo de versos, «Musas hermanas». Luego reincidió solo, «Caín», cuentos de varios matices, donde el autor pone honradez y sinceridad. «El hijo», poema en prosa, donde se ha volcado todo él, con la inmensa ternura que se extrae de los dolores íntimos. Inéditas, tiene este laborioso creador de notable prosa, «Los surcos», «El amante», cuentos; «El vagabundo», motivo poemático; «El árbol», «El pájaro» y «El compañero Jesús», glosario sentimental; «Las madres», coplas, y «El Camino», comedia en tres actos. Monegal es digno de altos conceptos como hombre de letras, por su personalidad que se destaca sin ostentaciones ni andanzas. Su libro «El hijo» es un monumento para el nombre del autor. Monegal es una inteligencia que se impone desde una de las ciudades del interior más distantes de la capital, y nunca gustó la compañía de los consagrados, que suele ser, para muchos, escala de elevación momentánea... Con motivo del día 12 de Octubre de 1920, en un concurso organizado en Melo, el jurado otorgó el primer premio a su poesía titulada «Las Carabelas».

¡Y EN MIS MANOS LO AHOGARE...!

Yo tengo un libro de versos
hechos de ensueños dispersos
que jamás realizaré.
Son amargos y perversos,
como flores de pantano.
En el corazón humano
los hallé.

Hay versos duros y escuetos,
como agudos esqueletos
que tienen por marco raro
las tablas de un ataúd.
Hay otros, fuertes e inquietos,
igual que el oleaje ignaro
o las rachas del alud.

Son los estados de mi alma,
que tan pronto duerme en calma
como lucha con tesón.
Son un lírico entrevero,
mezcla de luz y de acero,
mezcla de Dios y Plutón.

Yo asisto, a veces, con miedo
a la lucha desigual
de mi fe, que llora quedo,
ante la duda triunfal...
¡Y las dos son un remedo
de la Bondad y del Mal!

¡Pobre, mi libro de versos
—dolorosos y perversos—
que jamás publicaré!
Es un hijo muy querido...
¡Pero es triste y dolorido,
y en mis manos lo ahogaré...!

LA NUEVA RAZA

Somos la Raza Nueva, del verso cantador,
de la sangre de fuego y las mieles de Amor...

Sobre nuestras cabezas el limpio azur desplaza
la luz de sus estrellas...
¡Somos la Nueva Raza!

Como un vino de uvas doradas y morenas
corre por los canales vivos de nuestras venas...

Y el río de la sang que el corazón abrasa
canta gloriosamente:
¡Somos la Nueva Raza!

De la Madre tenemos la amorosa ternura,
y del Padre heredamos la hidalguesca bravura

con que se cala el yelmo y la adarga se embraza
por un motivo utópico...
¡Somos la Nueva Raza!

Venimos de raigambre de esclarecido mote;
el Cid es nuestro Abuelo, nuestro Padre el Quijote;

y pregonamos siempre, en la rúa, en la plaza,
ante Dios y ante el Diablo:
¡Somos la Nueva Raza!

Vivimos de quimeras y comemos de lance,
sin que un millón de duros de quimeras alcance

para esta buena Loca: «la Loca de la Casa»
que grita en «sacra fames»:
¡Somos la Nueva Raza!

Lazarillos e hidalgos, héroes y rinconetes,
santos y endemoniados, místicos, matasietes,

la alma siempre repleta..., pero la bolsa escasa...
Cante el Pregón augusto:
¡Somos la Nueva Raza!

Llaves, para el Misterio; para los soles, brillo;
para la Muerte, coplas, hay en nuestro bolsillo.

Y ni la Nada misma con sus miedos emplaza
la Fe de nuestro Todo...
¡Somos la Nueva Raza!

Raza Funambulesca, Raza Conquistadora,
cuyo reloj de arena nunca marca la hora

que para tantos otros, menos felices, traza
Cronos pacientemente...
¡Somos la Nueva Raza!

Vamos hacia el Futuro. ¿Qué nos importa un día?
Los odres del Pasado llena nuestra Osadía.

Verbos—los del Presente—nunca tuvieron baza
en nuestras oraciones...
¡Somos la Nueva Raza!

De lo más adentrado, brota la gran Canción:
en sus cuerdas vitales entona el corazón,

horadando del pecho la singular coraza,
la Canción envidiable:
¡Somos la Nueva Raza!

Raza, la Raza nuestra, la Castellana;
Raza, la Raza nuestra, la Americana,

como aceros lucientes que la Epopeya enlaza,
cantan entre chispazos:
¡Somos la Nueva Raza!
¡Somos la Nueva Raza...!

Montiel Ballesteros (Adolfo)

Es una de las primeras figuras contemporáneas. Nació en Salto, ciudad descollante como cuna de infinidad de personalidades; colaboró, en sus principios, en la revista de Rubén Darío, «Mundial». Ha publicado «Las primaveras del jardín», 1912, versos, más tarde «Terruño» y «Biscuit», poesías a las que siguieron otras obras notablemente superiores. «Emoción», versos, y, en 1917, sus poemas desnudos titulados «Savid», poesías libres, vivas, fuertes, de una naturalidad atrayente. Los originales de este libro, fueron leídos por José Enrique Rodó y enviados a don Miguel de Unamuno; pudiera haber alcanzado mejor vuelo, si la fatalidad no lo hubiese extraviado en su camino. Segura de mi concepto, digo con sinceridad: La vida de este intelectual es un constante vagar por campo de Ensueños. Desde Florencia (Italia), donde actualmente se encuentra, nos envió su nuevo libro «Cuentos Uruguayos», muy bien recibido por la crítica, habiendo transcrito la prensa nacional la mayoría de sus narraciones, Su poesía, apartada hoy del romanticismo de sus principios, entró por los intrincados caminos del modernismo.

POR LA ESPINA EN LA SIEN...

¡No es por la gloria esquiva,
por el aplauso vano,
que cantamos, Señor;
el alma sensitiva
vuelca, fecunda y viva,
como un divino grano
en el surco, su Amor!

¡La frente pensativa
se abisma en el Arcano,
en profunda labor;
la rémige se activa
y surca arriba..., arriba...,
el Misterio lejano,
extraño y tentador!

¡El corazón que liba
humano—bien humano—
el cáliz del Dolor,
siente un ansia expansiva;
ahora, Amor le aviva:
cuando sufre, es más sano,
es más ritmo y más flor...!

¡No es por la gloria esquiva,
por el aplauso vano,
que cantamos, Señor;
el alma sensitiva,
la frente pensativa,
el corazón humano,
tienden a un fin mejor...!

...Más sencillo, también:
se piensa, canta y ama,
por Placer, por Amor,
por Ensueño y por Bien;
por sabernos mejor,
por la espina en la sien...,
¡por arder en la llama
del Divino Dolor...!

MAÑANA DEL PARQUE

Tiene este dulce otoño que se inicia,
el cándido claror de una acuarela...
En el parque hay un verde que acaricia;
en su diafanidad, el sol se vela

en un tul transparente; una propicia
serenidad de ensueño, con cautela
nos invade el espíritu, que oficia
su ritual interior... Blanca, una vela

sobre el azul del mar pone una nota
mística de esperanza, de una ignota
comarca de leyenda... En los caminos

tiembla el poema de los días lejanos...
Hay verde, hay suavidad, azul y trinos...
¡Y no sé por qué, sueño con tus manos!

MATINAL

¡Oh, pura suavidad de la mañana,
frescor de brisa bien oliente a flores,
que me susurra, con su voz de Hermana,
una historia dulcísima de amores...!

¡Harmonía de luz y de colores,
himno de la Natura soberana,
en los trinos de pájaros cantores
y en el lírico hablar de la fontana...!

¡Oh, suavidad de la mañana pura,
en que el alma, en un baño de frescura,
siente reverdecer la fe perdida...!

¡Con este cielo azul y esta bonanza
siento que me sonríe la esperanza,
en los brazos abiertos de la Vida...!

LA DESPEDIDA

I

¡Era la última vez
que nos veíamos...!
Yo partía para un viaje lontano,
y tú, enfermita mía,
tan dulce, tan pálida,
languidescente,
como una estrella al amanecer;
tan débil, como una flor
en manos de un niño,
me mirabas
con tus ojos agrandados de pena,
de fiebre y de Eternidad...!
¿Qué decirte...?

Callábamos, angustiados...
Yo sabía que tu silencio
era una valla de las lágrimas;
¡yo sabía que, agazapado,
—felino traicionero,—
el Dolor fosforescía
sus ojos en la sombra trágica...,
y aguardaba
que entreabrieras los labios,
para arrojarse
sobre tu cuello níveo,
a estrangularlo
con la garra del sollozo...!

Cuando me iba,
me alargaste las manos
—unas manos antiguas,
marfileñas y frías—...
Luego, estalló el Dolor...,
¡y temblaste,
toda, junto a mí,
como un árbol adolescente
en brazos del viento...!

II

En el viejo banco,
cabe los evónimos verdes,
bajo los rosales en flor,
nos habíamos sentado...
El jardín antiguo
palpitaba silencio
y rezumaba humedad,
como una vieja casa abandonada...
El viento, leve y juguetón,
—cual un niño,—
empujaba con la punta del pie
unas hojas secas, que rodaban...

Nos extasiamos de sedante melancolía:
en el crepúsculo poético
naufragaron las almas
—dos velas blancas
en un mar violeta—...
El rojo vespertino
neutralizó su color detonante,
y todas las cosas
se agrandaron en sombra...

Palpitaron las hojas
y fué violeta la perspectiva:
las cosas,
y tu vestido claro...

El Ensueño
se había dormido
en tus ojos serenos.
Nos miramos mudos,
las manos juntas...
Cuando nos besamos,
se dijera que el véspero
espesó su gasa violeta
en torno a nuestras palpitaciones...

III

—¡Cómo te amo,
dulce Novia lejana...!
Esta pasión se ha acrecentado
en la distancia y el imposible...
—¡como la demencia incongruente
de poseer una estrella!—

Tu recuerdo
pone un halo celeste
sobre el drama
de mi vida bohemia...
¡Quimera sonriente,
floreces la Poesía
de un Ensueño Eterno...!

Tu alma
debe de sentir el halago
de este culto profundo;
mis pensamientos
deben de llegar a ti,
como las preces exaltadas
de los Místicos,
que ascienden con dos alas
de pureza y de fuego...

Mi alma
es un remanso,
donde el agua dormida
refleja una estrella:
¡tu Recuerdo...!

Moratorio (Orosmán)

Autor de las siguientes obras teatrales: «La jaula», «El hijo del otro», «Dulce calma», «Sol de Otoño», «El pan nuestro» y «La otra Magdalena». Libros de versos publicó: «Luces pálidas», 1907. Su obra «La jaula», fué premiada en el Certamen España, realizado en Montevideo en 1907. En la prensa del país, sus poesías aparecen hoy, y son bien recibidas, apesar de que su verdadera obra, está escrita para la escena. Nació en la capital.

ROCINANTE

I

Pasicorto, paciente jamelgo malandante,
cuyos lomos portaron la gloria trashumante;

envidia de Roldanes, temor de galeotes,
y a cuyos pasos rengos y desiguales trotes

las culpas sin castigo, las viudas sin amparo,
tuvieron la justicia de un supremo reparo:

cierto es que te sentiste famélico y maltrecho
y que fuiste el único violado en el derecho

de encontrar en el mundo consolador reposo,
sin el cual es la vida sacrificio espantoso;

mas, ¿qué jamelgo honrado, que estime su buen nombre,
ha de osar reprocharle tanta injusticia al hombre,

si, a cambio de todo eso, le concede el honor
de compartir la gloria de su ilustre señor...?

II

Pasicorto, maltrecho, tranquilo Rocinante,
que vives en el nombre del Caballero andante,

que tuviste, ácaso, sabia filosofía,
sufriendo la locura de la Caballería:

¿quién después de tres siglos tu nombre recordara,
si tu ánimo paciente—¡que tanto soportara!—

no hubiera sometido tu malandante trote
a la santa locura del Señor Don Quijote...?

Enseñaste, ¡oh, jamelgo taciturno y paciente!,
que la locura es buena, que la experiencia miente;

pues aquel malferido por molinos de viento,
ha legado a los siglos su paciente jumento...

¡Cuántos, sin ser jamelgos, quisieran el honor
de llevar en sus lomos algún noble señor...!

EN EL DOLIENTE ADIOS...

En el doliente adiós de tu mirada
había como un vago desconsuelo,
y en el blando aletear de tu pañuelo
había una nostalgia dibujada...

Me sonreíste, dulce, entimismada
en el ansia silente de tu duelo,
y mi última esperanza tendió el vuelo
en busca de la vida ya pasada...

Después, en el rubor de aquel ocaso
que teñía de rojo tus mejillas,
parecía que tu alma, de rodillas

ante ese gran dolor que aun nos abruma,
se lanzaba en las ondas, al acaso,
y llegaba a mis pies como una espuma. .

Nébel Alvarez (Miguel)

Ha publicado un libro de versos con el título «Cantos de la Vida». Poesías de juventud, sencillas, dulces. Reside en la capital.

EXHORTOS

¡Ecos perdidos, que vagáis sin rumbo,
sueños que os esfumáis hacia la Nada,
acordes misteriosos de la noche,
suspiros de las harpas...!

¡Salmos que os adormís con el crepúsculo,
himnos que despertáis con la alborada,
germen de luz que en las tinieblas flotas,
ignorados fantasmas...!

¡Secretos de las pálidas estrellas,
rumores de las fuentes y las palmas,
süaves brisas que mecéis el nido
en la insegura rama...!

¡Misterios que dormís en el abismo,
vientos que interrogáis a las montañas,
idilios que volvéis de lo Infinito,
fúnebres sombras magnas...!

¡Suspiros de las ondas que se besan
en las remotas playas,
hálitos que ensoñáis la luz de un astro
y batís vuestras alas...!

¡Venid todos, a mí: yo quiero veros
encadenados a la voz de mi harpa...!
¡Harmonías, rumores y cadencias,
mi Musa os llama...!

¡Os llama, sí: llegaos, Elegidos
de la Vida del Alma;
ebrios Artistas, que buscáis la Senda
que conduce al País de la Nostalgia...!

NOCTURNO

Es la voz de Chopín... Su triste acento,
como un vago gemido se levanta;
agoniza el Amor sobre el teclado,
y los ojos de lágrimas se bañan...

¡Cuántos recuerdos emotivos llegan...!
¡Cuántas dichas de amor, y de esperanza,
en torno de nosotros se presentan
como viejas visiones enlutadas...!

Todo vuelve a nacer... Hasta los hechos
que se remontan a la tierna infancia,
para hacernos sufrir, junto a nosotros
llegan, batiendo sus marchitas alas...

Los amores pequeños se engrandecen,
el secreto que duerme se dilata;
la vida que hasta ayer era un misterio,
se comprende en lo íntimo del alma...

Sólo queda un rumor... confuso..., vago...
Ya la voz de Chopín, débil, descansa...
Despertamos de un sueño, y... ¡cuántas cosas...!
¡En vano, procuramos recordarlas...!

El éxtasis de Amor,—aquella vida
llena de luz, tan pura, tan lozana...—
como la esencia de una flor que ha muerto,
se aleja, acariciada por las auras...

Agoniza el Amor... Duermen las aves,
ateridas de frío entre la escarcha...
Alguien llora, a lo lejos, en las sombras:
¡es el débil suspiro de las almas...!

Onetti Lima (Luis)

Nació en Montevideo. Durante su permanencia en la ciudad de Melo publicó «¡Quién fuera hombre!», monólogo; «¿Guerra o delito?», diálogo, y «Pétalos», colección de versos sumamente delicados. Fué su escuela hasta entonces, campoamorina. Una de sus más bellas poesías mereció la flor natural en unos juegos florales de Córdoba (República Argentina), donde actualmente reside. Tiene una comedia dramático-filosófica, en verso. Como periodista consagró su pseudónimo de *Juan Lanas*, con que escribía crónicas de un activismo a lo Larra. Su espíritu inquieto lo ha alejado del país. Con demasiada frecuencia se observa este distanciamiento de buenos literatos nuestros.

PETALOS

I

¿Qué te diré, Blanca mía,
que no sea
una vulgar tontería,
o alguna gastada idea
de la gárrula poesía?

Cosa es, decir que eres bella,
tan sencilla,
como alabar una estrella
porque brilla...

Así, por que no me crea
tu capricho,
y no robar una idea,
diré, Blanca, que eres fea...,
que es lo que nadie te ha dicho.

II

Entre vivir para amar
y amar para padecer,
ya verás, Blanca, pasar
raudas horas de placer,
que anuncian siempre un pesar...

Mas, en tu casta ilusión,
soñando estás la visión
de un encantado existir...
¡No dejes, ay, de vivir
en tu propio corazón...!

III

Para hacerte comprender
la fuerza de mi querer,
¿cómo hacer...?

Pues..., diría
—¡oh, dulce adorada mía!—
que te he visto, y te he soñado
en tu belleza sin par...,
y que, cuando he despertado,
¡verte otra vez, he ansiado,
para volverte a soñar...!

IV

—¿Adónde vas?—Allá; donde la brisa
canta a la luz; donde la palma pisa
las flores de un edén...
Hacia ese mundo azul que se divisa
a través de la pálida sonrisa
del suspirado bien...

—¡Amor, espera ahí; no tan deprisa...!
¡Hazme un huequito en el furgón del tren!

Oliver (Juan María) (hijo)

Nació en la ciudad de Tacuarembó. Es autor de «Los Crepúsculos», 1911, y «Canciones de la Huerta», 1919, poesías. Es soñador exquisito cuando describe la alegría de los sembrados, dulce y piadoso si canta en versos amatorios, es uno de los buenos poetas de su época, porque tiene su modalidad, la sencillez y la hermosura de nuestros campos, y la transparencia de sus manantiales. Sobre uno de sus libros, dijo Schinca: «Los que leáis las estrofas que ponen un pórtico de acento a estos pabellones de la fantasía, seguid hasta el final el vuelo rumoroso de ese pájaro lírico que tiene alas de rimas.»

VIDAS HERMANAS

Vives siguiendo la pobre yunta
y arando siempre...

Somos hermanos, y mientras labras
la extensa huerta que el sol fecunda,
y mientras marchas tras de tus bueyes
abriendo surcos largos y hondos,
y en ellos viertes
con ademanes nobles y austeros
los nobles gérmenes
de las cosechas..., yo también labro,
humildemente,
frente a tu huerta que el sol fecunda,
estas canciones de amor y fiebre,
¡que llevan mucho de tus afanes,
que tienen mucho de tus quereres...!

¡Así es la vida, como tu huerta...!
¡El amor tiene
del sol de Otoño
las claridades resplandecientes;
y, acaso, el alma, como esa tierra
que labras siempre,
siempre está llena
de surcos hondos y de simientes!

¡Y como anhelas que el agua caiga
y fecundice tus sementeras, lo mismo llueve
sobre la vida...—llanto que colma
los hondos surcos que abrió la fiebre
en esa huerta de mis amores,
donde los pobres versos florecen—!

Yo sé que tienes puesta la vida
en esa triste yunta de bueyes,
en ese arado y en esa tierra...
Yo sé que tienes
el alma llena de amores vagos
y de esperanzas que nunca mueren...
Yo sé que esperas que tus cosechas
compensen siempre
las amarguras de tus sudores...
Y, así, tenemos la misma fiebre,
la misma vaga dulce esperanza
—¡esa esperanza que nos asiste remotamente!—
de hacer el mismo trabajo, el mismo...:
seguir arando, arando siempre...,
¡como mi pena, como tu esfuerzo,
como mis sueños, como tus bueyes
que pasan toda la triste vida
arando, arando..., hasta que mueren...!

¡HAGASE TU VOLUNTAD...!

Sin sombras ni reparos en la conciencia, labra
las paces de tu vida como una escultura
tallada en carne propia: y en tu propia palabra
hallarás el remedio de tu honda amargura...

Hunde bien tus arados. ¡Sin piedad y sin calma,
labra de tu heredad esos cuatro terrones!
¡Cuanto más la desgarres para llegarle al alma,
más nobles y más fuertes nacerán tus pasiones!

No des reposo al hierro. A tus graves empeños,
abierta al sol y al aire, florecerá la tierra...
¡Para calmar el ansia febril de tus ensueños,
te ofrendará el tesoro que en sus pechos encierra!

No des reposo al yugo ni a la potente mano
jugosa por la lidia de la eterna labranza...
¿No es, acaso, robusto tu pecho...? ¿No es más sano
tu corazón, repleto de verdad y esperanza...?

¿Qué otra gloria mejor que la gloria de verte
en medio de esa huerta, bajo el sol que la inunda
de fulgores y vida, y sentirte más fuerte
en medio de esa tierra desgarrada y fecunda...?

Abre tu alma a todos los vientos. La montaña
nos parece más grande cuando sola se muestra...
¡La voluntad que duerme en tu cálida entraña
te dará la medida del poder de tu diestra!

¡Ah! ¡Sé como esas olas que cavan en las playas
su cuna de basalto luchando siempre solas...!
¡Tú puedes ser el héroe de todas las batallas,
porque tienes la fuerza y el tesón de las olas...!

¡Tú puedes ser el Cid Campeador de esta guerra
que te dará los oros de invalorable cuño,
porque tu alma está llena del amor de la tierra
y tienes a los dioses amarrados al puño!

ESE MAL DE MI VIDA...

En vano buscas, con tus gracias todas,
disipar mi dolor...
¿No ves que tengo, en los silencios míos,
sangrando el corazón...?

¿No escuchas esa dulce voz...? Los cisnes
cantan, para morir...
¡Todas las esperanzas de mi vida,
están muriendo así...!

¡Guárdame en el refugio de tus brazos,
y así descansaré...!
Llevo sobre mi vida la tristeza
de Alfredo de Musset...

¡Ah! ¡Tener en el pecho muchos odios,
y no poder odiar...!
¡Llevar en las pupilas muchas lágrimas,
sin poderlas llorar...!

¡Sentir los versos que en el aire flotan
de la tarde de Abril,
y no tener palabras que los digan...,
y dejarlos morir...!

¡Tener que hablarte, a solas, muchas cosas,
y, ya juntos los dos,
sufrir la tiranía del silencio
sobre mi corazón...!

...Y no encontrar la frase que decirte,
y, angustiado, pensar:
«¡Cómo nos olvidamos, lentamente,
sin poderlo evitar...!»

...Y, en la doliente pena que el Otoño
vuelca sobre el jardín,
¡pensar que hay tantos muertos en la vida
que no pueden morir...!

¡Sentir esa ansiedad indefinible
de escuchar una voz
que arranque la tristeza de las almas
y alivie el corazón...;

esperar el milagro de la vida
libre ya del dolor...,
y saber que en el fondo de tu alma,
hace ya mucho que se puso el sol...!

¡Todo eso, son mis penas...!
¡Todo eso, es mi dolor...!

Oribe (Emilio)

En Melo, como Juana de Ibarbourou y Casiano Monegal, vió la luz este distinguido literato. El gran Mistral le alabó con las siguientes líneas: «A l'éminent poète Emilio Oribe mes felicitations par ses «Alucinaciones de belleza», vraie cuiellete d'idéal dans la Voie-Lactéa du rêve, de l'histoire et de la pensée. Avec mes remerciements confraternels.—Frédéric Mistral.» Figura como colaborador permanente en la revista literaria nacional «Pegaso». Publicó su primer libro de versos—anteriormente citado—en 1915, «Las letanías extrañas», 1917; «El castillo interior», 1919; «El halconero astral», 1919. Es uno de los mejores de la nueva generación. Artífice delicado se inició escribiendo casi únicamente sonetos, pero hoy los ha olvidado para dedicarse a cultivar el verso modernista.

CAMPO

I

Sacra cosecha en la opulenta loma
recogen rudos hombres, sin fatiga.
Sube de la labor un acre aroma
por los maizales de apretada espiga.

Se acumula el maíz, en inefables
días de otoño, lentos de trabajo...
¡Rubios cilindros, gemas incontables
llevad, hacia el granero, valle abajo...!

¡Cantad, como en el goce de las siegas;
cantad, como en los días de las bodas...!
Si no están con vosotros diosas griegas,
tenéis la Voluntad: ¡vale por todas!

¡Las espigas dejad en la alquería,
y venid; que el Poeta quiere daros,
para premiar vuestra labor del día,

las manos llenas de racimos claros!
...Pues él también, con trabajar sonoro,
halló en su corazón, semilla de oro...

II

¡Traedme vuestros vasos, campesinos
de la agreste geórgica natal,
para verter los vinos
de mi parra estival!

Tienen los patios de la casa vieja,
olor a uvas, fuerte y penetrante:
uvas de carne lúbrica y bermeja,
uvas de las paganas libaciones,
uvas claras y bellas cual diamante,
y uvas moradas como los pezones
que coronan los senos de la amante...

¡Venid, que aquí, sobre el sutil rastrojo,
exprimiré con emoción fraterna,
todo mi corazón—racimo rojo—
en vuestra copa rústica y eterna...!

VASO DE CRISTAL

Algo, que me da gusto y amargura,
he descubierto con placer y pena:
¡que tu alma, a pesar de su hermosura,
es vaso de cristal, lleno de arena...!

La música no se oye, adormecida;
el cristal, prisionero, no resuena;
poco a poco, en los cauces de la Vida,
el claro vaso se llenó de arena...

¡Jamás lo harán vibrar...! El que lo intente,
lo romperá... Y espíritus vulgares,
en vano buscarán el himno ardiente,
el más hondo y mejor de los cantares...

¡Yo soy el dueño azul de la Harmonía,
el mago de la Música Encantada...!
Los hombres sin Amor y sin Poesía,
sacudirán el vaso..., y no oirán nada...

Yo poseo el resorte sobrehumano
que hace brotar la resonancia plena:
¡al agitarlo mi erudita mano,
tu vaso de cristal no tendrá arena...!

¡Mientras te hagan llorar mis versos de oro
y seas la mujer que los inspira,
diáfano por el lírico tesoro,
tu vaso vibrará, como una lira...!

Pulsaremos los dos, maravillados
la canción que en tu vaso se levanta...
¡Cuántos himnos ocultos, revelados...!
La cristalina joya ¡cómo canta...!

Pero si, un día, entregas al olvido
este amor que te invade y te perfuma,
tan sólo oiremos, como un gran gemido,
la débil melodía que se esfuma...

Y cuando a otro rindas tu belleza,
la arena de tu vaso aumentará...
¡El vaso de cristal y de pureza,
¡ay! ¡nunca, nunca, nunca vibrará...!

LA AMATISTA

I

No sé dónde, leí que una doncella de Italia
encontró bajo un templo en abandono,
una enorme amatista transparente.

Observada al trasluz,
veíase en la piedra, a Dionisos corriendo,
semidesnudo, sobre un verde prado.

Alegre el Dios, y como nunca bello,
alzaba en una mano hermoso tirso
de rosas, y en la otra un gran racimo de uvas...

Mientras el Dios corría, una joven
pantera, dando saltos, seguíale, con miras
de quitarle el racimo...

II

¡Oh, alma mía!
¿Cuándo hallarás la peregrina Amante,
la Doncella Esperada,
que sepa descubrir en tu interior
el símbolo feliz que en ti se oculta...?

Agil Efebo
se verá en lo más hondo de ti, ¡oh alma!
Lleva un tirso de rosas: la Poesía,
y un racimo de uvas: el Amor.

Corre el Efebo, apenas malcubierto
con una piel de león, mientras sonríe y canta...
La pantera—¡oh, la Vida!—intenta, en vano,
arrebatarle los preciados frutos,
dando enérgicos saltos...

—¡Haced, mis Dioses, que la pueda ver
muy pronto, fatigada, abandonando
tan espantosa empresa...!
¡Así, podré ofrecer a la Doncella
reveladora del Secreto Símbolo
que se mueve en mi alma transparente,
toda mi Poesía
—tirso de rosas siempre florecido—
y mi Amor
—racimo eternamente renovado—...!

EL NADADOR

El ágil negro hercúleo alzó el pecho de toro
sobre el mar, y, acercándose al borde del navío,
agitó con el ébano corpóreo el atavío
multicolor y rítmico del Oceano sonoro.

Blanca mano de virgen, entre unánime coro
de «¡vivas!», arrojóle una libra... En el frío
oleaje hundióse el negro... y apareció, sombrío,
mostrando entre los dientes la moneda de oro...

¡Oh, si también pudiera hundir mis vacilantes
fuerzas—¡oh, melancólico titán!—en los palacios
líquidos que conservo en mis internas simas...!

¡Después, alzar la testa, rodearla de diamantes,
y, con desdén olímpico, mostrar a los espacios
en la boca—sonriente y audaz—las áureas rimas...!

Parra y Freire (Héctor)

Nació en la ciudad de Mercedes. A los 13 años escribía versos. Fué periodista y colaboró en la prensa de mi Florida en el año 1905, donde fundó una hoja satírico-humorística, «Fígaro». Su obra literaria está dispersa en la prensa del país. Tiene dos o tres poesías premiadas y mencionadas en concursos periodísticos. Publicó un opúsculo de rimas «Prismas», 1910. En sus versos sentimentales, delicados, escritos con facilidad, se advierte un marcado becquerianismo.

REGRESO

Yo he dormido en la sombra..., largo tiempo.
He dormido y soñado...
Me acosté a meditar lejos..., muy lejos,
en las arenas de un desierto árido...

Allá, donde el fragor de la existencia
se escucha como un eco funerario...
Me acosté en un desierto—hórrido y triste—
donde no crece un árbol...

Donde no hay una brisa, do murieron
las flores y los pájaros...
Me recogí en el alma, en mi propia alma,
que era un sepulcro helado.

...Hoy, vuelvo a despertar... ¡Dios te bendiga,
por la constante fe que me has guardado...!
¡Felices, los que vuelven a la vida,
al calor de un recuerdo idolatrado...!

Hoy, vuelvo a despertar... Y aquí, en un nido,
juntos como dos pájaros,
¡alcemos a la vida nuestros himnos
en las alas del viento perfumado...!

TIENES OJOS PROFUNDOS...

Sé lo que hablan las brisas con la aurora;
el ave, con la flor de la campiña;
los suspiros del viento, con las hojas,
y el arroyo, al jugar, con las orillas;

lo que dicen las plumas a los nidos,
y el céfiro, a las guindas;
la triste noche, al corazón que sufre,
y a la tarde estival, la lejanía...

Yo comprendo el lenguaje de la espuma
cuando habla con la linfa,
y el del perfume del clavel dormido,
y el del susurro de la rubia espiga.

...Yo sé lo que les dicen a las cañas
las hojas amarillas,
y el zorzal, a las frutas odorantes,
en las flexibles ramas suspendidas...

Todo lo sé... Pero el lenguaje tierno
de extrañas melodías,
ese lenguaje de tus ojos..., ése,
¿qué le habla al corazón, cuando vacila...?

Tienes ojos profundos como el alma,
y alma profunda como un mar sin ribas...
¡Yo, que no temo el vértigo de lo hondo,
tiemblo, cuando me acerco a esas orillas...!

TU LLANTO

¿Llueve...? ¡Bien, hija mía...!
La tierra está sedienta.
La tierra necesita de esa lluvia:
ha tiempo que la espera...

¿Lloras...? ¡Eso está bien..., sigue llorando...!
No te ahogará la pena...
Tu corazón de virgen, necesita
arrojar esas lágrimas afuera...

Si el dolor de la vida es muy profundo,
si el dolor se concentra,
el corazón se anubla como el cielo
cuando vaga en los aires la tormenta.

...Llueve, y el cielo sus cristales luce...
Se llora: el corazón, ¡ay!, se serena...
¡Y el mundo necesita de tus lágrimas,
cual de la lluvia la abrasada tierra!

¡El llanto es redención...! ¡Fué consagrado
del Gólgota en la cuesta...!
¡Por una sola lágrima, ¡ay!, a veces,
yo no sé lo que diera...!

Pérez y Curis (Manuel)

Murió a la edad de 36 años, en 1920. Redactó tres hermosas revistas literarias. «La Aurora», «Frou-Frou» y «Apolo». Escribió en verso «La Canción de las Crisálidas», «Heliotropo», «Alma de Idilio» y «Rimas Sentimentales», «El poema de los besos», «El gesto contemplativo», «Ritmos sin Rima», y quedó pronta para entregar a las cajas, «Romances y Seguidillas del Plata». En prosa, «Rosa ignea» (cuentos), «Por jardines ajenos», «Arquitectura del Verso», «Etica del Pampletismo», «El Marqués de Santillana», y dispuesta para dar a la publicidad una novela «La Ola», inconcluso un estudio, «Del concepto en Poesía», que debió ser la continuación de los estudios literarios iniciados en «Arquitectura del Verso», poética declarada texto oficial en algunas Universidades de España y América. La nómina hecha, es un exponente de la labor del distinguido intelectual, cuyo entusiasmo lírico no cesó hasta momentos antes de su muerte. «El gesto contemplativo» fué premiado en el concurso de la Editorial Renacimiento de Madrid.

DIALOGO

—Sostén de mi ilusión es tu palabra
viril y noble, que sugiere un rasgo
de hidalguía. ¡Yo sueño tantas cosas
cuando me hablas...! Mi optimismo crece
por momentos; olvido la amargura
del trajín cuotidiano; amo la Vida,
intensamente; creo en la pujanza
de mis rendidos músculos, e ignoro
hasta el zarpazo del Dolor...

—¿Y aguardas...?

—El triunfo de mi ideal, y la serena
concreción de mis vagas alegrías...

—Las alegrías del hogar te arrullan
y te alientan, ¿verdad?

—Por ellas sueño
todavía, y por ellas van medrando
mis esperanzas; pero, el pesimismo
suele clavar sus garfios en mis carnes
y en mi espíritu...

—Y, luego que restañas
tus heridas, te yergues, y, muy quedo,
me dices al oído con tremante
acento, que me amas, y yo pongo
sobre tu frente los amantes labios...

—Añoro, algunas veces, la divina
soledad de los parques y el encanto
del mar; y tu palabra, como un ave
azul, matiza mis ideas. Siento
la nostalgia del campo; los latidos
del paisaje sonoro siempre encuentran
eco en mi corazón...

—¡Espera...! Un día,
iremos ambos a soñar, al borde
del mar y en el misterio del paisaje...

—¡En plena soledad, porque allí vuelcan
Natura y el espíritu sus ánforas...!

—¡Un día, y otro, soñaremos juntos...!

PASIONAL

Yo no te quiero desdeñosa y fría
como la Muerte, destruyendo amores;
quiero que en ti perdure la ardentía
de un rosal de oro, reventando en flores...
¡Quiero que llores!

Yo no te quiero mortalmente triste
como las noches del invierno, lentas;
te quiero alegre y sensitiva. ¡Fuiste
sensitiva y alegre y te lamentas!
¡Quiero que sientas!

Yo no te quiero dolorosa y mustia
cuando a tu seno, tímida, me llames;
quiero que olvides tu febril angustia,
que con tu amor mi corazón inflames.
¡Quiero que ames!

¡No! Yo no quiero que en tu casta boca
beba otro labio su perfume, y ría;
mía es tu gracia en carne que provoca
amor de cóndor y pasión de arpía.
¡Te quiero «mía»!

Quiero que te conmueva la emotiva
desolación de mi alma que maceras;
y, cuando caiga mi tristeza altiva,
—es mi tristeza la oblación que esperas—
¡quiero que mueras...!

¡SE SIEMPRE ASI...!

¡Aférrate al ideal que ha sido el faro
de tu niñez sin sol, pero sin quejas;
odia la mansuetud de las ovejas:
que tú no aguardas ni piedad ni amparo...!

¡Procúrate un broquel contra el ignaro,
y en la simiente que en el surco dejas
caer, mira el retoño de tus viejas
luchas, como un florón luciente y claro...!

¡Sé siempre así; que la Verdad, un día,
colmará de dulzura y alegría
a todo aquél que en su gallarda nave

sigue la orientación de su Quimera...,
a todo aquél que canta como el ave
que ni tributo ni lisonja espera...!

LA GOLONDRINA

Ya rozó mi balcón la golondrina,
y gozo y gracia el corazón me agobian;
Primavera me ofrece delicado
jarrón de puras y joyantes rosas;
y yo, cautivo del Dolor, quisiera
abandonar el lecho en que se ahoga
el Numen raudo que me dió Natura,
buena Madre inmortal, divina y próvida...

Remembranzas de ricas primaveras
nutriendo están a mi alma soñadora,
y cuando el pesimismo me sacude
con sus violentas ráfagas, la sombra

de mi Dolor decrece: porque un átomo
de Luz Espiritual no me abandona,
y alumbra mis abismos—los abismos
de la desolación y la derrota—.

—Golondrina adorable, cuyas alas
mi balcón han rozado, como en otras
primaveras: el brío que me infundes
parece un soplo de misterio ahora,
en mi doliente juventud... Galante
y gentil golondrina: vuelve, y roza
de nuevo mi balcón, en una de estas
vernales, claras y apacibles horas;
que las reminiscencias que me traes,
el fondo de mi espíritu edulcoran
de placidez, como si hubiera bálsamo
en su expresión, o esencias milagrosas...

MI TARDE

Marcho aprisa, y me dices que te aguarde...
¡Bueno; ponte la cofia...! ¡Todavía
pondrás en la tristeza de mi tarde,
luz y perfume y paz y poesía...!

Mas, tendré que dejarte..., y un reflejo
de mi tristeza quedará contigo...
¡Que marcho aprisa y, cada vez, me alejo
más del alba serena que persigo...!

¡No vengas, pues...! ¡Camino de amarguras,
huella, febril, mi peregrina planta...!
¡Quédate, resignada, en las obscuras
tiendas de paz que tu ilusión levanta...!

Pérez Petit (Víctor)

Como autor teatral ha dado a la escena numerosas obras. Libros de versos publicó «Goyeles bárbaros», 1907, y ha pocos meses «Las alas azules». Es uno de los meritísimos críticos uruguayos, en cuya rama literaria es muy respetado y acaso sea donde su saber se pone más de relieve. Su pluma, ágil también en la novela, obtuvo el primer premio en el concurso nacional del diario «El Plata» con su obra «Entre los pastos», muy celebrada. Laborioso incansable, tiene conquistado un puesto de primera fila entre los mejores literatos del país, y sus conquistas llegan más allá de América. Nació y reside en Montevideo. En compañía de don José Enrique Rodó y los señores Martínez Vigil, dirigió la importante «Revista Nacional de Literatura Ciencias Sociales».

VISION MITOLOGICA

I

La Aurora sus clarines de rayos amarillos
lanza triunfal al combo del Cielo opalescente;
y la Tierra dormida, despierta de repente
en medio de perfumes salvajes y sencillos...

Encendidos los ojos con repentinos brillos,
los potros que yacían alzan la noble frente,
e, irguiéndose, contemplan el inflamado Oriente,
donde vibran y sangran fantásticos cuchillos...

Entonces, poseídos de súbita locura,
las fauces humeantes y enarcados los cuellos,
en un galope heroico, cruzan por la llanura;

¡y el Sol, que se levanta en remotos confines,
azuza su carrera de raudos atropellos,
clavando flechas de oro en sus crispadas crines...!

II

Como abierto al través de una esmeralda,
el bosque, de fantásticos labrados,
surge envuelto en reflejos azulados
e irisaciones de muriente gualda.

Contra una encina secular la espalda
apoyada, el dios Pan toca soñados
aires en su siringa... Los dorados
rayos solares bailan en su falda...

Cuando llegan, en ronda sigilosa,
las Ninfas a escucharle, el dios con leda
malicia apaga el ritmo, como un lloro...,

¡y de pronto, en la Tarde Misteriosa
vibra su carcajada, que remeda
una crepitación de chispas de oro...!

PASTORAL

Zagaleja triste y bella
que vas por el verde prado
sin flores en los cabellos,
sin cantares en los labios,

indiferente a los trinos
con que te brindan los pájaros,
al perfume que las rosas
disuelven como incensarios,
a las endechas que el viento
tañe entre los alambrados,
a las guijas del camino,
a las nubes del espacio,
a los rumores del río,
al pacer de los ganados
y a la risa con que el sol
viste los trigos del campo;
zagaleja triste y bella,
la de macilento paso,
de ojos negros y dolientes,
de gestos lentos y vagos:
¿qué tienes, dí, que a la vega
siempre vienes, al ocaso,
para escuchar de la fuente
el melancólico llanto...?

Hace un año, zagaleja,
que, al cruzar estos collados
y al acercarme a la fuente
oculta entre los chaparros,
vi una pareja de amantes,
las manos entre las manos,
trocarse los juramentos
de un amor sereno y casto:
él, garrido, noble y bueno,
ensoñador y galano;
ella, apuesta y pizpireta,
con su mantón encarnado;
y al saludarlos amigo,
mientras seguía mi paso
envidiándoles la dicha
que palpitaba en sus labios,

no recogí la respuesta;
porque, embebecidos tanto
en su mutua idolatría,
ni advirtieron al extraño,
ni oyeron sus «¡Buenas tardes!»,
ni su marcha lamentaron...
¡Que ellos solos existían
sobre la gloria del campo...!

Cuántas veces en las horas
de amoroso desengaño,
de traiciones y falsías,
de amor torpe y mercenario,
de celos, odios, venganzas
y mentiras, me he acordado
de los rústicos amantes
que a la vera del halago
de una fuente cristalina,
entrelazadas las manos,
regocijados los ojos
y las almas cual los astros
vestidas de resplandores,
se decían muy despacio
las palabras siempre buenas
que son un ruego y un canto,
las palabras siempre dulces
que son reproche y regalo,
las palabras siempre eternas
con que los enamorados
tejen todos sus ensueños,
entrecolman sus abrazos
y se desposan sonrientes
ante Aquel que está en lo alto.

Hoy he vuelto, zagaleja,
hoy he vuelto al olvidado
rincón donde dos pastores

eterno amor se juraron
bajo la gloria del cielo
y entrelazadas las manos:
hoy he vuelto a ver la fuente
oculta entre los chaparros
a cuya vera dos almas
se dijeron muy despacio
las palabras siempre buenas
que son un ruego y un canto:
hoy he vuelto a ver los nidos
llenos de alas y arrumacos:
hoy he vuelto a ver las rosas
fragantes como incensarios:
hoy he vuelto a ver las guijas,
los perezosos ganados
y la risa con que el sol
viste los trigos del campo;
mas no he visto al pastorcillo
garrido, bueno y galano
que requería de amores
a un mantoncito encarnado.

Zagaleja triste y bella
que vas por el verde prado
sin flores en los cabellos,
sin cantares en los labios:
¿qué tienes, dí, que a la vega
siempre vienes, al ocaso,
para escuchar de la fuente
el melancólico llanto?

Rodó (José Enrique)

Incluyo las poesías de don José Enrique Rodó, convencida de que ningún mérito *agregan ni quitan* a la obra del maestro; no faltará quien las lea con cariño. La composición «La Prensa», mencionada por don Juan A. Subillaga en su crítica al distinguido hombre de letras, fué inserta en el «Semanario del Montevideo Noticioso», del 20 de Enero de 1895, número que no existe en la Biblioteca Nacional. No es oportuno explicar respecto a Rodó lo que en América y en España todos conocen. Nació en Montevideo el 15 de Julio de 1871. Murió en Sicilia (Italia) el 10 de Marzo de 1917; sus restos fueron repatriados el 28 de Febrero de 1920.

LA PRENSA

Cuando la voz de Mayo, redentora,
alzó, cual raudo, inesperado trueno,
en la Colonia el Himno de la Aurora,

nació la Prensa en su agitado seno:
en ella, el dogma de una fe ignorada
dictó la voz augusta de Moreno.

La Libertad fué entonces consagrada:
con el limar seguro de la Idea,
supo abrir paso al golpe de la espada...

Como el airón que en lo más alto ondea
de encumbrado baluarte, así en la Historia,
domina, de la lucha gigantea.

Sus deleznables páginas de gloria,
trocó en bronce firmísimo que esmalta
la gratitud, de un pueblo en la memoria,

cual trueca el Ande, en su región más alta,
la lluvia leve en el eterno hielo
que deslumbrante en el azul resalta...

Ya el sol de Mayo no inflamó su acento;
mas duró aún la luminosa estela
que ella trazó en el patrio pensamiento.

Aun fué de Amor y de Civismo escuela,
altísima tribuna en que vibraba
la palabra inspirada de Varela,

cuando en lucha tenaz, la Patria esclava,
por sacudir el yugo ignominioso
del Tiberio de América, pugnaba...

¡Y era la voz del escritor glorioso,
rudo proceso en que estampó su huella
del Sacrificio el sello luminoso...!

II

Nacida entre el fragor de una epopeya,
respiró, como el cóndor en su nido,
aires de Libertad la Prensa aquella.

Fluyó la Idea de su seno herido,
como la sangre en corazón que late
por heroicos impulsos sacudido.

Llevó a las francas lides del debate,
la intensa fe de un credo religioso,
el fiero ardor de un himno de combate.

En sí formó, cual Foro tumultuoso,
de una generación de épica vida
la clara mente y pecho generoso:

¡y nos legó, por tradición querida,
su fe, su altiva fe—Jordán bullente
donde hoy templar el ánima abatida—...!

III

¿Quieres saber el numen auspicioso
que justo el Cielo depararnos quiso...?
¡Véle en la calle, retozar ruidoso...!

El vulgo es rey: le obsequiarás sumiso,
el vulgo es el Mecenas opulento,
a quien colmar de honores es preciso...

Has de estudiar lo que le da contento,
lo que a su fino paladar halaga;
rendirle fiel y amable acatamiento...

¿Dices que es necio? «Es necio; pero, paga...»
No ha de olvidarlo el escritor del día,
aunque gacetas, y no versos, haga.

Si atiende a que, en locuaz bachillería,
mucho, de Lope acá, ganó la plebe
y aumentó la vulgar supremacía,

¿quién ya a negarle sumisión se atreve?,
¿quién, a inferir a la Igualdad agravio
al terminar del Siglo Diez y Nueve...?

IV

...Ya suena a aristocrático resabio,
tener por menos lúcido y profundo
el parecer del vulgo, que el del sabio.

¡Ya desatóse, en perorar rotundo,
la «sin-hueso» plebeya...! ¡Ya obedece
al Comunismo intelectual, el Mundo...!

AL NOBLE SEÑOR D. CARLOS REYLES

Cultivador de terruños y «Terruño»

Corcel de tan cumplida gentileza
cual la heredad de su merced los cría,
no otra gala mejor requeriría
que aquélla que le dió Naturaleza.

Desnudo el lomo, libre la cabeza,
más claro su donaire luciría,
y el tosco arreo de la industria mía
parecerá baldón en su belleza.

Pero, obediente, compraré el arreo,
en que todo ornamento fuera escaso
a hacerle digno de tan alto empleo;

y, si sobrado ruin saliera acaso,
¡arrójelo de sí, de un escarceo,
y humíllelo a sus cascos de Pegaso!

A...

De pie sobre la escena, desatada
en ondas la profusa cabellera,
alta la sien, radiante la mirada,
como jovial emperatriz, impera...

Una purpúrea flor se abre sangrienta,
cual en copa de ébano, en la cima
del casco negro que su frente ostenta
y un acerado resplandor anima.

Suena su voz..., y en nuestra mente cruza,
como en un dulce sueño, al escucharla,
la hechicera visión de la Andaluza
que imaginó Musset, para adorarla...

Cada rayo que vibra atravesando
de sus pestañas por el tul sedeño,
es un hilo de luz que va bordando
el tejido impalpable de los sueños...

Y, a cada giro de su cuerpo airoso,
las vueltas del mantón abriendo al aire,
semejan el ondear, raudo y glorioso,
de un pendón en las justas del donaire...

En la ficción el Arte ha modelado
su espíritu... Es ficción su vida entera...
¡Quién su fingido amor—su amor soñado—
en real amor transfigurar pudiera...!

Rodríguez (Yamandú)

Autor del poema dramático en verso «1810», cuya representación fué un éxito. No obstante, puede considerarse un bosquejo de la obra definitiva que prepara este autor, que desde sus principios se manifiesta un poeta de méritos positivos. «El Mensaje de América», poesía dedicada al autor de «Tabaré» es de lo más hermoso que escribió al iniciarse. Pero donde se dió a conocer, siendo entonces muy joven fué en un certamen literario de «La Razón», en el que obtuvo primer premio con una composición gauchesca. Nació en Paysandú. Reside en Montevideo.

EL MENSAJE DE AMERICA

Un día, una porción de carabelas
emprendió una cruzada de belleza...
Llevando la blancura de sus velas
en ideal conquista
para loar la castellana hazaña,
iban de mi solar, el Artiguista,
con dirección a España...
Un orador, la ofrenda conducía...
La Rábida le oyó... Su voz tenía
las majestuosidades del torrente
y el alma musical de la poesía...

Salmo de gracia. Clamorear de gente
marchando, rumbo al Sol...
Ave-María:
que salmodiara un pueblo floreciente
frente a la patria vieja...
Parecía
que pronunciando un santo «¡Madre mía!»,
se arrodillaba un Mundo...

Y era una sola voz; mas comprendía
el anhelar de americana gente,
que en la voz del tribuno aquel latía
el corazón de todo un Continente...

¡Sacerdote de América: ese día,
en vuestras manos se elevó la Raza!
Y las gentes que absortas escucharon
la mágica oración que traducía
la fe de vuestro anhelo,
diz que, llenas de unción, se prosternaron
y, abandonando la terrena esencia,
junto con vuestros sueños, en un vuelo
ascendieron al Cielo...,
«con las alas de luz» de la Elocuencia...

Así os vieron—Maestro—conduciendo
en cuadriga de oro
la ofrenda de las Indias...
Y os miraron pasar, cual meteoro,
por los azules cielos castellanos,
mientras el latigazo de la frase
sangraba rosas y arrancaba bríos
en los pechos bravíos
de los cuarenta potros pampeanos...

Era un dominador de multitudes
y era un gran forjador de idealidades...

Tuvo la voz caudal de los aludes
y la voz-claridad de las verdades:
¡sonoro carillón, en cuyos bronces,
desde la austeridad de sus virtudes
repicaba en las glorias del terruño...!

Condenando cobardes laxitudes
bajo el golpe severo de su puño,
tuvo el sacudimiento del rebato...
¡Y ante las clarinadas de la Historia,
arrancaba a los pueblos del marasmo,
repicando las voces de la gloria
en las misas de luz del entusiasmo...!

Iba bordando el oro de la frase
en los telares del saber...
La palma
punto final ponía a su poesía:
y el Maestro, entretanto,
con un rayo de sol, siempre prendía
una sonrisa sobre cada alma...
A veces, su palabra cuajó en llanto
el aletear de algunas añoranzas,
venidas del país de las saudades
como a poblar añejas soledades
con el latido de las esperanzas...

Porque era su palabra una campana
llamando a la oración de la Belleza:
romántico «muezin» de la mañana,
que detiene a la inmensa caravana
en su peregrinaje de tristeza...;
¡y, obediente a su fuerza evocadora,
la boca del viajero siempre reza,
y el lago del recuerdo siempre llora...!

Su gloria nos lo dice:
su gloria es la Florida, la Piedra-Alta,
la Meseta de Artigas..., ¡los lugares
que inspiraron al Bardo los cantares
donde el recuerdo popular se exalta,
y la corriente nacional se eleva
en las cascadas de la gloria, y salta,
y hasta la altura lleva
el entusiasmo de las muchedumbres
en peregrinación hasta las cumbres,
donde, en la piedra escrito,
—para en la Eternidad ser descifrado—
late el rudo secreto del Pasado,
bajo su enorme veste de granito...!

Allí el Tribuno, ebrio de Infinito,
la floración del Porvenir predice...
Y es como un sacerdote que bendice.
Allí el Maestro, al desplegar sus alas,
con el riego de amor de sus escalas,
da a beber Idealismo a quien le escucha:
y, habilitado para la ardua lucha
que el Pueblo ha de emprender con el Mañana...,
¡para negar prestigio a la derrota,
detiene con su voz la recua humana,
y la bautiza en el Jordán patriota...!

Porque, de su ascensión por las montañas,
la inmensa claridad de sus cantigas
tocó la Tierra, y la llenó de notas;
besó a su Pueblo, y le llenó de Artigas...
Su tribuna es de bronce, y es de piedra,
la Eternidad la cubrirá de yedra...
Tiene la sobriedad de un mármol griego
y los reflejos del clarín nativo
que va enhebrando «¡alertas!»

¡Parece un cóndor que, esperando altivo
la gloria de otro vuelo,
se ha posado en el suelo
con las alas abiertas...!

Maestro: Por la pauta que llenasteis
con la modulación de vuestro anhelo;
por el dulce consuelo
que a tantos dolorosos prodigasteis;
porque fué vuestro verbo como un río
fertilizando el culto,
que dió flores de auroras al tumulto
para adornar los rústicos solares;
porque evocasteis dioses tutelares
para aliviar las patrias desazones,
y les leísteis a los corazones
la Biblia del Ensueño y de la Historia:
yo me inclino, loando vuestra gloria,
¡Príncipe del decir y la elocuencia...!
Y, cambiando el sentido a la sentencia
del taciturno aquel de Dinamarca,
vuestros Salmos, en gloria florecidos,
en tres palabras mi Idealismo abarca...
¡Son: «Latidos..., latidos... y latidos»!

Rodríguez Fabregat (Enrique)

En 1919 dió a publicidad su primer libro de versos «El camino de la Primavera». Prepara un nuevo volumen. Algunas de las poesías que lo compondrán, que ya he leído en páginas literarias, anuncian para el autor nuevas y mejores conquistas en el mundo de las letras uruguayas. Está radicado en Montevideo.

LA RONDA

Pasa la ronda leve de mi ensueño florido...
Pasa la ronda... Pasa...
Y en la noche que duerme —silenciosa y profunda—
se insinúa un suavísimo desplegarse de alas...

Pasa la ronda leve de las citas galantes
en que teje el ensueño la sutil serenata,
bajo el arco fragante del balcón de Julieta,
bajo el arco florido del balcón de mi Dama...

Pasa la ronda... Surgen en el aire adormido
un llorar de violines y un rasguear de guitarras,
como en la hora lírica de un canal de Venecia...,
como en la hora amante de un balcón de la Alhambra...

Pasa la ronda... Llevan más perfumes las brisas;
abre un ritmo más suave el ondear de las aguas;
es más tenue la queja que suspiran las fuentes,
y más lírico el vuelo que palpita en las almas...

...Y parece que fueran otras horas, las horas...
Y el barquero que cruza por la sombra callada,
sinfoniza el motivo que susurra en las velas
al mecerse en el viento, sobre el haz de las aguas...

¿Sientes...? Pasa la ronda de mi ensueño florido...
Se callaron los ecos... Ya llegó a tu ventana...
¿Sientes...? Canta en la noche
el violín de mi ronda que te da serenatas...

Oye al Príncipe Lírico de tu reino fragante,
cómo dice en tu reja su canción, toda alma:
«— En la barca harmoniosa de la noche serena,
yo te traigo el perfume de mis flores, Amada...

Yo he salido en cruzada victoriosa de cumbres,
y fué heroica y altiva y triunfal mi cruzada...
Y te ofrendo mis cumbres,
y te rindo la gloria del blancor de mis alas,

y te rindo el lirismo que florece en mis horas,
y mi estrofa y mi verso; mi sutil serenata:
el poema que tejen las jornadas altivas;
el poema que alumbran, al abrir, las Vías-Lácteas...

Y el manojo de estrellas que he juntado en los cielos
más allá de las cumbres, más allá de las águilas;
¡el manojo de estrellas que he juntado en los cielos,
para lograr estrellas para la Bien-Amada...!»

...Y deslíe el silencio de la noche serena
la canción de la ronda que tejió serenatas;
y hay en la noche amante—silenciosa y profunda—
un suavísimo y tenue desplegarse de alas...

Roxlo (Armando Víctor)

Nació en Montevideo. En 1906 fué reportero de «La Razón», de Buenos Aires. Desde 1906 a 1912 estuvo a cargo de la Secretaría de «La Razón», de San Fernando (República Argentina), murió en la playa de la citada ciudad en Enero de 1912. De la «Historia crítica de la literatura uruguaya», obra de su primo el celebrado poeta Carlos Roxlo, transcribo la poesía aquí inserta, por ser de las pocas que conozco de este joven, y por considerarla, con motivo, suficiente para ocupar un puesto en esta «Antología».

CARNAVALESCA

I

Japonesa que encierras de mi pasado
una noche de dicha de amor y encono:
devuélveme los sueños que te has llevado
atados en los lazos de tu kimono.

No ocultes de tus ojos las maravillas
detrás del abanico de tus pestañas,
muñeca de la tierra de las sombrillas
y los rústicos puentes hechos de cañas.

En tus negros cabellos, donde las flores
mostraban sus matices entretejidos,
yo puse los ensueños de unos amores
que jamás he mirado correspondidos...

Yo bien sé que, en secreto, tu voz me jura
que son míos tus labios—color de grana—,
y se abren sólo al soplo de mi ternura
los frágiles bambúes de tu persiana...

Que cuando yo acaricio tu cabellera
entre palabras donde mi amor palpita,
te entristeces pensando que es tan ligera
la hora siempre soñada de nuestra cita...

Tú procuras mi vida llenar de calma
con tu cariño, y vanos son tus anhelos:
¡siempre que con celos, la fe del alma
lucha por tus promesas..., vencen los celos!

¡Ellos saben, y dicen, que tus miradas
han jurado y perdido tantos amores,
como tu azul kimono tiene bordadas
en su raso cigüeñas, gheisas y flores...!

II

¿Conque, es verdad lo dicho...? ¿Conque, me engañas
con esos grandes ojos con que me miras...?
¿Conque, en la tierra en que hacen puentes de caña,
también saben las almas decir mentiras...?

Es justo: nunca firme pudo haber sido
el frágil cortinado de una ventana,
ni un corazón que late bajo el vestido
de la tierra en que hicieron la porcelana...

No extraño que me burles... Así es la vida:
un enjambre de penas y de traiciones...
¡Aun tienes, muchas veces, que ser querida,
y aun lanzará mi plectro muchas canciones...!

¡Oh, musmé, de gracioso rostro, adornado
por esos ojos, émulos del sol de estío...!
¡Crisantema que, acaso, te has escapado
de las huertas floridas que orlan Tokío...!

Supervielle (Jules)

Montevideano, residente en París. En francés escribe sus poemas. Ha publicado los siguientes libros: «Brumes du Passé», más tarde, «Comme des Voiliers»; recientemente, ofreció sus «Poèmes», y prepara otro volumen de versos. La versión española que aparece en este libro fué publicada en «El Siglo», de Montevideo. Apesar de ser un buen literato, dificultades de traducción me obligan a reducir el espacio que deben ocupar sus versos en esta obra.

TU SONRISA CLARA...

Donde tu paso se fija,
donde se posan tus manos,
de ti queda algo sutil,
indefinible y alado...

Amo lo que tocas, como
si un poco de ti guardara;
por donde has cruzado, veo
brillar tu sonrisa clara...

Está allí, sobre el balcón
donde has vivido un ensueño,
y en las sombras del camino
que acoge nuestro paseo.

Tú dejas por todas partes
casi imperceptible estela,
que es tan sólo para mí
una claridad eterna...

Ora, admiro una actitud
hermosa como un misterio;
ora, observo una mirada
de tus vastos ojos negros;

ya una seña, ya las flores
que cogerás en silencio,
ya tu silueta imprecisa
en la bruma del recuerdo...

Donde tu paso se fija,
donde se posan tus manos,
de ti queda algo sutil,
indefinible y alado...

Sábat Ercasty (Carlos)

Poeta modernista, autor de los libros de versos «Pantheos», 1917; «Invocación», 1918. Actualmente publica poesías gauchescas. Nació y reside en Montevideo.

LA HORA SOLITARIA

I

Hoy he pensado mucho en tu emoción: y creo
que el Misterio se interna dentro de mi deseo...

¡La tarde se encantaba...! Para mi Ensueño arcano,
tuvo una flor enferma, la piedad de tu mano...

Yo, con la caprichosa ráfaga de mis sueños,
idealicé el idilio de los seres pequeños,

que ofrendan la blancura de su espíritu suave
a las brumas litúrgicas de mi tristeza grave;

y tú, maravillando la quietud del instante,
llevabas a mi Enigma tu luz—honda y distante—...

II

Soledad, tú invadiste, después, nuestros amores...
Entraste, humildemente... Tus rutas interiores

revelaron las sombras que oculto en cada hora...
Sobre el grave estupor de la calma sonora,

abrías mi jardín a tu blanca tristeza...
¡Eras como la Hermana Mayor de la Belleza;

eras como una Novia de azul, de unción, de angustia...!
¡Y tu paz era en mi alma, como una rosa mustia...!

Venías por mi Senda, toda gris y doliente,
como buscando el pórtico sagrado de mi frente...

Tu recuerdo insinuaba suavidades de raso
donde temblaba el oro profundo del Ocaso...

Con tu fragancia mística de oración, de rosales,
me invadían el alma tus viejas pastorales...

III

¡Amada, abre tu pálida clausura...! ¡Son tus manos
las que harán de mis versos, hondos y sobrehumanos,

un Salmo a la Infinita Soledad, donde ungía
tu Enigma a los silencios de mi Melancolía...!

INVOCACION A LA LUZ DE LA ESTRELLA

I

IDENTIDAD

¡Qué ondas de Harmonía vienen de las Estrellas,
bajo la mano música del Almo Creador...!
Y, de mis ansias cósmicas, ¡cómo van hacia ëllas
espirales y círculos de mi Luz Interior...!

¡Estrellas, en las vastas quietudes del Urano,
y Estrellas, en mi frente y en mis Himnos de Amor;
Estrellas en la Noche, y Estrellas en la mano...!
¡Cómo se unen, y cantan, las Estrellas de Dios...!

II

SERENIDAD

¡Eter profundo...! ¡Hora tranquila...! Duermen lo
[prados.
Inmóviles las aguas, en los mares sin voz...
Sobre las fuentes, hondos silencios encantados...
¡Sólo escucho el latido azul del corazón...!

¡Cómo se abren los párpados en mi torre de astrólogo...
¡Cómo tiembla en mi älma la Inmensa Evocación...!
¡Cómo sube a la Estrella Lejana mi monólogo...!
¡Cómo baja del Astro, la Suprema Canción...!

III

DIAFANIDAD

¡Sangre Celeste...! ¡Hora, sin lapso...! ¡Cielo, sin velo...
El Espíritu avanza, por su propia Emoción...,
hacia la Estrella Ardiente—sin velo—sobre el Cielo.
Y el Astro, en su Camino de Luz, besa mi Unción.

Ríos de inescrutables, etéreas Harmonías,
en un beato Extasis, nos fluyen a los dos...
Sobre la Estrella, pasan mis viejas Elegías...
Sobre mi frente, el Astro derrama su calor...

IV

PROFUNDIDAD

¡Luces totales...! ¡Formas desnudas en la Substancia...!
Hablamos en la Esfinge, la Estrella Azul y yo...
Yo en su Deseo he visto, y ella ha visto en mi Ansia,
un Camino Infinito, que nos lleva hacia Dios...

V

FINALIDAD

—¡Estrella mía...!
En toda Edad, en todo Instante,
mis Destinos Astrales irán hacia tu Amor...,
a fecundar la Idea, bajo tu Luz Distante,
donde la Esfinge Eterna sus pupilas abrió...

VI

NUPCIALIDAD

...Y, en el Tiempo Absoluto y el Espacio Total,
estaremos unidos por un perfume igual...,
¡como dos hojas únicas, en un cáliz floral,
entorno de la Vida—que «allí» se hace Inmortal—...!

Schinca (Francisco Alberto)

Nació en Montevideo, donde reside. Autor de un libro de discursos y críticas literarias «Oriflamas». Poco divulgada es la poesía de este escritor de bien merecido renombre, que se inspira en las cosas sencillas y humanas y domina la técnica del verso admirablemente. La poesía amatoria es la predilecta de su lira.

ALEGORIA

La brisa trae secretos del bosque y de la fuente,
la brisa dice un canto de amor en el ramaje;
es una lira hermana que vibra, y su cordaje
tiene un supremo ritmo, melódico y doliente.

Ha besado la linfa que duerme castamente
bajo la noche llena de un gran temblor salvaje,
y al ver sobre las aguas el plácido miraje
de todas las estrellas, maravillosamente

reflejadas, pregunta como una niña inquieta:
—¿Adónde vas con esa dorada pedrería?
¡Hacia la mar!—¿Quién eres? —El alma del poeta.

—¿Cantas o sueñas?—Lloro, y en mi perenne duelo,
cansada de ser onda bajo la luz del día,
me envuelvo en mi ropaje de sombra... ¡y soy el cielo!

ALMA QUE FUE...

I

Pasas, bajo los oros del ocaso,
nimbada por tu extática tristeza,
yo no sé en qué visión, tranquila y dulce,
como una enamorada de leyenda...

Tu enferma palidez, a los fulgores
del poniente lejano, se acrecienta...
Están mudos tus labios, y en tus ojos
—aureolados de mórbidas violetas—

algo, como un ensueño de tu älma
vuelta al azul desfalleciente, tiembla...
¡Pasas, bajo los oros del ocaso,
nimbada por tu extática tristeza...!

II

Solo, frente al crepúsculo, soñando
con las mismas mirificas quimeras,
yo sigo el vuelo de tu veste blanca
como un ibis de heráldicas purezas...

Interrogas al viento, y a las flores,
y al azur, y a las cándidas estrellas...
Buscas un alma, cual la tuya, triste;
buscas un alma, cual la tuya, ingenua.

...Y me ves, y te acercas: «—Yo te adoro,
y amo tu rima trágica, Poeta!»,
solloza tu pasión, mientras yo sigo,

en el lento pleamar de mis tristezas...,
¡solo, frente al crepúsculo, soñando
con las mismas mirificas quimeras...!

III

¡Me suplicas, en vano...! Tuve un alma
de trópico y azul, cual la que sueñas...
Mas el Dolor la hirió... ¡Y, en un ocaso
—aciago para mí—dulce y violeta,
como un águila herida, de las cumbres
cayó a tus plantas, para siempre muerta...!

DE «LA ALDEA SOÑADA»

Hoy he dicho mis íntimas tristezas
a las tinieblas de la noche aldeana,
como una confesión bajo la dulce
piedad de las estrellas; en mi älma
vi penetrar el gozo de la Vida,
hecho perfume, música y plegaria.

He sentido temblar todas las cosas
ante lo acerbo de mi pena; blancas
en su divina desnudez triunfante,
dieron mejor las rosas su fragancia.
¡y fué el aroma de la huerta al cielo,
como un incienso demandando gracia!

He visto la bondad de lo pequeño,
la humildosa bondad, como callada
fuente en perpetuo renacer, y he visto
que las cosas más fútiles un alma
repartida en sus átomos esconden,
dulce, tranquila, luminosa y plácida.

¡La bondad de la Aldea! ¡La indulgente
bendición de la Luna, y esa extraña
caridad panteísta que estremece
todas las cosas, como cosas santas...!

¡Oh, pacíficas noches de la Aldea,
que me habláis de consuelo y de esperanza,
con el aroma de la flor o acaso
con el beso beatífico del aura!

¡Noches evocadoras, que pusisteis
vuestro divino azur y vuestra plata
lunar, sobre mi vida, con serena
suavidad de caricia enferma y larga...!

¡Yo os bendigo en la luz de las estrellas
y en la sombra glacial de las montañas
y en la medrosa oscuridad del valle:
porque, al bajar vosotras, en mi älma
vi penetrar el gozo de la Vida,
hecho perfume, música y plegaria!

Silva (Arturo S.)

Publicó en 1916 «Del vivir solitario». En 1917 «Canciones matinales», versos. Con respecto a la poesía de este joven autor, dijo el intelectual Francisco A. Schinca: «Su musa familiar se vuelve siempre hacia el pasado con inevitables nostalgias, y el amor que busca, como el del viajero de uno de sus pequeños poemas es «el amor milagroso de una estrella», es decir, una pasión sin sufrimientos y sin goces, ideal y remota como los astros.» La prosa escrita últimamente por Arturo S. Silva es superior a su poesía: se encuentra en prensa «La fuente inagotable», estudios.

VIAJE

A Santa Lucía.

¡Me voy...! ¿Dónde encamino los inciertos
pasos de mi fatal inexperiencia?
Lo ignorado me llama, y hallo muertos
mis primeros ensueños, y desiertos
los caminos de amor de mi existencia...

Me voy, y no sé dónde... Desde lejos,
voces desconocidas me reclaman...
¡Me matan estos tristes lugarejos,
donde he sentido convertirse en viejos
mis sanos bríos, que a luchar me llaman...!

Me voy, con mucho azul en el cerebro,
—mucho azul de ilusión y de esperanza—
y en la partida que triunfal celebro,
meditaciones de subir, enhebro,
la enhiesta cumbre que jamás se alcanza...!

¡Sueños de juventud, pérfidos sueños,
que embellecen la aurora de los años,
y son como neuróticos beleños
que hacen forjar hieráticos ensueños...,
y nos hieren, después, con desengaños!

¡Adiós, lugares de mi vida inquieta,
—flor delicada entre un erial de abrojos—
donde sentí la suavidad discreta
de saberme con alma de Poeta
—pájaro azul, cantando entre despojos—...!

La austeridad del templo, con su torre;
la cruz; el pararrayos; las campanas
que cantan cuando el alba se descorre,
y lloran a la tarde, cuando corre
a hundirse el sol tras cúspides lejanas...

La plaza familiar, la de la cita
en las noches serenas de retreta;
el tablado; los bancos; la exquisita
paz de los paraísos donde habita
una historia de amor, dulce y secreta...

Las casas tristes, y las calles largas;
las luces, distanciadas y sombrías;
el zaguán de la Amada, donde, en largas
—pero fugaces—horas, las amargas
penas, maté, de mis dolientes días...

El blanco cementerio, a la distancia,
—fúnebre centinela de la Vida—
donde me dió la Muerte su fragancia,
cuando pisé la puerta de su estancia,
bajo el dolor de su eternal partida...

La larga carretera... ¡cuántas cosas
dice a mi alma, en su miraje grato...!
¡En estrelladas noches silenciosas,
con «Ella» junto a mí, horas dichosas
pasé, de olvido a mi vivir ingrato...!

El puente, el prado, el río... ¡Oh, paseos,
cuán bellos sois a la memoria mía...!
¡Cómo gusté quebrantos y deseos;
cómo sentí dulcísimos mareos,
con «Ella», en vuestra divinal poesía...!

¡Todo, adiós...! ¡Todo, adiós...! ¡Todo me mata
y mi existencia tímida consume...!
¡Ya no veré tus tardes de escarlata...!
¡Se abre ante mí la enorme catarata
que, al arrastrarme, el Porvenir asume...!

Simois (Melitón I.)

Autor de «Flores de Otoño» y «Póstumas», dos libros de poesías. Este literato, hoy en desacuerdo con las musas, fué uno de los enfermos de tristeza, felizmente hoy curado. La melancolía de sus versos hizo que creyera en un fin opuesto al optado. Humanamente por este desalmado espíritu. Y aunque apena su retiro de la caravana de los románticos, complace ver cómo ha recapacitado, olvidando su dolor sin motivo. Supongo cuando temple de nuevo su lira, serán más fuertes sus vibraciones y más alegre su música.

ASI FUE

Caminando al azar, en mi desvelo
llegué al ensombrecido intercolunio
donde las rosas que me diera Junio
amustiaban su blanco terciopelo.

Idealizada por el plenilunio,
la medianoche protegió mi anhelo,
y, hacia lo eterno, en silencioso vuelo,
huyó el pájaro azul de mi infortunio.

Llorando sus extrañas letanías,
pasaron todas las tristezas mías
a perderse en los orbes infinitos...

¡Y un fauno, ebrio con licor de olvido,
fué cuando el sol me sorprendió dormido
en un lecho de pétalos marchitos.. !

SONETINO

Mariposilla gentil
que acompañas mi tristeza,
girando en vuelo sutil,
entorno de mi cabeza...

Rara flor: ¿de qué pensil
escapaste con presteza?
¿Bajo qué tarde de Abril
triunfó tu inmortal realeza?

¿Sabes tú del dolor mío,
cuando ante el papel vacío,
sueño..., y no puedo escribir?

¡Tal vez, sí: tal vez oíste
mi lamentar, y viniste...
para ayudarme a sufrir...!

CUAL UN VULGAR LADRON...

Duerme la humilde aldea... La pupila
de un astro, rasga el velo del arcano...
Y, apenas, el silencio turba, el vano
ladrar de un can, que la heredad vigila...

Cual un vulgar ladrón, o un asesino,
entre las sombras de la noche avanzo...
Llego a la tapia; el borde hostil alcanzo,
y penetro en el predio del vecino...

Tengo miedo que alguno me sorprenda;
camino a tientas, por la oscura senda...
Me detengo a escuchar... Por fin, me atrevo:

y, como quien comete un gran delito,
a orillas de la fuente deposito
el pan que para las palomas llevo...

¡OH, CORAZON, ESCUCHA...!

La Noche de la Duda preside tu tormento,
y ausculta el doloroso rimar de tu latido...
Tu carne, roe el buitre de un cruel presentimiento,
e inútilmente esperas la gracia del Olvido...

Padeces como tuyo, todo el Dolor Humano,
y alientas del anhelo las ansias infinitas...
¡Oh, Corazón, escucha: tu sufrimiento es vano,
y vana la impaciencia febril en que te agitas...!

Amaste inmensamente la Humanidad... Ahora,
el fuego que te abrasa, la sed que te devora
irán, un día y otro, ahondando más la herida...

¡Líbrate de la obscura prisión de tu quebranto,
—donde el delito expías, de haber amado tanto...—
y ofréndate, sangrante, en aras de la Vida...!

Silva Valdés (Fernán)

En 1913 dió a las cajas «Anforas de barro», más tarde, «Humo de Incienso». Ultimamente ha dado a la prensa de la capital, composiciones inspiradas en la exquisita belleza del campo uruguayo. Nació y está radicado en Montevideo.

EL CISNE NEGRO

Por el lago que acopia remembranzas de Leda,
bajo el grave mutismo del abrupto paraje,
vaga un Príncipe Negro que, en desmayos de seda,
se desliza en el tedio otoñal del paisaje...

—Heraldo del Silencio, Ave de negra pluma,
de psiquis neurasténica y alcurnia legendaria;
hierático Poeta que escribes en la espuma
ribereña, la estrofa de una muda plegaria:

prisionero en el traje luctuoso que te viste,
paseas tu crepúsculo del lago por la calma,
esbozando el pasaje de un pensamiento triste
por los senderos solos de la Mansión del Alma...

Soñador de quién sabe qué absurdas utopías:
por el azul del lago—cristalino y profundo—
ambulan los motivos de tus melancolías,
como ambulan mis sueños por el plafón del Mundo...

¿Nunca de tu garganta brotó un fugaz «allegro»...?
¿Serán tus ilusiones del color que te viste...?
...Heraldo del Silencio, eres dos veces negro:
¡eres negro por cisne, y eres negro por triste...!

Torres Guinart (Luis)

Nació en la capital. Poeta y periodista en pocos años, conquistó sólidos prestigios. Fué colaborador en la revista «Vida moderna», que dirigía Raul Montero Bustamante. Transcribo los siguientes párrafos del citado crítico: «Pluma ágil y galana, es dueño ya del secreto del estilo. Su labor poética, de cepa sugestiva, se ha defendido contra la influencia decadentista. Su poesía es reaccionaria y define con sinceridad al romanticismo impenitente que aparece en todos sus versos, aun en aquéllos donde vibra la nota heroica. En los juegos florales organizados en 1910 por el Club Católico, obtuvo la flor natural con su «Canto a la Independencia», hoy popular e incorporado a nuestro parnaso heroico. Redactor del periódico «El Bien», colabora en diversos diarios del Río de la Plata, y está en vísperas de dar a las cajas un volumen de poemas.»

¡GRACIAS, SEÑOR...!

En medio de mi noche,
Tú has creado una estrella...
¡Gracias, Señor...! Por Ti, en el alma mía
la dicha no se siente ya extranjera...

Los pájaros que huyeron,
a sus nidos regresan;
y bajo el peso de la flor, la rama
seca hasta ayer, reverdecida tiembla...

De aromas y de cantos
los árboles se pueblan...
¡Gracias, Señor...! En medio de mi bosque
se ha sentado otra vez la Primavera...

Ya es más hermoso el cielo;
más benigna, la tierra:
y la vida, que ayer me castigaba,
ya es una madre para mi alma huérfana.

...Por Ti, Señor, el astro
bajó hasta mi tiniebla;
Tú pronunciaste la Palabra Santa,
y el Amor hizo luz en mi existencia...

Desde entonces, camino
por el mundo con ella;
¡con ella, la mujer que hoy en la vida,
a sonreír, y a no llorar, me enseña!

De mi peregrinaje
ella es la compañera:
los dos hablamos en el mismo idioma
y pisamos los dos la misma senda.

...En medio de mi noche,
se ha encendido una estrella...
Brilla en mi corazón... ¡Por fin, en mi alma
la dicha no se siente ya extranjera...!

MISTERIO

Tú comprender no puedes
el sufrimiento mío;
mis lágrimas no son como las tuyas,
como las dulces lágrimas del niño.

Mi llanto es muy amargo,
muy hondo y escondido...
No lo verás brotar...: corre, en silencio,
de mi oculto Dolor por el camino...

La selva de mi alma
cruza el doliente río,
arrastrando el oleaje de mis penas
bajo el mudo clamor de mis latidos...

En sus orillas crecen
los árboles malditos,
en cuyas secas ramas sin follaje,
las Aves del Dolor cuelgan sus nidos.

La sombra allí es eterna:
los vientos ateridos
sólo arrastran rumores que sollozan
como cantares fúnebres sin ritmo.

Allí las largas horas
pasan entre gemidos,
y los días sin sol—¡eternos días!—
con su lento rodar, parecen siglos...

¡Qué triste, Amada mía,
qué triste es aquel sitio...!
¡No intentes con la luz de tu mirada
penetrar las tinieblas de ese abismo...!

...Tú comprender no puedes
el sufrimiento mío;
¡ese poema, que un Dolor sin lágrimas
canta en la soledad de mis martirios...!

Trelles (José A.) «El Viejo Pancho»

Nació en la villa de Navia, cuna de Campoamor, de la provincia de Oviedo (España), hace más de medio siglo, y cursó estudios en Montevideo. Vivió largos años en el campo, cuyo ambiente romántico desarrolló y modeló sus aficiones literarias, y escribió versos criollos de los que un amigo, reuniendo los que pudo encontrar (pues él nunca guardó los originales), compuso el libro «Paja brava», que, con «Gaucha», boceto dramático, y «Juan el loco», poema de su juventud, constituyen lo que ha dado a las cajas. Cuando lean algunos dónde nació el primero de los poetas contemporáneos en estilo gauchesco, pensarán que fué un error incluirlo en este libro de uruguayos. Pero si «El viejo Pancho» (pseudónimo de Trelles) pudo ocupar una banca de representante en la Cámara Nacional, es nuestro, por esto y por sus bellas poesías inspiradas en el ambiente campero de mi país, estilo en el que más de una lira se ha ensayado con resultados infructuosos.

TRISTEZAS

¿Que en qué cismo, decís? Dejáme, un rato,
pensar en lo que pienso.
Porque, a veces, pa juirles a mis penas,
les ando matreriando a mis recuerdos.

Pensaba... Pero, amigo, esto sí es lindo;
se me jué el santo al cielo...
De juro una zoncera: ¿en qué otra cosa
puede pensar un pobre gaucho viejo?

Yo nunca di trabajo a la cabeza;
¿pa qué, si mi vivir siempre jué el mesmo;
si entre el hoy y el ayer la diferiencia
jué no más que de tiempo?

En la sobada trenza de mis penas
no se ruempe ni un tiento,
y va el dolor siguiéndome cerquita,
como atao a la cincha po'el cabresto...

Cuando se cruzan pagos nunca vistos,
pa no perder el rumbo hay qu'ir dispierto;
pero, ¿en la cancha propia? Hasta el más zonzo
hace el viaje durmiendo.

¡Pensar...! En las miserias de la vida
nunca supe poner el pensamiento;
puse mi corazón confiao y zonzo,
y a traición me lo hirieron.

De áhi vienen mis tristezas misteriosas,
mis horas de silencio...
¡Tal vez, mi corazón es ya finaito,
y cuando estoy ansina es que lo velo!

COSAS DE VIEJO

¿Que por qué ando yo ansina, como enojao y triste?
¿Pa qué querés saberlo, mi linda flor de ceibo?
Los días del verano, que son pa'l mozo auroras,
son tardes melancólicas pa los que van pa viejos.

Pa yo poder contarte la historia de mis penas,
tendría que dir dispacio pialando mis recuerdos...

¡Dejálos qu'el olvido los ate a su palenque,
que yo, pa dir guapiando, ya no preciso d'eyos!

Más bien, cebá un amargo de los que tú acostumbras
pa despuntar el vicio..., pa dir haciendo tiempo...
¡Quién sabe si, algún día, sin óirlo de mis labios,
no sabés por qué peno!

Pero hoy, tuavía es temprano pa qu'esa cabecita
que pide pa adornarse la roja flor del ceibo,
comprienda que se pueden hayar sobre la almuhada
tristezas que nos áhugan, en vez de lindos sueños...

¡Cebá, cebáme un mate, que yo, pa entretenerte
te vi'a contar un cuento,
que, unque es todo él mentira,
tal vez se te haga cierto:

«Era como vos moza y era como vos linda,
y como vos tenía por ojos dos luceros,
ande se achicharraban de un corazón las alas,
del corazón de un gaucho que se miraba en eyos.

Era un cantor y pueta d'ésos que en la guitarra
ponen en vez de cuerdas sus delicaos nervios,
y cantan en sus «décimas» bravuras de los héroes,
y penas en sus «tristes», y amores en sus «cielos».

Eya tuvo al principio, pa'l payador amante,
en los ojos ternuras y en la boquita besos...
¡Eran como palomas que van buscando el monte
pa hacer entre los sauces el nido de sus sueños!

Después... ¿Sabés, mi china, qu'está lindo tu mate?
Más lindo que mi cuento;
no des güelta a la yerba; seguí, seguí cebando,
pa ver si se me apaga la sé que estoy sintiendo.

«Dispués...» ¡Oigále el duro!
¿Sabés que no me acuerdo?
Mirá, sacá esa astiya qu'está haciendo humareda...
Me yoran ya los ojos...; prestáme tu pañuelo...

LA GÜEYA

Pulpero, eche caña,
caña de la güena,
yene hasta los topes ese vaso grande,
no ande con miserias.

Tengo como un fuego
la boca, de seca,
y en el tragaero tengo como un ñudo
que me áhuga y me apreta...

Déme esa guitarra...
¡Quién sabe sus cuerdas
no me dicen algo que me dé coraje
pa echar esto ajuera...!

Hoy, de madrugada,
yegué a mis taperas
y oservé en el pasto, mojao po'el sereno,
yo no sé qué güeyas...

Tal vez, de algún perro...
Pero ¡de ande yerba!
Si al lao de mi rancho no tengo chiquero
ni en mi casa hay perra...

Dentré, y a mi china
la encontré dispierta...
Pulpero, eche caña, que tengo la boca
lo mesmo que yesca...

Yo tengo, pulpero,
pa que usté lo sepa,
la moza más linda que han visto los ojos
en tuita la tierra.

Con eya mi rancho
ni al cielo envidea...
Pero, ¡eche otro vaso, pa ver si me olvido
que he visto unas güeyas...!

Vadell (Natalio Abel)

Nació en Carmelo y reside en la capital argentina, donde, en varios y muy importantes certámenes literarios, sus poesías obtuvieron primeros premios. Ha publicado «Primeros cantos», 1910, prologado por don Enrique de Vedia. «El jardín de los encantos», 1914, prologado por don Ricardo Monner Sans. «La leyenda de la sierra», poema indiano, laureado en unos juegos florales, que mereció elevados conceptos del señor Francisco P. Moreno, y juicios encomiásticos de personalidades literarias como Ernesto León, Alfredo Palacios y Juan Carlos Garay. Tiene en preparación un drama caballeresco en cuatro actos y en verso, titulado «Don Juan de Garay, fundador de Buenos Aires» y un nuevo libro de poesías, «La eterna llama». Este literato posee méritos suficientes para ser bien recordado en su patria. Vadell es uno de esos espíritus emocionados siempre por los encantos de su tierra charrúa.

MI CAPA

Te saludo entusiasmado, vieja capa salmantina,
y en mis hombros, complacido, te coloco con amor;
que tus timbres son blasones de una prenda campesina...
¡Eres poncho americano de las justas del valor!

En verónicas garbosas te lucieron los toreros
en la tierra de la gracia, que es la tierra de la luz:
¿frente al toro, quién iguala tus desplantes altaneros,
si se rinde tras tus suertes el indómito testuz?

Trovadores y guerreros te arrastraron por el mundo;
fué contigo la emboscada, la aventura y el amar;
y cubriste muchas veces ancho tajo, que, fecundo,
dió una lágrima a dos soles de perpetuo fulgurar...

De la cita romancesca sabes todos los encantos,
las ternuras inefables de la reja y el balcón;
que se tercian con más gracia los rebozos y los mantos
cuando asoma en la calleja, peregrina ondulación...

Te impusieron como un halo de valor y poesía
las platónicas hazañas del Señor de Bergerac;
y tus glorias son las glorias de la prenda que cubría
las altivas desnudeces de la raza de Tupac.

Visitaste con el paje trovador y aventurero
los castillos cuya almena guarda un genio protector,
ocultando entre tus pliegues ya la gladia del guerrero,
ya la dulce mandolina del amante rondador...

Todo evocas, vieja capa, del pasado legendario:
altiveces varoniles y ternuras de doncel;
de cristianos caballeros el empuje temerario,
de noctámbulos poetas frases dulces como miel.

Compañera inseparable de un gran pueblo que en la [historia
dejó estela de idealismo y valor excepcional,
ella vive intensamente su brillante ejecutoria,
su romántica leyenda: su guitarra y su puñal.

DE LA LUCHA

Morir de frente al sol, como Cyrano;
tal es la muerte que en mis ansias quiero;
alto el penacho del civismo austero,
y la actitud de un gladiador romano.

Que en mis venas se infunde el soberano
aliento de un espíritu guerrero,
y de mi labio el rictus postrimero
apóstrofe ha de ser para el tirano.

Cual un héroe de Ilión, valiente y rudo,
quiero lidiar de pie, con el escudo
donde grabé de mi vivir el mote:

«Combato la estulticia y la falsía»,
¡que no ha muerto en el mundo, todavía,
la raza del hidalgo Don Quijote...!

CRISTIANA

La vida es volición y sentimiento,
pese a toda vulgar filosofía,
que en ondas de una diáfana harmonía
gestan la concepción del pensamiento.

No te importen fortuna ni talento,
si eres bueno y te embarga la alegría
al sembrar tu caudal, día por día,
de impaciencia, virtud y sano intento.

Educa el corazón, que es lo que vale;
a quien pida un mendrugo, tu pan dale,
y bendice su mano si te hiere;

y, frente a la materia dolorida,
aprende a valorar tu propia vida
y sabe que al morir, nadie se muere.

Vallejo (Carlos María del)

Nació en Montevideo. En 1910 publicó un poema romántico titulado «Elegía pastoral». En 1913 «El Alma de Don Quijote», versos, obra premiada en el concurso que la «Biblioteca Renacimiento», de Madrid, inició en nuestro país, y en el mismo año, «Las horas galantes». Anuncia, «La Capa de Don Juan» y «Canciones madrigalescas», poesías.

ALMA DE ESPAÑA

No penséis encontrar tras la elegante
forma de aquestos versos castellanos,
un trovero gentil que besamanos
fuera en la Corte de algún Rey galante.

Tan diverso del alma es mi semblante,
que hoy añoran mis gestos cortesanos
una fiera tizona entre mis manos
y un chambergo con pluma desafiante...

Si hijo soy deste siglo, en él no vivo:
pues, al pasear la reja de una dama,
¡siento tristes nostalgias de un acero

y de una larga capa en la que, esquivo,
se embozara mi rostro, que se inflama
con mi audacia de bravo Caballero...!

DUALIDAD

Hay algo de Cyrano en mi figura,
y mucho de Don Juan, en mis empresas:
pues tengo de Cyrano las fierezas,
y audacias de Don Juan, en la aventura...

Si le falta relieve a mi apostura,
mi älma sólo sabe de finezas;
¡tesoros son mis rimas, de bellezas,
que compensan mi ausencia de hermosura!

Tengo una Doña Inés, en mis amores,
a la que rindo culto y pleitesía;
y en secreto yo adoro a una Roxana,

la que ignora mis acres sinsabores:
¡en mis labios, francesa es la ironía,
y en mi mano la espada es castellana!

Vicéns Thievent (Lorenzo)

Nació en la ciudad de San José de Mayo. Se ha dado a conocer como poeta publicando un pequeño libro titulado «Mis versos», poesías de encantadora sencillez. Vertieron juicios elogiosos sobre su bello opúsculo, Héctor Miranda, Elías Regules y Juan A. Bueno. En prosa dió a las cajas «El crimen y la epilepsia», «Derecho sobre función administrativa» y «El Colegiado». Su pluma parece que ha olvidado las fantasías del verso, para tomar rumbos distintos. Sentimentalismo y facilidad de expresión brillan en estas estrofas escritas siendo muy joven.

SOLEDAD EMOTIVA

Esta noche, estoy solo en esta casa vieja,
que está vacía y triste como mi corazón...

El polvo de los años ha borrado los frescos
que pintó en las paredes algún sabio pintór.
¡Ah! ¡Quizá, un dia, borren los años el ensueño
que florece sus rosas para mi corazón...!

Un frío de sepulcro llena toda la casa,
que parece que tiembla, con lúgubre temblor...
Hace frío en la casa abandonada y vieja:
¡yo también tengo mucho frío en el corazón...!

Mis pasos suenan como voces que desde el fondo
de una tumba salieran... Yo conozco esa voz...
Me detengo, y escucho... ¡Es el eco de siempre:
es el eco que siempre siento en el corazón...!

En oscuros rincones hay historias dormidas...
Pero al interrogarlas siento un vago temor...
Yo llegué, cierto día, a un rincón de mí mismo,
y, ¡Dios mío!, ¡qué cosas le oí a mi corazón...!

El patio de esta casa—que es frío y muy oscuro—
no ha recibido nunca ningún rayo de sol.
¡Es frío y muy oscuro, el patio de esta casa:
es frío y tan oscuro como mi corazón!

Cruza por las cercanas calles una rondalla.
Cantan, ríen; la aldea está de fiesta hoy...
¡Pero a esta pobre casa no entra la alegría:
está vacía y triste, como mi corazón...!

AMOR DISTANTE

Presentía de ha tiempo, que vendría la hora
en que, lleno de sombras, Amor anocheciera
en nuestras almas... ¡Pese a tu ilusión, ahora
han nevado tristezas sobre tu primavera...!

Ya no tienen tus manos, nerviosas bienvenidas
para mis temblorosas manos de enamorado...
¡Manos desesperadas, cuando las despedidas...!
¡Manos confidenciales, cuando estaba a tu lado!

Ya, ni siquiera temes a traiciones presuntas:
pues no inquieran tus ojos en mis ojos inquietos...
Tus ojos, porque han hecho ya todas sus preguntas..
Mis ojos, porque han dicho ya todos sus secretos.

...Nos hemos separado, sin sentirnos el paso,
como si ambos temiéramos la traición del momento...
¿Acaso, la denuncia de una mirada...? ¿Acaso,
el hosco fatalismo de mi presentimiento...?

Mi ilusión a la sombra del ensueño medita:
nuestra historia un recuerdo de amor nos ha dejado...
¿Y qué vale un recuerdo que, como flor marchita,
se seca entre las hojas del libro del pasado...?

Zum Felde (Alberto)

Antes de los 20 años, con fecha 1907, conquistó su título de poeta con el libro «Domus Aurea», muy bien recibido, y de donde transcribo los sonetos insertos en estas páginas. «Elegía Heroica» data de la misma época. En mérito al pensamiento que encierran, y al espíritu que las anima, al coleccionar no reparé en las definiciones de forma. Actualmente, Zum Felde, es uno de los más aventajados críticos modernos. Bajo el pseudónimo «Aurelio del Hebron», ha colaborado en la prensa montevideana. En prosa publicó «El Uruguay ante el concepto sociológico», 1911, y, «El Huanakauri», 1917. Nació en Bahía Blanca y reside en la capital.

EL SOLITARIO LLAMA...

Yo soy de las estirpes la floración suprema:
¡por eso, el Dolor hizo de mí su hierofante...!
La Materia en mí lanza su grito más pujante
de Idealidad: ¡por eso, soy del Dolor emblema...!

La gloria de estar solo en mi fatal camino,
la expío con la enorme tristeza de estar solo,
y, las suprasensibles ansiedades que inmolo
a la desesperanza de mi Postrer Destino...

¡Mi vida es un eterno deseo, irredimible...!
¡Ya no encuentro grandezas que arrojar al horrible,
al satánico abismo de mi ansiar sobrehumano...!

¡Siento en mí un Universo de Amor...! ¡Mi alma llora
por dos brazos abiertos, y por un alma implora...!
¡Doy toda mi grandeza, a cambio de un Hermano...!

SISIFO

¡Yo soy igual que Sísifo: llevo al hombro mi piedra,
por la montaña oscura, sin tregua, hacia la cumbre...;
y, al llegar en la noche, siervo de pesadumbre,
hasta el fondo del valle rueda, otra vez, la piedra...!

¡Y es en vano que quiera redimir mi condena:
el Destino es más fuerte que yo...! Cada mañana,
obedeciendo al signo de una impulsión arcana,
hasta el fondo del valle voy, a buscar mi pena...

—Alma mía, sangrante del sobrehumano exilio:
las estrellas te llaman para un celeste idilio...
¡Sube sola... y tu piedra, allá en el fondo, olvida...!

¡Alma mía: no puedes ya vivir sin tu carga...!
¿Qué harías, bajo el cielo, sin esa piedra amarga...?
(¡Ese Dolor es toda la razón de tu Vida...!)

ELEGIA HEROICA

A la memoria de los gauchos

¡Ya se fueron..., ya se fueron, para siempre, de los [gauchos de esta tierra
los centáuricos tropeles...! ¡En los llanos y en la sierra
ya no lloran sus guitarras, ni retumban ya sus hálitos [de guerra...!

¡Ya se fueron, al galope de sus potros montoneros,
los hirsutos campeadores de tacuara, los titánicos [lanceros
de las cargas, con los pechos por adargas, en los [fieros entreveros...!
¡Ya se fueron...!

Los que dieron el anónimo tributo de su carne a las [matanzas,
yendo en pos de sus caudillos, sin promesas ni esperanzas,
y besaron sus divisas, al morirse traspasados por las [lanzas...,
¡ya se fueron...!

Los de los cuerpos enjutos, los de las frentes hurañas;
los del rostro taciturno que tostaron viento y sol en las [campañas;
los de melena de leones, bajo las vinchas charrúas y las [barbas de marañas...,
¡ya se fueron...!

Los de la bota de potro, los de la suelta golilla, los [de espuelas nazarenas;
los que en las viejas guitarras gimieron sus largas [penas;
los que en grupas, una noche, se llevaron a sus vírgenes [morenas...,
¡ya se fueron...!

Los del alma primitiva, que confiaban honra y vida [a los facones,
y bailaron en las fiestas, al «rin-rin» de las espuelas, [los ingenuos pericones,
y narraron las leyendas de las ánimas en pena, al [amor de los fogones...
¡ya se fueron...!

Los callados, que supieron los secretos de los montes
[y los llanos,
y rumbearon en las noches, sin alforjas ni caminos,
[hacia términos lejanos,
y leyeron en los pastos, en las aves, en las nubes, con
[su ciencia de vaqueanos...,
¡ya se fueron...!

Los atletas domadores, que montaron sobre lomos
[de baguales,
y, oprimiendo en las tenazas de sus piernas las
[pujanzas animales,
las rindieron, cabalgando, en un juego de gimnásticas
[mortales...,
¡ya se fueron...!

Los que vieron, a lo lejos, levantarse las ciudades, y
[alargar sus férreos rieles
por las vastas soledades que, hasta entonces, señorearon
[sus corceles;
y mugieron, porque vieron que tendrían que abrevar
[en sus jagüeles...,
¡ya se fueron...!

¡Para siempre, ya se fueron, al galope de sus potros...!
[¡Tras las pálidas laderas,
se perdieron en la noche, como bárbaras visiones, sus
[heroicas montoneras...!
¡Y en los campos solitarios al llorar de los ombúes, se
[derrumban sus taperas...!

SEGUNDA PARTE

ADVERTENCIAS

Es indispensable esta segunda parte, a fin de incluir autores que si bien no se destacan hoy en poesía, se consagraron en distintas ramas de la literatura, y otros, que haciendo obra breve, brillaron un momento. Forzoso es aclarar, que si aparece alguno de los novísimos —llegados cuando tenía dispuesto el orden de la presente compilación— figuran en ella, en sincero reconocimiento a los méritos que poseen. Este florilegio complementario, no acusa desmedro.

ANTONIA ARTUCIO FERREIRA

Acosta y Lara (Federico)

FLOREAL

Primavera de auroras luminosas:
¡abre, risueña, tus primeras rosas
en las plantas que adornan mi balcón!
¡Cubre de hojas la verde enredadera;
que hay un par de canarios que te espera
para empezar su nido y su canción!

¡Que, en irrupción de luz, por mi ventana
la alegría triunfal de tu mañana
me venga, bulliciosa, a despertar!
¡Que en tus azules noches misteriosas,
me embriaguen los efluvios de tus rosas,
para soñar!

¡Que entre nidos y pájaros y flores,
brote mi canto juvenil de amores
con acentos de dulce ruiseñor...!
¡Pues tengo toda el alma iluminada
por la luz de una célica mirada
que la ha inundado de sereno amor!

Primavera de auroras luminosas:
¡Abre, risueña, tus primeras rosas
en las plantas que adornan mi balcón!
¡Cubre de hojas la verde enredadera;
que siente amores, por la vez primera,
mi corazón...!

Amorín (Enrique M.)

MISTERIO

Yo no sé quién ha puesto entre mis manos
este nudo tan prieto...

Era un cordón azul; me entretenía
en hacerlo pasar entre mis dedos,
mientras iba la tarde agonizando;
mientras aparecían las estrellas;
cuando las sombras se tornaban frías;
cuando el silencio me tornaba mudo...

Mis profundas miradas se perdían
más allá de la nada de mis sueños;
en lo desconocido de mis días...

Aquel cordón azul, entre mis dedos
fuése enredando lento, poco a poco,
entre mis manos blancas y nerviosas...

Cuando llegó la noche, sorprendido
vi entre mis manos un nudillo prieto...
Desde entonces, en vano paso noches
a la luz de la lumbre,
pasando entre mis dedos de poeta
este nudillo azul de mi existencia...

Yo no sé quién ha puesto entre mis manos
este nudo tan prieto...

Bastitta (José Pedro)

LA CAPERUCITA

Caperucita-Roja, pasando por la vida,
ajena a los peligros que pudiera encontrar,
se internó por un bosque... Y en la selva, perdida,
toda llena de miedo, triste, rompió a llorar...

Vino luego la noche: y al quedarse dormida,
en el bosque los lobos empezaron a aullar,
y el más fuerte de todos la llevó a su guarida
do su prole impaciente lo aguardaba llegar.

—Señor lobo, yo os pido una gracia muy leve,
—dijo Caperucita—y es: que nadie le lleve
a mi madre noticia que me ha visto morir...

Y, al pensar en el duelo de una madre que llora,
el lobo—con ser lobo— cuando vino la aurora,
acallando sus hambres, la dejaba partir...

Bernárdez (Juan Carlos)

EL HOMBRE PRIMITIVO

Frente estrecha. Saliente el belfo. El diente agudo.
Nariz chata. Ojo inquieto. Potente el maxilar.
Sentado; su pie-mano, sobre el suelo desnudo,
juega con la ceniza caliente del hogar.

Se rasca las axilas. Y piensa. Su velludo
rostro se anima de una expresión singular:
y graba un mammuth con un sílex puntiagudo,
sobre un fémur de reno, a medio devorar...

De pronto se interrumpe, con un jadeo enorme:
coge el hacha de sílex con su brazo disforme,
y pegándose al suelo, ansiosamente escucha;

¡yergue luego, de un salto, su estatura encorvada;
clava en la noche—como un dardo—la mirada,
y, mostrando los dientes, se prepara a la lucha...!

Berta Fernández (Virgilio)

AUTO - BOSQUEJO

I

El continente, severo;
el busto, flaco y erguido,
y el mirar algo atrevido
bajo el ala del sombrero.

Bien poeta, bien guerrero,
o romancero o galán,
hay en mí algo de Don Juan,
o de un eremita austero.

Una sonrisa en el labio
—galantería, o agravio,—
—falta en el cinto una espada—...

Caballero en todo el ser,
¡siento el ansia de vencer,
o morir de una estocada...!

II

¡Veintidós años, que son
veintidós timbres de gloria,
que llevo en la ejecutoria
sacra de mi corazón!

En la mente, una ilusión;
en el celebro, firmeza;
en el ademán, nobleza,
y en la boca una canción.

El brillo de mis hazañas
—aquí, y en tierras extrañas,—
lo sostendré con mi brazo...

¡Y, en este ardor en que vuelo,
me falta sólo el Pegaso
para dominar el cielo...!

Cortinas (Ismael)

ASPIRACION

Para José G. Antuña.

Penoso fué el combate... Mi espíritu era un reo
vencido en las contiendas que el éxito provoca;
y en la cárcel estrecha de una mísera roca
estaba aprisionado, cual nuevo Prometeo...

Ya no iba a la conquista del cáliz del deseo:
porque la humana recua, cuando a la lid convoca,
oprime brutalmente, muerde con furia loca
y aturde con las voces de un vano rumoreo...

Pero surgió un oasis en bella lontananza,
—¡oasis de ilusiones, oasis de esperanza!—
y entonces, el vencido se incorporó arrogante:

¡Ya hay luz en el sendero: la de sus negros ojos,
y un cáliz de deseo: el de sus labios rojos...!
¿Qué importa que haya lucha, para llegar triunfante...?

Casas Araújo (Julio)

VIEJA CASA...

Vieja casa, tranquila, sola y triste,
bajo cuyo tejado enrojecido,
el polvo miserable del olvido
en eterna quietud, aún persiste:

La yedra milenaria que te viste,
te hace un sepulcro mudo y dolorido,
donde el cadáver del ayer querido
duerme el silencio de lo que hoy no existe...

Al darte la postrera despedida,
añoro los recuerdos de otra vida,
y el llanto empaña, con dolor, mis ojos...

Cierro en silencio las vencidas puertas,
¡y gimen enmohecidos los cerrojos,
como llorando por las cosas muertas...!

Candia (Romeo de)

VISION

I

Caballero en Pegaso, voy a un país lejano,
un poema en los labios y una lira en la mano...

¿Que dónde voy, decíais? Voy a un país de Oriente
que soñaron mis dulces ojos de adolescente:

al País Encantado, de las selvas sonoras,
de las tardes de oro y las frescas auroras;

a una tierra de ensueños que acarició mi cuna,
blanca como las hebras más blancas de la Luna...

Voy por las vastas salas, en un sereno vuelo,
con las alas tendidas por el azul del Cielo...

De los astros celestes arrancaré las rosas
y el misterio profundo del alma de las cosas...

Me obsesionan los soles de las tierras lejanas
y la luz inefable de las claras mañanas;

los países de seda, que me enseñara a amar
mágica Scheherezada, y que están tras el mar...

Caballero en Pegaso, voy a un país lejano,
un poema en los labios y una lira en la mano...

II

¿Que a qué voy? ¡Siento un ansia de perfumes risueños
y un vibrar de ilusiones y un aletear de sueños...!

La castidad de nieve de las blancas estrellas
tiene signos de alba como las rosas bellas,

y los cuentos rosados vagan, mientras evoco
la visión oriental de mis sueños de loco...

A beber la harmonía de los montes azules
donde dicen sus perlas cristalinos bulbules,

y en el seno florido de las islas fragantes
oír rugir leones, y pasar elefantes...

Caballero en Pegaso, voy a un país lejano,
un poema en los labios y una lira en la mano.

III

¿Que por qué voy? Oídme: Juventud apolínea,
embrujado perpetuo del color y la línea,

la obsesión de una isla de diamante—Ceilán—,
los países de oro del divino Kayam,

y, como concreción de humana Primavera,
el cristal de oro y carne de ideal bayadera,

y los príncipes blancos y las blancas princesas
que dan al alma sueños, y vino a las cabezas...

¡Bate alas, Pegaso! ¡Pegaso, bate alas!
La claridad divina de las celestes salas

es tuya... ¡Pero llévame del Carnaval Humano
a ese país extraño, a ese país lejano
en donde las estrellas se cogen con la mano...!

Con la Fe vacilante, ya perdida la Amada,
el Amor hecho Dandy, la Belleza hecha Nada,

y, en medio de este humano y total desconcierto,
¡Jesús Santo enclaustrado, y el Sentimiento muerto...!

Pegaso: siento ansias de rosas y de lises...
¡Llévame al seno virgen de mis blancos países

donde los ruiseñores dicen su melodía,
a la luz de la Luna, o a las nupcias del día!

¡Caballero en Pegaso, voy a un país lejano,
un poema en los labios, una lira en la mano...!

Daverio (Layly)

LOTO

El cuerpo, de cendales despojado,
se alza en su limpia desnudez calmosa:
y así soy, en la linfa rumorosa,
casta, desnuda, amante, sin pecado.

Agua y Amor, de todo me han lavado,
y hasta el alma les gusto, deleitosa:
que en tenue tono, de azucena rosa
y oro mate, alma y carne se han aunado...

Al tibio ser de velos desceñido,
de purezas el agua ha revestido
con su mano traslúcida y fragante;

y, a deriva de Muerte y del Olvido,
¡soy un sueño imposible, florecido
en un loto moreno y ondulante...!

IMPULSO

Un violento deseo, una imperiosa
necesidad de vuelo me domina:
insatisfecho antojo, que es la espina
de esta mata de sueños, prodigiosa...

Desplegar brazos y alma, temblorosa...,
y partir, en la tarde que declina,
transformada en dorada golondrina,
o saeta labrada en cobre y rosa...

Y, sin rumbo en mi éxodo, sin norte,
sin que ningún obstáculo recorte
la rémige al impulso volandero,

¡ir a clavar, como imprevisto broche,
en un empuje olímpico y certero,
el corazón del Cielo y de la Noche...!

Deza (Justo)

MI TEMPRANA VEJEZ

Estoy tan lejos de mi edad de niño,
bajo las aflicciones de mis penas,
que me siento rodeado de cadenas,
sin el lejano soplo del cariño...

Todas las noches, lloro la infinita
tristeza de encontrarme envejecido...
Y, después de llorar, quedo dormido
en una grata idealidad bendita...

Soy un tímido abuelo que no piensa
que sin la luz de una esperanza inmensa
se cruza por la senda florecida...

¡Un alma se abre, de placer sedienta!
¡Otra alma se entristece y se atormenta,
en la eterna sonrisa de la Vida...!

LAS ALAS DEL ANHELO...

Los rebaños humanos caminan lentamente
por los flancos en fiesta de la tierra materna:
nadie sabe en qué cumbre, ni en qué serena fuente,
vamos buscando todos saciar la sed eterna...

El inquietante anhelo nos grazna y nos devora,
como un inmenso buitre de formidables alas...
La dicha de un minuto, o el dolor de una hora,
hace que siempre sean más amplias sus escalas...

—¡No os resignéis, Hermanos, a vivir sin anhelos,
sin escrutar confines, sin explorar los cielos...!
¡Pasead vuestras miradas sobre los altos montes,

sobre los bravos picos pétreos de las montañas;
llenad de todo vértigo vuestras rudas entrañas,
porque al Mundo hacen falta más vastos horizontes...!

Eguía Puentes (Ricardo)

¡SOLO TU CORAZON...!

Da fuego el leño y arde en las sombrías
negruras, del espacio-rojo esquema...
El alma de la noche incendia días
de una infinita irradiación extrema...

Hay dulzura en las penas más bravías,
tiene cantos de Amor el anatema,
¡y hasta en el alma de las piedras frías,
vive la chispa que ilumina y quema!

¡Sólo tu corazón es inmutable...!
Frío, sin luz, sin sangre, impalpitable,
desolado y desierto... Es la atrevida

negación de sí mismo y de su imperio...
¡Es el eterno hielo de la Vida
en el polo infinito del Misterio...!

¡SI...! ME COMPARO CON EL FLETE...

¡Sí.... Me comparo con el flete; pero
haciendo una alvertencia...
¡El no precisa para andar, rebenque
ni agudas nazarenas!
En cambio yo, para vivir, preciso
que una juerza me mueva...,
¡porque el dolor, al ver que me detiengo,
¡ay!, me encaja la espuela...!

Vos, que tenés la lima necesaria
pa calmar agudezas,
¡suavisá, por lo menos, las rodajas
que m'entierran las penas...!
Y verás que pa'l gaucho agradecío,
el favor que s'entriega,
se paga con el beso, que se moja
con el llanto que rueda...!

Ferreira (Rosendo)

RIMAS

I

Ayer, pasaste por mi lado, altiva
y sin mirarme apenas...
Disimulé el pesar... (Tú bien lo sabes,
que mi arrogancia a mi pasión supera.)

...Disimulé el pesar, que fué más negro
que el color de tus crenchas—
y no te demostré que sentí en mi alma
tu fría indiferencia,
como agudo puñal que con perfidia
sus fibras deshiciera...

II

Hoy, pasas por mi lado... Si tus ojos
no buscan a los míos, ya no tiembla
mi alma de dolor, como en otrora,
cuando la luz de mi existencia eras...

Hoy, pasas por mi lado... Indiferente
mi corazón se queda...
(¡Cómo se apaga la pasión del alma
cuando la bruma del olvido llega!)

Fernández Otelo (J.)

DEL PASADO...

I

...Y pasaron esas horas de bonanza y de ventura;
y vinieron negras noches de abandono y de Dolor...,
y mis sueños se esfumaron, tras la bruma más obscura
de las brumas que, hermanadas con mi innata desventura,
forman lóbrega diadema sobre el nicho de mi Amor...

Y pasó la visión blanca de mis rientes primaveras
—primaveras de delicia, que yo apenas conocí—...
Y, en mis sueños del presente, cuando evoco esa Quimera,
sus caricias en mi alma deja, amante y placentera,
esa sombra, que es el sueño que yo evoco desde aquí...

II

Hoy, revive de esa sombra la caricia, ya esfumada
tras las brumas más obscuras de mi innata lobreguez...
¡Aun hay noches, que, en mi alcoba silenciosa y desolada,
al dormirme en el recuerdo de los ojos de mi Amada...,
me parece que los siento contemplándome, otra vez...!

¡Oh! ¡Mentira, que los sueños huyan tristes de las [almas...!
Esos, viven siempre amigos de los Mártires de Amor:
¡esos son los que a los tristes les ofrecen horas calmas...
—como al nómada viajero del desierto, son las palmas
las que ofrecen su perfume, su sombraje protector...—!

Ferreiro (José M.)

PAPELES VIEJOS

El viento—caprichoso y tiranuelo—
con su raudo girar, arremolina
al abrigo y amparo de una esquina,
los papeles tirados por el suelo...

La lluvia los destiñe con su fina
caricia continuada, en el anhelo
de borrar los vestigios de un desvelo,
con intención maléfica y dañina...

Como ruedan, sin dueño, esos papeles
que pudieran, acaso, ser los fieles
confidentes de un genio portentoso,

¡rodaremos—obscuros y olvidados—
los del montón enorme, condenados
a no hacer nada grande, nada hermoso...!

Figueira (Gastón)

CANCION DE NOVIEMBRE

Puesto que la vida es corta
y huye pronto Primavera,
¡corramos hacia los parques
a juntar las rosas frescas!

Juntemos las que han abierto,
y las recién entreabiertas;
juntemos todas las rosas,
y después..., después, ¡besémoslas...,

...puesto que la vida es corta
y huye pronto Primavera...!

Galicchio (Domingo)

EL DESEO

Cuando fué inmaculada la exigencia
de tu cariño por mi amor sagrado,
yo fuí cual un creyente, prosternado
ante el místico altar de la inocencia.

Con dulce castidad besé tus labios;
te abracé, con arrullos de paloma...
Y tú—inocente flor, de suave aroma,—
viniste a mí, con tus anhelos sabios...

Ahora, el rubor enciende nuestros ojos...
Ambos nos contemplamos con sonrojos...
Y son nuestros amores tan distintos,

que, cuando el cuerpo siente un leve roce,
¡sólo parece que sentimos goce
despertando los bárbaros instintos...!

Figueira (Gastón)

CANCION DE NOVIEMBRE

Puesto que la vida es corta
y huye pronto Primavera,
¡corramos hacia los parques
a juntar las rosas frescas!

Juntemos las que han abierto,
y las recién entreabiertas;
juntemos todas las rosas,
y después..., después, ¡besémoslas...,

...puesto que la vida es corta
y huye pronto Primavera...!

Galicchio (Domingo)

EL DESEO

Cuando fué inmaculada la exigencia
de tu cariño por mi amor sagrado,
yo fuí cual un creyente, prosternado
ante el místico altar de la inocencia.

Con dulce castidad besé tus labios;
te abracé, con arrullos de paloma...
Y tú—inocente flor, de suave aroma,—
viniste a mí, con tus anhelos sabios...

Ahora, el rubor enciende nuestros ojos...
Ambos nos contemplamos con sonrojos...
Y son nuestros amores tan distintos,

que, cuando el cuerpo siente un leve roce,
¡sólo parece que sentimos goce
despertando los bárbaros instintos...!

LA MUERTE DE HECTOR

Fuera el muro de Troya, en la oprobiosa
tarde en que Aquiles «de los pies ligeros»,
dió al Orco tantas almas de guerreros
satisfaciendo a Juno rencorosa,

sólo ondeó su cimera temblorosa
—terror de Astyánax y caudillos fieros—;
y opuso el alto pecho a los certeros
golpes del Héroe que guió la diosa...

En su cuello la lanza abrió ancha herida
—sangrienta puerta por do huyó la vida—...
Atóle al carro Aquiles inclemente,

quitándole los bélicos arreos...
¡Y arrastró su cadáver y trofeos,
entre el clamor de la troyana gente...!

Gómez Haedo (Eduardo)

LOS OMBUES DE «EL TALAR»

Enormes solitarios: de una época lejana
sois, acaso, los últimos tristes representantes;
a veces, en la tarde fingís la caravana
de algún Rajá ostentoso con catorce elefantes.

Más de mil lunas visteis salir tras de los montes...
Sois los testigos mudos de nuestra Historia Vieja;
y cuando el sol declina sobre los horizontes,
lloráis con el rocío, la vida que se aleja...

Los años respetaron las copas redondeadas,
¡oh, grupo de gigantes, magníficos ombúes...!
Vuestras frondas, asilo brindan a las bandadas;
vuestras sombras acogen los errantes ñandúes.

Vuestros añosos troncos, del tiempo carcomidos,
se tuercen con los últimos espasmos de la vida;
y en vuestros huecos buscan, seguros y escondidos,
el lagarto su nido, y el zorro su guarida.

Desde el apostadero que os marcara el Destino,
¡cuántas cosas mirasteis pasar, indiferentes,
mientras los años iban por su eterno camino,
torciendo vuestras ramas y ajando vuestras frentes...!

Sabéis de las historias y leyendas pasadas,
de tiernas vidalitas y alegres pericones,
de aquellos contrapuntos que alzaban las payadas,
o aquéllos en que hablaba la voz de los facones...

Conocisteis los gauchos del ayer que ya ha muerto
los de bota de potro y espuela nazarena;
los verdaderos dueños de lo que fué desierto,
¡aquéllos indomables de vincha y de melena...!

Los que por vuestro lado, sobre rudos bridones
pasaron, en un día, sedientos de venganza...,
y del Rincón salieron, rugientes como leones,
¡pero con una patria forjada con sus lanzas...!

Mirando el hemiciclo sobre que estáis formados,
impasibles y mudos y ante la Muerte estoicos,
de alguna Guardia Vieja parecéis los soldados
cayendo bajo el tiempo, magníficos y heroicos...

Hoy, vivís del pasado... Y cuentan que, en las noches
cuando el cuarto menguante da su luz macilenta,
de vuestras ramas salen mil genios de los broches
y comienzan sus cántigas con voz queda y muy lenta...

En su ronda nocturna y al claror de la luna,
lloran al triste gaucho de homéricas proezas,
al centauro nacido sobre la verde cuna
de nuestra libre tierra de mágicas bellezas.

Lloran, por lo que es viejo; lloran, por lo que es ido:
¡aquel pasado heroico, de santas libertades
—época de grandezas, que ya el Eterno Olvido
va echando a los desvanes de las nuevas edades—...!

¡Todo esto en su canturria lo lloran, como a hermano;
lo lloran en su danza de suave movimiento;
y si alguno el secreto pretende de su arcano,
sólo escucha en las hojas el murmullo del viento...!

...Enormes solitarios: yo saludo en vosotros
todo aquello que muere, de mi querida tierra:
los campos, las costumbres, los gauchos y los potros,
y la epopeya de oro que su pasado encierra...

¡Ombúes centenarios: vuestras ramas calcina
la savia de otra vida que os da el golpe de maza;
y, como en las leyendas de la druídica encina,
alzaré en vuestros troncos el altar de mi Raza...!

Gutiérrez (César Mayo)

INCITACION

¡Acerca, veladora de mis noches
de delirio, de insomnio y de nostalgia,
esa copa sangrienta de tus labios
rebosantes de mieles inexhaustas...!

¡Quiero vivir la vida de tu carne,
quiero calmar la fiebre que me abrasa,
quiero verte temblar en los espasmos
del ósculo encendido que no acaba...!

¡Bésame, sí; los besos son sagrados,
son el tierno lenguaje de las almas...!

Es sacrílego aquél que deposita
esa ofrenda divina en boca extraña:
¡la excelsa santidad de los amores,
la augusta majestad de Eros, profana!

¡Bésame, sí; los besos son sagrados,
son el habla magnífica del alma...!

Los besos de tu boca son más cálidos
que el sofocante vaho de las fraguas;
más dulces que las mieles del Himeto,
y embriagadores, más que los champañas...

¡Bésame, sí; los besos son intérpretes
de los mudos idilios de las almas...!

¡Necesito de Amor: como los gérmenes,
de la nutriz virtud del protoplasma;
de la luz, el prodigio de la Vida,
y el roble secular, de ricas savias...!

¡Bésame, sí; los besos, creados fueron
por los dioses de la Epoca Pagana!

¡Y el Amor vivirá, mientras choquemos
las bocas en un brindis, cual dos ánforas...
—en un beso de sangre, nuestros labios;
en un beso de fuego, nuestras almas...—!

Lacroix Esain (Presbítero Miguel B.)

CANTO AL PORVENIR DE AMERICA

Como perla escondida
en el fondo del mar, tierra sin nombre,
entre inmensos océanos perdida,
siglos viste pasar, hasta que un hombre
llegó a tus playas para darte vida
en el mundial concierto,
y de un doce de Octubre en la mañana...
Izó Colón, el navegante experto,
ante el asombro de una tribu extraña,
junto a la Cruz, el Pabellón de España.
Ella tu Madre fué por la Bandera.
Isabel de Castilla, cual ninguna,
fué la aurora primera
que iluminó tu cuna;
¡y tú, la joya, sin igual preciosa,
de la Reina creyente y generosa!

América: mi lira
para cantar tu porvenir se inspira
en las páginas áureas de tu Historia...
Tus hazañas, tan puras y tan grandes
cual las nevadas cumbres de los Andes,
al Viejo Mundo le arrebatan gloria:

¡Desde el Norte hasta el Sur, no hay un abismo,
ni una cima, ni un valle en tus regiones
que no ostente de intrépidas legiones
un sello de heroísmo!
¡En tu seno brotó, cual lava ardiente,
pensamiento fecundo,
abarcando el inmenso Continente...!

Para que libre fueses ante el Mundo,
Washington, O'Higgins, San Martín, Belgrano,
Sucre, Artigas, Bolívar, y cien otros,
galopando en sus potros,
alzaron el Pendón Americano.
¡El Sol de Mayo fué Sol de Victoria!
Al asomar un día en el Oriente,
te vió republicana, independiente,
entre nimbos de luz y eterna gloria...
¡América esplendente:
canto tu porvenir! ¡De tu pasado
ostentas el laurel que ha colocado
la augusta Libertad sobre tu frente...!

De Portugal, de España e Inglaterra
emancipada al verte, soberanas
surgieron las repúblicas hermanas
en tu edénica tierra.
De esos tres pueblos ellas heredaron
el valor, el lenguaje, las costumbres:
y en los llanos y cumbres,
del Progreso a la vida despertaron...
¡Ellas forman tu espléndida corona,
y de un siglo al través, en su grandeza,
cada una con noble gentileza,
en tu loor himno triunfal entona...!

¿Qué puedes anhelar...? Todo lo tienes:
bajo tu hermoso cielo
ciclópeas cordilleras se levantan.
En sus nevadas sienes,
do sólo llega, en majestuoso vuelo,
el cóndor, soberano de las cumbres,
el Aconcagua y Chimborazo cantan
tu majestad, con imponentes lumbres...
Por la inmensa extensión de tus comarcas,
envidiable pensil, todas las zonas
y los climas abarcas:
Desde el fueguino al esquimal, pregonas
los tesoros magníficos que encierras
en el seno fecundo de tus tierras.
Desde el Missouri al Plata y Amazonas,
son tus verdes paisajes
de mágica belleza, encantadores;
y en el florido edén de tus boscajes,
mil alados cantores
ostentan sus bellísimos plumajes...

Fertilizan tus cuencas y llanuras,
tus montes y florestas,
de extensos ríos las corrientes puras:
do surcaban las frágiles canoas,
de palacios flotantes vense enhiestas
las formidables proas...
De Panamá el istmo que sirviera
de puente a las Américas un día,
convertido en canal, es una vía
que cruzarán, en su veloz carrera,
los gigantes del mar que Europa envía...
A tu vegetación exuberante
forman marco el Pacífico y Atlante;
y a sus puertos grandiosos,
arriban los marítimos colosos,
en mutuas comerciales transacciones:

pues eres tú también, exportadora
de productos variados y valiosos,
que brindan sin cesar tu fauna y flora...

Tus fértiles campiñas se poblaron
de gentes laboriosas;
y en tu suelo, sin par, se levantaron
ciudades populosas
que al extranjero admiración causaron...
Por arterias fluviales y carriles
unidos, tus extensos territorios
constituyen magníficos emporios:
las industrias fabriles,
las ciencias y las artes,
florecientes se ven, por todas partes...
Del pensamiento humano en los torneos,
son cátedras brillantes
tus universidades y ateneos:
¡doquier, tus hijos cantan
en la harmoniosa lengua de Cervantes
tu porvenir dichoso;
y, ante el Mundo, con júbilo, levantan
a la grandeza pedestal glorioso...!

Virgen india de ayer, de noble frente,
con penachos de plumas por corona;
hoy, augusta matrona,
tras hermoso Ideal marchas sonriente...
Pletórica de Vida,
de nobles entusiasmos rebosante,
a paso de gigante,
vas, por ruta florida,
hacia el sitial de honor, que anhelan tanto
en el mundial concierto las naciones...
¡Soberana gentil! ¡Despliega el manto
de envidiables blasones,
y escucha, entre oraciones,
en tu homenaje, de mi lira el canto...!

«¡Grande, fuerte, gloriosa!»,
América, es tu lema.
¡Tus repúblicas tejen la diadema
que ceñirá tu frente majestuosa...!
¡De las selvas indígenas la Luna,
y el Sol Americano,
que alumbraron la cuna
del azteca, del inca y araucano,
besen siempre, en tu mano,
el olivo de Paz, sin mancha alguna;
e iluminen tu senda,
para escalar la Cima del Progreso,
y de la Gloria recibir el beso,
y de la Libertad, la dulce ofrenda...!

Larriera Varela (Diego)

ZAMIRA

—¡Amame— oh, Zamira—en el Imperio
del Vino y del Amor...! La noche bruna,
como una novia palidece, en una
irradiación sublime de Misterio...!

Sara y Ofelia lloran el cauterio
voraz, de su Dolor...
A la moruna
euritmia de tu Alcázar, da la Luna
la apariencia glacial de un monasterio...

¡Soñemos, mientras ardan en la sombra
de tu alcoba nupcial, sobre la alfombra,
las mirras de tus magos pebeteros...!

¡Amemos, hasta el fin...!
Y, ya extenuados...,
¡libemos los licores no gustados,
en cálices purpúreos y hechiceros...!

LA DANZARINA

Sobre piel de brava pantera de Jonia,
la Diosa del Baile, voluble y ligera,
danza dulcemente la Danza Hechicera,
al son del egregio violín de Polonia.

Maga en esbelteces, la flexible Elonia
deshoja las flores de su cabellera;
y en su seno leve, muere prisionera,
una roja rosa de Arlem, o Bolonia...

Elonia sublime, en el cáliz de oro
ya posa su boca, que sabe el tesoro
de mieles y vinos de esencia divina...

Apenas sollozan los tiernos violines...
Perfuman los nardos y blancos jazmines
la exótica alfombra de la Danzarina...

Lavagnini (Juan Pablo)

AURORA DE ENERO

Filtrando por el lienzo azul de la alborada
la luz del sol de Enero, radiante y nacarada
decora los frondajes del bosque secular.
Se alegran las florestas con cánticos sonoros,
y el matinal reflejo de fulgurantes oros
desgrana una cascada de luz en el pinar.

Llenándose de voces las lomas y bajíos,
cargándose de espumas los lagos y los ríos,
se hermanan en un íntimo coloquio de placer;
y entonces, es la orquesta de nobles soberanas
que vibra triunfadora, con dulces filigranas
de cítaras pulsadas por manos de mujer.

Teclado son las palmas, de un piano resonante,
por donde cruza el aura, pausada y murmurante,
cantando las estrofas del himno matinal;
y el eco de mil voces, mezclándose, se aleja
perdiéndose en la altura, lo mismo que una queja
que exhala, enamorada, el alma virginal...

Al pie de los montículos se abrazan amorosas
las lianas, las anémonas, las dalias y las rosas,
abriendo sus capullos al beso de la luz;
y en copas de esmeralda, los dioses de la fronda,
libando dulce néctar, se embriagan en la onda
que gime perfumada, sutil, en el saúz...

La niebla agita el manto de sus flotantes tules
y deja en cada rama, coqueta, los azules
girones de sus gasas que hiere luego el sol;
y, orlando las más altas diademas del boscaje,
se adueña, triunfadora, del cielo y del paisaje,
fundiéndose en el rojo rubí del arrebol.

La fiesta de la aurora, se inicia entre primores:
no hay copa sin murmullos, ni lagos sin colores,
ni valle que no tenga rocío en cada flor...
Más puro que los castos idilios medioevales,
el campo ofrenda el mágico tesoro de sus chales...
¡La Tierra es una novia, y el alba es el Amor!

Lujambio de Mecías (María J.)

AL DOLOR

¿Quién esquiva los bárbaros hachazos
de tu mano inflexible...? ¡Oh, Soberano:
dueño y señor del corazón humano,
su ilusión más querida haces pedazos...!

¿Quién puede contra ti? ¿Quién de tus brazos
resiste la presión, fiero tirano...?
¡Oh, Dolor: yo también sé que es en vano
luchar contra el poder de tus zarpazos!

...Y yo te llevo aquí, dentro del alma,
donde jamás de atormentarme deja
tu impiedad, que mató mi fe y mi calma;

¡yo, que amando en silencio, hasta el delirio...,
ni aun el triste consuelo de la queja,
tengo, en medio de mi áspero martirio!

Magri (Valeriano)

CUANDO YO SEA ACADEMICO...

Respondiendo a mi lema: «Vivir sin viejas formas»,
ajustaré los textos a un estilo moderno,
—en el que no hay un fin mezquino o subalterno—
y esbozo aquí una parte de mis grandes reformas:

Se escriben con minúscula: todos los prosaísmos
verbi-gracia: política, zapatos, calles, hormas:
también van con minúscula: los refranes, las normas
vulgares que blasonan de grandes aforismos.

Se escriben con mayúscula: los nombres de poetas,
los de aquéllos que sueñen con gentiles Julietas
que en las noches de luna conceden dulces citas;

todo lo que se forme de seda, sol y rosa;
lo que librado se haya de la «mezquina prosa»,
¡y los nombres de todas las mujeres bonitas!

Manacorda (Telmo)

EN ACCION DE GRACIAS

Por toda la Belleza de las cosas
y toda la Alegría de la Vida;
por el Supremo Amor;
por toda la blancura de las rosas
y toda la Harmonía bendecida,
¡muchas gracias, Señor!

Por todos los azules de los Cielos
y todas las tristezas olvidadas
del pobre Soñador;
por todos los pasados desconsuelos
y todas las canciones malogradas,
¡muchas gracias, Señor!

Por todas las celestes margaritas
y todas las tremantes oraciones
del presente mejor;
por todas las quimeras infinitas
y todas las posibles devociones,
¡muchas gracias, Señor!

Por todas las gloriosas primaveras
y todos los palacios encantados
que ignoran el Dolor;
por todas las solares cancioneras
y todos los crepúsculos dorados,
¡muchas gracias, Señor!

Por toda la Belleza y la Alegría;
por toda la Bohemia y el Amor;
por toda la Esperanza y la Poesía,
—por toda la Esperanza, todavía...,—
¡muchas gracias, Señor!

Mestre de Silva (Concepción)

EL PENSAMIENTO

(FRAGMENTO)

En la orilla del mar, suave murmullo,
como aleteo de estrellas, que a porfía
en el profundo azul brillan un punto
en la noche sombría,
o cual susurro de ondas misteriosas,
se escucha en el instante: vaporosas
nereïdas, ondinas y sirenas
se asoman a la tersa superficie,
sonriendo de alegría:
y las ondas serenas
suspenden su canción, borran su espuma;
la nube vagarosa, se detiene
en el espacio azul del firmamento,
deshaciéndose en bruma;
y, desde las alturas donde tiene
su morada de luz, en suave aliento
a escuchar su murmullo viene el viento:

«Soy el rayo de luz resplandeciente
de la razón humana:
el «fiat», pronunciado en la temprana
edad de la Natura omnipotente,
cuando un soplo de Vida
agitó a la Creación, inanimada
mezcla de luz y sombra, confundida
en el oscuro abismo de la mente...
Libre, cual cóndor en la enhiesta cumbre,
como el águila audaz, mi vuelo nada
podrá en el mundo detener. La lumbre
de mi rayo ligero
el éter ilumina y el abismo.
Para mí, no hay tiranos ni opresores,
ni cadenas pesadas que me liguen:
es mío el mundo entero:
mis alas son de etéreos resplandores,
es mi morada—mi imperial palacio—
el cráneo humano, de infinito espacio,
y es mi corcel el aire pasajero.»

Miláns (Alcides)

EL RETO

Como rendido os ama, Doña Elisa,
mi ardiente corazón enamorado,
saber quisiera si hay algún osado
rival que baje a una galante liza.

Y siendo vuestro nombre mi divisa,
a mi filosa espada lo he confiado;
porque mi espada nunca ha rechazado
la guarda de una bella Monna Lisa.

Por eso, pues, que tome el contrincante
este soneto, como un blanco guante
que a su rostro le arroja un caballero:

¡que, si no se desdice de su casta,
con este reto, mi señora, basta
para que saque a fulgurar su acero!

MI BURGUESITA

Yo tengo una burguesita
tan frágil y tan bonita,
como fina figurita
de Boticelli o Doré;
burguesita a quien brindé
la flor de mi corazón
—flor que es el rojo florón
de mi lírico blasón—.

Tiene unos ojos serranos,
suave tez y blancas manos
que más parecen galanos
piropos de un madrigal.
Es joven y espiritual
y es tan jovial y graciosa,
que más parece una rosa
fresca, pura y olorosa.

Cuando camina, su pie,
más que andar, parece que
diera pasos de minué,
por lo leve y lo sutil.
Su voz, es voz de marfil;
y, completando el encanto,
su palabra es como un canto
que arrullara mi quebranto.

Es la gatita mirrina,
o, más bien, la figulina
de la novela hialina
de mi aventura de Amor.

La que brinda al soñador
Rey Mago de mi lirismo;
la mirra de su erotismo
y el clavel de su idealismo.

¡Mi burguesita! Mi buena,
mi ensoñadora sirena
que en el jardín de mi Pena
pasea su ensoñación...
¡Burguesita, que es canción,
que es flor, es ave y estrella,
y en cuya frente destella
el Ensueño su luz bella...!

Morador (Federico)

EL CHISME

¡Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo sabe!
Nos oyó una niñita; se lo dijo a su madre...
Cuando nos dimos cuenta, ya era tarde, muy tarde...
Todas las campanitas del pueblo lo decían
con palabras cobardes.

La imprudencia consiste en no haber ocultado
las miradas que abrieron las rosas de la carne...

¡Vamos corriendo, vamos a decirle a la Virgen,
—que por algo Ella es Madre—
si nos podría hacer la gracia de ocultarnos
a todas las miradas, en la calle...!

DESTINO

Todavía era el lírico reinado del gran Hugo.
Junto al robusto tronco, era de verse cómo
nacían los poetas, espontáneos, ingenuos
e iguales ante Dios, como nacen los hongos.

En las antologías, un bisabuelo mío
que está inscrito en Marsella: Monsieur Joseph Autran,
expone sus poesías infladas y tremendas,
con algo de oratorio y de sacramental.

Era un gran navegante, era un poco hugonote,
se dejaba decir «el Poeta del Mar»...
—¡Oh, bisabuelo mío: tal como yo te veo,
en las antologías mis nietos me verán.

Y dirán: «Este fué el señor Federico
Morador, el poeta, aquel loco de atar».
Y es posible que alguno, destinado, se atreva:
«¡Quién fuese aventurero, medio loco y poeta,
como era aquel viejito abuelo de papá!»

Onetti (Carlos María)

STELLA MATUTINA

¡Cuando se encuentra el alma obscurecida
por la tristeza o la melancolía,
si levanto los ojos y te encuentro,
todo se va, Stella Matutina!

¡Cuando se encuentra el alma desbordante
por infernal o báquica alegría,
si levanto los ojos y te encuentro,
todo se va, Stella Matutina!

¡Eres reposo entre el fulgor que hiere;
en la negra caverna, llama viva:
detrás de tus destellos eucarísticos,
todo se va, Stella Matutina!

Parodi Uriarte (Esther R.)

LOS OJOS DE MI NOVIO

Hay en ellos ternuras y pasiones,
no hay nada más hermoso ni más santo:
¡los ojos de mi novio brillan tanto...,
cual un incendio cruel de corazones!

En ellos, penas y tristeza agobio;
en ellos cifro toda mi alegría:
¡porque, aun siendo de noche, canta el día
en los divinos ojos de mi novio!

¡Con ellos canto, río, lucho y sueño;
ante ellos me he inclinado, reverente;
no he visto sol más claro, más ardiente
que los divinos ojos de mi dueño!

¡Quiero alejar de mi alma todo oprobio;
trocar sombras de duelos y tristezas,
por promesas de luz...—dulces promesas
que me ofrecen los ojos de mi novio—!

LA CRUZ...

¡Deja vendar tus ojos...! No verá los pantanos
aquél que ciego ascienda la cuesta de la Vida;
en tinieblas, no puedes presentir la caída...
¡Será más llevadera la cruz, a cuatro manos!

¡Deja vendar tus ojos...! Vigilaré tus pasos;
yo soy el fuerte roble. ¡Apóyate, no temas!
No me quiebran los vientos de duros anatemas...
¡Será más llevadera la cruz, a cuatro brazos!

La Vida es cruenta lucha... ¡Deja caer la venda...!
En la cima más alta, puedes armar tu tienda...
No sueñes con placeres, ni sueñes con agravios...

Y peregrinaremos... Para evitar tropiezos,
sacude las sandalias; después, dame tus besos...
¡Será más llevadera la Vida, a cuatro labios...!

Paseyro (Ricardo)

EL TRIUNFO DEL MAL

La realidad del mundo es la inconsciencia;
el engaño, lo real y lo más cierto;
es pompa de jabón nuestra existencia,
y el alma buena un ataúd abierto...

En el mundo, es el Mal el Rey del Todo;
la Virtud y el Deber dan pesadumbre;
el alma buena se hundirá en el lodo,
y el alma abyecta trepará á la cumbre...

¡También en el Amor hay mal confeso:
si miente el corazón, que el labio no hable;
el cariño es ficción; cicuta, el beso,
y el juramento maldición amable!

Pereda Valdés (Ildefonso)

CIELO DE MAYO

I

Cielos azules y campos verdes,
nubes rosadas, y en los trigales
las amapolas.

El agua es clara; el viento es leve;
hay mariposas; en los manzanos,
pájaros verdes.

La fruta cuelga, madura y fresca;
y las abejas en los panales
revolotean...

El Sol es fuerte; la Vida es buena;
todos trabajan... Sólo mi alma
vagabundea...

II

Frente al mar apacible, mi alma se desnuda...
Yo la veo de miedo y de piedad temblar:
porque nunca he sentido la pequeñez humana
de un modo tan preciso, como frente a la mar...

Las olas voluptuosas, quieren robarme el alma,
y llevarla de arrastro, quién sabe a qué lugar...
(Como mi pobre alma es un alma viajera,
gustoso aceptaría la invitación del mar.)

Pereira Rodríguez (José)

EL MADRIGAL IMPOSIBLE

Mi corazón anhela decirte un madrigal,
todo triste y süave, todo sentimental;

pero el caer del agua, la tristeza del día,
este romanticismo y esta melancolía

detienen las estrofas, hieren el corazón
y hacen brotar la pena de mi desolación...

Aunque todo es prosaico esto que me rodea,
espero con anhelo que se acerque la Idea

para dictarme versos musicales y extraños
en que rían y canten nuestros primeros años...

Recuerdo nuestros días infantiles, y quiero
derramar mis dolores en un llanto sincero...

Se detiene temblando todo mi pensamiento
a escuchar el murmullo resonante del viento,

y mis ojos, en vano, buscan la golondrina
que debiera traerme una carta divina...

Mas esta lluvia lenta tiene un sonar tan suave...
Y luego, esa campana, severamente grave,

que, tarde a tarde, canta su vibrante cantar,
en medio de esta calma ha empezado a sonar.

Como siempre, me deja la tristeza lejana
de no estar cerca tuyo, ¡oh, Romántica Hermana...!

...El corazón quería decirte un madrigal,
todo triste y süave, todo sentimental;

¡pero el caer del agua, la tristeza del día,
este romanticismo y esta melancolía

detuvieron los versos, hiriendo el corazón,
que sangró, lentamente, su sangre de Ilusión...!

Pizarro (Domingo L.)

MIS LIBROS

¡Cuánto tiempo, cuánto tiempo que a mis ojos nada [dicen
esas hojas, hoy cubiertas de indecisa palidez!
Al tocarlas, desde el alma mis ensueños las bendicen,
porque fueron los motivos de su célica embriaguez...

Ya los rasgos de sus letras se borraron tristemente,
como Hadas caprichosas, aburridas de mi afán...
¡Mas sus besos prodigiosos, recogidos por mi mente,
son cautivos adorados, y jamás escaparán...!

¡Oh, mis libros, compañeros que en la era venturosa
ofrecíanme su aliento de sublime inspiración...!
¡Son voceros de una nueva Religión extra-gloriosa,
que despierta en lo infinito de mi enfermo corazón!

Pollo Darraque (Ricardo)

SALMO A LA VIDA

¡Qué ganas de vivir...! ¡Cuánta ternura!
¡Qué dulce ensoñación, sacra y bendita!
¡Cómo entona sus himnos la ventura!
¡Cuánto azul en la bóveda infinita...!

¡Qué dulce placidez, qué grata calma;
qué tiernas y harmoniosas sensaciones...!
¡Oh, qué dulce y qué bello es tener alma,
y en la mente sagradas ilusiones...!

¡Qué hermosa es la esperanza...! ¡Qué sentida
el ansia de vivir, que rumorea...!
¡Qué bella y qué graciosa es la Vida;
qué grande y qué sublime es la Idea...!

¡Cómo encanta acuciar el pensamiento;
cuánta dicha pensando el ser alcanza...!
¡No se puede albergar un sufrimiento,
mientras pueda evocarse una esperanza!

¡Qué injusto es acusar a la existencia,
cuando hay canciones, risas, frutos, flores...,
cuando hay sueños que pueblan la conciencia,
y hay mujeres y pájaros y amores...!

¡Cuando hay auras, colinas y torrentes
y selvas, y en las selvas muchos nidos...!
¡Cuando en frutos estallan las simientes,
y el corazón arrulla con latidos...!

¡Qué injusto es acusar a la existencia!
Nada son el pesar y el sufrimiento,
cuando, sobre ellos, fulge en la conciencia
un iris eternal: el Pensamiento...

¿Para qué, gestar nada en las maldades?
Las penas deben ser siervas sumisas...
¡Todo mal, se combate con bondades;
todo bien, se hace eterno con sonrisas...!

¡La Vida siempre al Bien un salmo entona:
cobarde es quien del Mal no sabe hurtarse:
hay más Vida en quien ríe, en quien perdona,
que en aquél que alza el puño por vengarse...!

Cuando en lugar de flores, hay abrojos;
cuando al Bien le suceden los agravios,
al contraer, para llorar, los ojos,
¡distendamos la risa entre los labios...!

¡La Vida es bella; es grato su miraje;
hagamos que su Amor al ser envuelva:
de joven, con las tintas del paisaje;
de viejo, con las galas de la selva...!

—¡Oh, qué gratos son, Vida, tus consuelos,
con tus risas, tus cantos, tus placeres,
con tu Sol, con tu Luna, con tus Cielos
con tu Amor, con tu Ensueño y tus mujeres...!

¡Oh, santa, maternal, sagrada Vida,
que todo lo fecundas y lo creas:
sólo en ti, lo sublime y grande anida...!
¡Vida, Madre Inmortal; bendita seas...!

Ramírez Noblia (Solano)

MI DIVISA

Es preciso luchar para ser hombre
y ennoblecer la condición humana:
¡éste es el solo y eternal renombre
que laureará los genios del mañana!

¿La forma de ser hombre? Emanciparse,
hasta hacerse en sí mismo soberano;
¡y, solo y sin ayudas, levantarse
hasta tocar el cielo con la mano!

De todas las humanas ambiciones,
debe ser ésa la ambición más santa;
¡nadie ostenta más límpidos blasones
que el que a su propio esfuerzo se levanta!

Yo bien sé que en las zarzas del camino
se deja lo mejor de la existencia,
y que hay en las traiciones del Destino
no sé qué loca y ciega persistencia;

y, cual sin tregua la carcoma lidia
para horadar el corazón del roble,
así trabaja la feroz Envidia
por lapidar la aspiración más noble...

¡Empero, es menester alzar la frente,
y con el fuego de la propia idea
provocar la vorágine potente
que las tinieblas del error clarea!

¡Nunca el dogal de torpe conveniencia
ni el furibundo «¡ahú!» de los perversos
acallarán la férvida vehemencia
del toque de «¡Adelante!» de mis versos!

Y ora cayendo, luego levantando,
sin, ni un instante, rehuír la liza,
¡iré hasta el fin, mis sueños tremolando:
que «¡Siempre hacia adelante!», es mi divisa...!

Rodríguez Pintos (Carlos)

SI YO FUERA UN GRANITO DE ARENA...

Si yo fuera un granito de arena,
menudito y dorado,
pediríale al viento
me llevara cargado.

Entraría travieso en tu casa,
y en el hueco mullido
de tu almohada de pluma,
me estaría escondido.

Y sería chiquito..., chiquito...
Y te oiría rezar en voz baja:
«—¡Por mi pobre Poeta, Dios mío,
que está tan solito!»

A mi playa vestida de sol, volvería,
bobo de alegría...

Y al mirarme brillar en la orilla,
se diría la gente ignorante:
«¿Qué tendrá aquel granito de arena,
que parece un diamante?»

Segundo (José P.)

ESTOY TRISTE

Hoy, no quiero que nadie me vea, ni me hable...
Estoy triste... Sin tregua, parece atroz la lidia
de cada día... Ahora, me siento miserable:
¡y todo, hueco y vano a mis ojos, fastidia...!

¡Déjame! ¡Vete pronto! El alma que despierta,
se ha hallado para siempre sin órbita ni centro...
¡Déjame solo, solo...! Voy a cerrar mi puerta,
para que nadie sepa lo que sucede dentro.

Con los ojos en lágrimas, no podré contemplarte...
Es una cosa inútil, pugnar por la victoria;
y, a pesar de mi amor por tu vida y el Arte,
hoy, sé que es vano sueño el mismo de la Gloria!

Antes, te amaba: es cierto. Y he comprendido el dolo
falaz de la existencia... Mi vida, que hoy se trunca,
se hace pesada y triste... ¡Quiero quedarme solo,
y que suponga el mundo que no he existido nunca!

De todo el bien humano, trivial, hago renuncia...
Soy un extraño. Acaso parezca un fratricida:
¡y es que una voz, solemne y grave, al fin me anuncia
la irremisible y torpe derrota de la Vida...!

Supparo (Atilio)

A MI MADRE

El hierro—tú lo sabes—se enrojece
y se ablanda al calor que da la fragua;
el agua le da temple y lo endurece...
Hierro blando fuí yo, tú fuiste el agua.

EL HORNERO

Engarzado en la horqueta de una rama
que en línea horizontal se balancea,
el nido de un hornero jinetea,
seguro del poder de su amalgama.

Sobre él, en actitud del que declama
un himno de victoria en la pelea,
ríe su constructor, grita, aletea,
toreando al vendaval que silba y brama...

Fué ese nido, quizás, tosco modelo
de los ranchos que alzaron los paisanos
sobre las verdes lomas de este suelo.

Ese noble arquitecto que no yerra,
es el pico más hábil de los llanos,
el pájaro más gaucho de mi tierra...

Teysera (Faustino M.)

DEFINICION

—¿Sabes, ¡oh dulce amigo!, qué es un poeta?,
ella me preguntó;
la miré fijamente, y le repuse:
—Un mago artista, un visionario, un dios,
que concibe como Arte la Belleza,
que descubre otro Mundo en el Amor,
y sabe que es el Hombre
la estrofa más genial de la Creación;
un loco, para muchos badulaques,
y para la mujer un soñador...
Poetas son aquéllos
que viven como yo:
¡soñando con la gloria de los besos
de tus labios ardientes de pasión...!

Trías Dupré (Emilio)

FLOR DE SANTIDAD

¡Sed paciente y perdonad,
si arrogante aquí, señora,
un bardo, que canta y llora,
a vuestro encanto desflora
esta flor de Santidad!

Es sin aroma la flor:
que mal cuadra a un amador
ofrendaros, Teodolinda,
una rosa de Dolor,
si sois una rosa linda...

Flor que nació con la Luna,
en un rincón de la aldea...
¡Santa flor de mi fortuna,
que es, a veces, flor de idea,
y a veces, canción de cuna...!

¡Tolerad, si mi rosal
pleno de rosas se agobia,
y olvidado, un madrigal,
os lo deja en el misal
de vuestro ensueño de novia!

¡TODO ES UN SUEÑO...!

La pauta que persigo,
la forma que acaricio, ¿en dónde está...?
¿De dónde viene el verso que te digo
—que en mí naciera, y que de mí se va—...?

Este constante anhelo
de un sueño eterno y de un nervioso afán;
las ansias de la carne, y hasta el vuelo
del ánimo contrito, ¿adónde van...?

¡Todo es un sueño; todo
un sueño es, para vivir veloz:
vivir, para soñar...! (Y de ese modo,
pasa la Vida, hasta volver a Dios.)

Vázquez Ledesma (Froilán)

EL HIJO

¡Ser que en mi ser palpitas: no reclames
tu derecho a nacer...! ¡Soy inclemente;
no me acuses, ni vejes, ni me infames:
debes morir en tu nativa fuente!

¡No quiero prolongar con mi simiente
el Dolor que hay en mí...! ¡Calla! ¡No clames
por tu venida al mundo...! Indiferente
me mostraré a los fueros que proclames...

¿Que soy un criminal, dices...? ¡No es cierto!
Lo sería, si hiciera descendencia
de mi vida, que no halla el santo puerto

de su liberación... ¡Y mi conciencia
me grita que te trate como a un muerto:
y yo entierro tu afán, con mi inclemencia!

A MI MADRE

En el día de su cumpleaños.

¡Es otro año de vida, que en tu frente ha pasado
como un laurel de Gloria que la Virtud te ofrenda...!
Como otras veces, Madre, hoy no estaré a tu lado,
ni alegre y satisfecho penetraré en tu tienda...

¡Por defender tus canas, tu honradez, y tu aureola
de santidad materna, y el honor ofendido
de las mujeres todas, una condena inmola
mi afán de saludarte en el hogar querido!

...Pero, ¡no importa! Es libre mi filial sentimiento...
¡Mi cuerpo se encadena; pero no, mi conciencia:
hoy, estaré contigo, con todo el pensamiento
—yo, orgulloso de tu alma; tú, de mi independencia—!

¡Desde la celda triste de mi prisión honrada,
—que los canallas temen, y los cobardes huyen,—
va hasta ti mi recuerdo, como ofrenda sagrada,
y los ríos de afectos que de mi vida fluyen...!

Viaña (José)

DE RODILLAS

Suave forma que cruzas por mi vida,
como el alma errabunda de un ensueño;
adorable quimera, con que sueño
en noches de ignorado padecer:
¡fija tus ojos en los ojos míos
por devolverme la perdida calma,
y alumbra las tinieblas en que el alma
implora de rodillas tu querer!

Sufre calladamente su tristeza
el corazón, latido por latido,
y ya es hora que sepas que he vivido
muriendo desde el día que te vi;
¡no esquives, pues, la luz de mi mirada;
sé más dulce, más buena y compasiva:
que yo sabré quererte mientras viva,
con toda la ternura que hay en mí!

Mis penas—taciturnas mariposas—
agrúpanse a la luz de tu recuerdo,
mientras, llorando mi dolor, me pierdo
en la región incierta de la fe.
¡Siempre, siempre buscando tu mirada,
he de seguir las huellas de tu paso...,
y de mi triste vida en el ocaso,
bendiciendo tu nombre, moriré!

¡Y aun después que mi vida haya cruzado
el umbral de la Muerte que la espera,
tras el breve pasaje por la esfera
de este mundo sin luces ni arrebol,
flotará de tu ser en lo más hondo
la vibración de mi doliente queja,
como el destello que en la tarde deja
después de hundirse en Occidente, el Sol!

...Porque tienes: del canto, la harmonía;
de la luz, la inefable transparencia;
de la Santa Madonna, la clemencia;
la dulzura del niño que se fué...
Eres como la luz que en la pupila
queda grabada con destellos rojos,
y, aunque se cierren a la luz los ojos,
en la penumbra cintilar se ve...

Yo vi, un día, tu imagen soñadora,
y en el alma quedóse prisionera
cual una inmaculada ave parlera
que inunda con sus trinos mi pasión.
Pero, ¿qué importa que en el pecho vibre
la lírica efusión de su garganta,
si, por desdicha mía, sólo canta
a expensas del enfermo corazón...?

Tú no sabes que sufro lo indecible,
y a vivir como un paria me condenas:
todas mis alegrías enajenas;
ya, ni tengo el derecho de vivir;
¡que no es vida, la vida que soporto
en esta proscripción desventurada...!
¡Ilumine la luz de tu mirada,
la horrible lobreguez del porvenir...!

Villagrán Bustamante (Eugenio)

LO QUE SOÑE

Sobre tu pecho palpitante y terso,
mi cabeza cansada...
Y tus manos divinas, como lirios,
tan breves y tan blancas,
posándose en mis sienes, suavemente,
como en los cuentos de hadas...

Esto, anoche soñé... ¡Qué dulce sueño!
¡Cómo me acariciabas...!
¡Hubiera deseado, para siempre,
—para siempre, mi Amada,—
quedar dormido, en este sueño blanco,
blanco..., igual que tu alma...!

Zorrilla de San Martín (Antonio)

EL CORPORAL VELERO

El alma humana vive desterrada
mientras el cuerpo la mantiene asida.
La lucha entre ambos forma nuestra vida:
vencido el cuerpo, el alma está salvada.

Pero cuesta vencer. La Luz amada
que iluminó la senda en la partida,
se apaga, a veces, en dolor sumida,
dejando al alma ciega y desolada...

¡Dichoso el que, rompiendo los cerrojos
de la humana prisión, pone sus ojos
fuera del hosco y mundanal desierto:

porque, si fué su cuerpo carcelero,
la Caridad lo trocará en velero
que el viento de la Fe llevará al Puerto!

¡NO TE APENES, VIAJERO...!

¡No te apenes, Viajero, si el camino que miras
perderse en la distancia, lleno de sombra está...!
¡No te quejes, si hay zarzas que las uñas te clavan...!
¡No llores, si la noche te muestra obscuridad...!

¡Ten Fe...! La Fe es un faro que alienta al caminante..
¡Ten Paciencia...! La aurora pronto despertará...
La Fe te dará lumbre; el Amor, Esperanza...
Si llevas esas luces como faros del alma,
hallarás que las sombras se disipan, y, en calma,
seguirás, sin tropiezos, tu camino invernal...

¿No ves que si los fríos del Invierno arrebatan
las hojas enfermizas que arrastra el vendaval,
renacen cuando llega cantando Primavera?
¿No sientes que, sin sombras, no hay ensueño auroral...

¡Alúmbrete en la noche tu misma Fe...! ¡No dudes
¡Mira siempre adelante: no vaciles, jamás...!
Y sabe, buen Viajero, que, si hay noche sombría,
si hay zarzas que te hieren, si hay niebla que porfía
por detener el curso de tu felicidad...,
¡hay, también, alborada que te anuncia el buen día
y luz que te encamina hacia la Eternidad...!

¡Aviva con plegarias tu Fe, que es un escudo...!
¡Lleva un fuerte cayado de Paciencia...! Verás
que, si asciendes con alma de Sacrificio, en pos
de un Bien Eterno, hollando tu sendero porfiado,
¡hallarás en la cumbre tu esfuerzo coronado
por la Gloria Infinita del abrazo de Dios!

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

Págs.

ADVERTENCIAS AL LECTOR. 7
AGUIRREZÁBAL (PABLO)
Corazón. 9
Con la Luna.—La Cita Misteriosa. 10
AGUSTINI (DELMIRA)
Plegaria. 11
Exégesis. 13
La Ruptura.—Las Alas. 14
El Cisne. 15
La Siembra. 17
La Estatua. 18
Explosión.—Hacia la Primavera. 19
ANTUÑA (JOSÉ G.)
Responso Pagano, a Rubén Darío. 20
ARTUCIO FERREIRA (ANTONIA)
Blanca torre de quimeras. 24
Bacante. 25
Joyas falsas. 26
Vidas hermanas. 28
Amanecer otoñal. 29
¡Camino de la estación... 30
BARREIRO (SEGUNDO)
Alma. 31
Jardines en la noche. 33
BAS Y PI (R.)
Epístola, a Manuel Benavente. 35
A la Impura. 37

Págs.

Trovas Dolientes.—Vieja Canción. 38
BENAVENTE (MANUEL)
Ruego. 40
Canciones Maternales. 41
El Dolor. 43
La Carreta.—Atardecer. 45
Julia, «La Melancólica». 46
BIANCHI (ENRIQUE)
La Hora Unciosa. 48
El Esfuerzo. 49
CAMPOS (ERNESTO DE LOS)
Oraciones a mi Amada. 50
CASARAVILLA LEMOS (ENRIQUE)
La Definitiva Confianza. 55
La Existencia. 56
Pan de Amor y de Bien. 57
CAVIGLIA (BUENAVENTURA)
Mirín. 58
COSME (BERNABÉ)
Páginas Intimas. 59
CASAL (JULIO J.)
Nuestras horas. 62
Después... 63
La Rama. 64
Precepto Literario.—La Mujer Gris. 65
CASTRO (MANUEL DE)
Divinidad. 67
Isis. 68
DELGADO (JOSÉ MARÍA)
El primer beso. 69
La Muerte de Isolda. 70
FALCO (ANGEL)
La Lucha. 72
Madrigales. 73
Pascuas Paganas. 74
A España. 75
La Leyenda del Patriarca. 78
FERNÁNDEZ RIOS (OVIDIO)
«Así hablaba Zarathustra...» 89
Las tres Virtudes. 90
El amor a lo sencillo.—La Gloria 91
El Poema del Invierno. 92
Lacrimæ. 94

Págs.

FRANCHI (ALFREDO C.)
Vanidad de vanidades. 96
Momento. 98
GAMBA (CARLOS T.)
Hacia el Abismo. 99
Castillos en el aire. 100
GARET Y MAS (JULIO)
El Angel Bueno. 102
Evangelio Divino. 103
GENTA (EDGARDO UBALDO)
Mi Verdad. 104
Primavera.—¡Somos Hermanos...! 105
HERRERA (ERNESTO)
Y dijo el Cóndor... 107
Invernal. 108
Himno a la Juventud. 110
IBARBOUROU (JUANA DE)
El Sendero Nuevo. 113
El Nido. 114
Raíz salvaje. 115
La Hora. 116
Rebelde.—Vida Garfio. 117
IZCUA BARBAT DE MUÑOZ XIMÉNEZ (MARÍA CARMEN)
La Estatua. 119
Primavera. 120
Si yo tuviera alas... 121
LASPLACES (ALBERTO)
Mi Filosofía. 122
Pasan... 123
LENCI (CARLOS CÉSAR)
Silencios. 124
Gitanería. 125
LERENA ACEVEDO (ANDRÉS HÉCTOR)
No me mires así... 126
Abre bien la ventana.—¡Señor! Cuida por ella.. 127
Como los pájaros... 128
LUISI (LUISA)
Paz. 129
Tarde de Otoño y de Domingo.—Inquietud. . . 131
MARTÍNEZ (ALFREDO E.)
El Mar. 134
Mi corazón. 137
Cantinela. 138

Págs.

MENDILAHARSÚ (JULIO RAÚL)
Aix de Provenza. 139
Romántica. 141
Al Frío. 143
MENÉNDEZ (MARIO)
Deseo Lírico. 145
Frente a un búcaro. 146
MONEGAL (CASIANO)
¡Y en mis manos lo ahogaré.... 147
La Nueva Raza. 148
MONTIEL BALLESTEROS (ADOLFO)
Por la espina en la sien... 151
Mañana del Parque. 152
Matinal. 153
La Despedida. 154
MORATORIO (OROSMÁN)
Rocinante. 158
En el doliente adiós... 159
NÉBEL ALVAREZ (MIGUEL)
Exhortos. 161
Nocturno. 162
ONETTI LIMA (LUIS)
Pétalos. 164
OLIVER (JUAN MARÍA) (hijo)
Vidas hermanas. 167
¡Hágase tu Voluntad...! 169
Ese es el mal de mi vida... 170
ORIBE (EMILIO)
Campo. 172
Vaso de cristal. 174
La Amatista. 175
El Nadador. 176
PARRA Y FREIRE (HÉCTOR)
Regreso. 178
Tienes ojos profundos... 179
Tu Llanto. 180
PERIS Y CURIS (MANUEL)
Diálogo. 181
Pasional. 183
¡Sé siempre así...!—La Golondrina. 184
Mi Tarde. 185
PÉREZ PETIT (VÍCTOR)
Visión Mitológica. 186

Págs.

Pastoral. 187
RODÓ (JOSÉ ENRIQUE)
La Prensa. 191
Al Noble Señor D. Carlos Reyles. 194
A... 195
RODRÍGUEZ (YAMANDÚ)
El Mensaje de América. 196
RODRÍGUEZ FABREGAT (ENRIQUE)
La Ronda. 201
ROXLO (ARMANDO VÍCTOR)
Carnavalesca. 203
SUPERVIELLE (JULES)
Tu sonrisa clara... 206
SÁBAT ERCASTY (CARLOS)
La Hora Solitaria. 208
Invocación a la Luz de la Estrella. 210
SCHÍNCA (FRANCISCO ALBERTO)
Alegoría 212
Alma que fué... 213
De «La Aldea Soñada». 214
SILVA (ARTURO S.)
Viaje. 216
SIMOIS (MELITÓN J.)
Así fué. 219
Sonetino.—Cual un vulgar ladrón... 220
¡Oh, Corazón, escucha...! 221
SILVA VALDÉS (FERNÁN)
El Cisne Negro. 222
TORRES GUÍNART (LUIS)
¡Gracias, Señor...! 224
Misterio. 225
TRELLES (JOSÉ .)—«El Viejo Pancho»
Tristezas. 227
Cosas de Viejo. 228
La Güeya. 230
VADELL (NATALIO ABEL)
Mi Capa. 232
En la Lucha. 233
Cristiana. 234
VALLEJO (CARLOS MARÍA DEL)
Alma de España. 235
Dualidad. 236

Págs.

VICENS THIEVENT (LORENZO)
Soledad Emotiva. 237
Amor Distante. 238
ZUM FELDE (ALBERTO)
El Solitario llama... 240
Sisifo.—Elegía Heroica. 241

SEGUNDA PARTE

ADVERTENCIAS. 247
ACOSTA Y LARA (FEDERICO)
Floreal. 249
AMORIN (ENRIQUE M.)
Misterio. 251
BASTITTA (JOSÉ PEDRO)
La Caperucita. 252
BERNARDEZ (JUAN CARLOS)
El Hombre Primitivo. 253
BERTA FERNÁNDEZ (VIRGILIO)
Auto-bosquejo. 254
CORTINAS (ISMAEL)
Aspiración. 256
CASAS ARAÚJO (JULIO)
Vieja Casa... 257
CANDIA (ROMEO DE)
Visión. 258
DAVERIO (LAYLY)
Loto. 261
Impulso. 262
DEZA (JUSTO)
Mi Temprana Vejez. 263
Las Alas del Anhelo... 264
EGUIA PUENTES (RICARDO)
¡Sólo tu corazón...! 265
¡Sí...! Me comparo con el flete... 266
FERREIRA (ROSENDO)
Rimas. 267
FERNÁNDEZ OTELO (J.)
Del Pasado... 269
FERREIRO (JOSÉ M.)
Papeles viejos. 271
FIGUEIRA (GASTÓN)
Canción de Noviembre. 272

Págs.

GALICCHIO (DOMINGO)
El Deseo. 273
Carcelera Gentil. 274
GALLINAL (GUSTAVO G.)
Fuente Escondida. 275
La Muerte de Héctor. 276
GÓMEZ HAEDO (EDUARDO)
Los Ombúes de «El Talar». 277
GUTIÉRREZ (CÉSAR MAYO)
Incitación. 280
LACROIX ESAIN (PRESBÍTERO MIGUEL B.)
Canto al Porvenir de América. 282
LARRIERA VARELA (DIEGO)
Zamira. 287
La Danzarina. 288
LAVAGNINI (JUAN PABLO)
Aurora de Enero. 289
LUJAMBIO DE MECÍAS (MARÍA J.)
Al Dolor. 291
MAGRI (VALERIANO)
Cuando yo sea Académico... 292
MANACORDA (TELMO)
En Acción de Gracias. 293
MESTRE DE SILVA (CONCEPCIÓN)
El Pensamiento. 295
MILÁNS (ALCIDES)
El Reto. 297
Mi Burguesita. 298
MORADOR (FEDERICO)
El Chisme. 300
Destino. 301
ONETTI (CARLOS MARÍA)
Stella Matutina. 302
PARODI URIARTE (ESTHER R.)
Los Ojos de mi Novio. 303
La Cruz... 304
PASEYRO (RICARDO)
El Triunfo del Mal. 305
PEREDA VALDÉS (ILDEFONSO)
Cielo de Mayo. 306
PEREIRA RODRÍGUEZ (JOSÉ)
El Madrigal Imposible. 308

Págs.

PIZARRO (DOMINGO L.)
Mis Libros. 310
POLLO DARRANQUE (RICARDO)
Salmo a la Vida. 311
RAMÍREZ NOBLIA (SOLANO)
Mi Divisa. 314
RODRÍGUEZ PINTO (CARLOS)
Si yo fuera un granito de arena... 316
SEGUNDO (JOSÉ P.)
Estoy triste. 317
SUPPARO (ATILIO)
A mi Madre.—El Hornero. 318
TEYSERA (FAUSTINO M.)
Definición. 319
TRÍAS DUPRÉ (EMILIO)
Flor de Santidad. 320
¡Todo es un sueño...! 321
VÁZQUEZ LEDESMA (FROILÁN)
El Hijo. 322
A mi Madre, en el Día de su Cumpleaños. . . . 325
VIAÑA (JOSÉ).
De rodillas. 324
VILLAGRÁN BUSTAMANTE (EUGENIO)
Lo que soñé. 326
ZORRILLA DE SAN MARTÍN (ANTONIO)
El Corporal Velero.—¡No te apenes, Viajero...! . 327

61.6908 A793

a39001 008126131b

OBRAS POÈTICAS

Cantos de Vida y Esperanza, por Rubén Darío.—Un tomo, 3 ptas.
Colección de sonetos (350 de los mejores autores de España y de Ar[illegible] por N. Díaz de Escobar.—Un tomo, 3 pesetas.
El li[illegible]l (poesías), por Adalberto A. Esteva.—Un tomo, 2 ptas.
Futil[illegible]s, por J. Ferrer Esteller.—Un tomo en tela, 2 pesetas.
La Casa del Pecado, por F. Villaespesa.—Un tomo, 3 pesetas.
La Araucana, por Alonso de Ercilla.—2 tomos, 6 pesetas.
Mis Mejores Poesías, por F. Villaespesa.—Un tomo, 3 pesetas.
Mi Patria y mi Dama, por J. L. Cordero.—Un tomo, 3 pesetas.
Obras Poéticas de José Espronceda.—Con ocho láminas, 3 ptas.
Obras Completas de D. Ramón Campoamor.—Cuatro tomos ilustrados. Cada tomo, 3 pesetas.
Obras de Manuel Acuña (poesías).—Un tomo, 3 pesetas.
Parnaso Argentino.—Con retratos, un tomo, 4 pesetas.
Parnaso Antillano, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
Parnaso [illegible]liviano, por L. F. Blanco Meaño.—Un tomo, 3 pesetas.
Parn[illegible] [illegible]rasileiro, por Alfonso Costa.—Un tomo, 3 pesetas.
Parna[illegible] Colombiano.—Un tomo, 4 pesetas.
Parn[illegible] [illegible]hileno.—Un tomo ilustrado con 30 retratos, 3 pesetas.
Parnaso Dominicano, por O. Bazil.—Un tomo en rústica, 3 pesetas.
Parnaso Ecuatoriano, por José Brissa.—Un tomo, 3 pesetas.
Parnaso Español Contemporáneo, por José Brissa.—Un tomo en 4.º de más de 500 páginas, 6 pesetas.
Parnaso Mexicano, por A. Esteva y J. Pablo Rivas.—2 tomos, 6 ptas.
Parnaso Nicaragüense.—Un tomo con retratos, 3 pesetas.
Parnaso Peruano, por V. G. Calderón.—Un tomo, 3 pesetas.
Parnaso Salvadoreño, por Salvador L. Erazo.—Un tomo, 3 pesetas.
Parnaso Venezolano, por G. Gamargo.—Dos tomos, 6 pesetas.
Poesías Escogidas, por Juan de Dios Peza.—Un tomo, 3 pesetas.
Poesías de Antonio Plaza.—Un tomo ilustrado, 3 pesetas.
Pasionarias, por Manuel Flores.—Edición ilustrada, 3 pesetas.
Poesías Completas de Ricardo Palma.—Un tomo, 3 pesetas.
Poesías Escogidas de Manuel Machado.—Un tomo, 3 pesetas.
Poesías Completas de Salvador Rueda.—Un tomo en 4.º, de 576 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas.
Poemas de Enrique Heine.—Un tomo, 3 pesetas.
Poesías de Andrés Bello.—Un tomo, 3 pesetas.
Poesías de Olegario V. Andrade.—Un tomo, 3 pesetas.
Poesías de José Asunción Silva.—Un tomo, 3 pesetas.
Rosas de Pasión.—Poesías de Carlos Miranda. Un tomo, 3 pesetas.
Parnaso Cubano, por Adrián del Valle. Un tomo, 3 pesetas.
La Poesía en el Mundo, composiciones de los mejores autores extranjeros. Un tomo, 3 pesetas.
Poesías completas de Santos Chocano. Dos tomos, 6 pesetas.
Campañas Pascuales, por F. Villaespesa. Un tomo, 2 pesetas.
Cantares españoles (Cantares del pueblo y cantares de los poetas), seleccionados por José Rodao. Un tomo, 3 pesetas.